

revhonda

no. 26 del 2009

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Editora

SILVIA GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Diseñador

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí

Calzada 801½ entre 2 y 4, El Vedado,
La Habana, Cuba.

Tel.: 838 2298 y 830 9519

Fax: 833 4672

e-mail: revhonda@cubarte.cult.cu

Agradecimientos a Alberto Masvidal, Magda Resik, Dolores García, Arturo Suárez, Mario Ramseir y Jorge Jorge y sus alumnos del taller "Coloreando mi Barrio".

Esta edición ha sido financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

Sumario

Ideas

Magda Resik Aguirre. Eusebio Leal Spengler: Predicar la virtud ciudadana / 3

Arturo Sorhegui. Puerto de la Habana: de principal enclave del comercio indiano, a cabecera de una economía de plantación / 6

Rolando Julio Rensoli Medina La fundación de San Cristóbal de La Habana. Mito y realidades / 14

Carlos Venegas Fornias. La Habana del Sur / 20

Rolando García Blanco. Agua y obras hidráulicas en La Habana colonial / 23

Virtudes Feliú Herrera. De La Habana, su carnaval de siglos... / 32

Jorge Juan Lozano Ros. Un ángel en La Habana / 40

Acontecimientos

Armado Hart. Palabras pronunciadas en el acto de homenaje de la Sociedad Cultural José Martí por 50 Aniversario de Casa de las Américas y Mensaje al Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba / 49

Misael Moya Méndez y Yosbany Vidal García. La Edad de Oro, empresa editorial martiana / 52

Ramiro Valdés Galárraga. Panchito Gómez Toro: sus vínculos con Martí / 59

Roberto Rodríguez González. Félix Varela y Morales: música, razón y educación popular / 62

Ernesto Fernández Domínguez y Ramiro Valdés Galárraga. Un lugar importante, pero olvidado de la vida de José Martí / 66

Presencia

Martí sobre La Habana / 68

Ala de Colibrí

Alpidio Alonso Grau. Textos de tres poetas latinoamericanos: Javier Heraud, Otto René Castillo y Roque Dalton / 69

Intimando

Rafael Polanco Brahojos. Entrevista a Erasmo Lazcano / 72

Páginas nuevas

José Luis de la Tejera Galí. A propósito de *Visión martiana de la cultura* / 75

Nydia Sarabia. Testimonio sobre el Comandante Guevara / 77

Raúl Rodríguez La O. *Cruzada de libertad. Venezuela por cuba* (Un libro muy importante y de gran actualidad) / 77

En casa

Declaración de las instituciones martianas / 79

Nuestros autores

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural "José Martí" a su contenido.



Página del director

La Habana de José Martí arriba al 490 aniversario de su fundación como villa. Es un acontecimiento que hemos querido destacar dedicando la sección Ideas a la publicación de varios trabajos relacionados con su historia. Nos acercamos al medio milenio de existencia de las siete villas fundadas por Diego Velázquez, que figuran, por derecho propio, entre las más antiguas del continente americano.

El puerto de La Habana, con su protegida bahía, pero sobre todo con su ubicación en la margen de la corriente del golfo, que atravesando el canal de las Bahamas era la ruta más propicia para el regreso a Europa, resultó finalmente el asiento definitivo de una villa que inició su peregrinar desde la costa sur occidental de la Isla. La Habana se convirtió de hecho, desde 1553, en sede de la capital al fijar aquí el gobernador su residencia permanente y, durante los siglos XVII y XVIII, en símbolo externo de la Isla. Esa decisión se fundamentaba en el hecho de que el puerto de La Habana “es la confluencia de los negocios de dicha isla por los muchos navíos que allí ocurren así de la Nueva España como del Nombre de Dios y Cartagena y Santa Marta y provincia de Honduras”. Las fortificaciones que se fueron construyendo con los aportes de la Corona, junto a los servicios de diverso tipo que se prestaban a las tripulaciones de las flotas y a las guarniciones enviadas para la defensa del puerto, facilitaron la acumulación de capitales para el desarrollo de otras actividades económicas. Su condición de capital de Cuba le fue confirmada por declaración real en 1607.

La ausencia de metales preciosos y de centros de civilización indígena desarrollados determinó una economía de factoría, derivada primero de su posición estratégica y, más tarde, de una actividad económica vinculada decisivamente al comercio exterior. Los habaneros fueron forjando una particular sensibilidad hacia lo que acontecía fuera de la isla y una vocación de servicio y producción para el mercado extranjero. Esta singularidad de la incipiente identidad nacional no pasó inadvertida a la aguda observación de Ale-

jandro de Humboldt cuando visitó la Isla en 1800 y apuntó que “en ninguna parte se ha sabido mejor que en La Habana la política de Europa. Este conocimiento de los sucesos y la previsión de los del porvenir han servido eficazmente a los habitantes de la isla de Cuba para libertarse de las trabas que detienen las mejoras de la prosperidad colonial”.

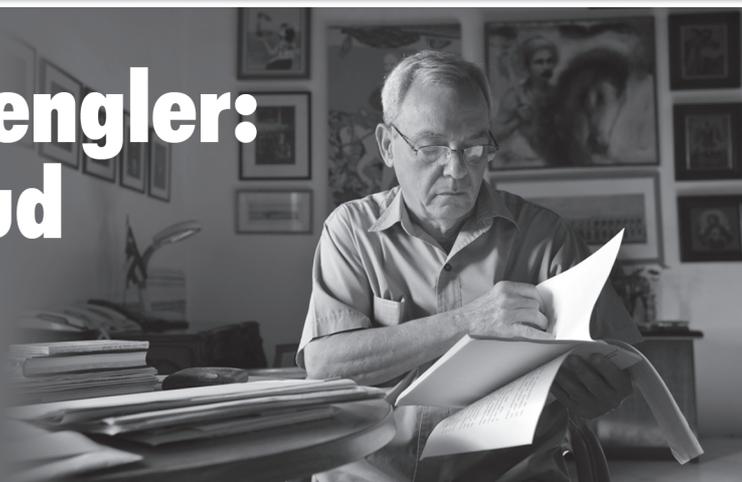
Alejo Carpentier la bautizó como ciudad de las columnas, y ella figura, sin duda, entre las más cantadas y alabadas del mundo. La revolución triunfante el primero de enero de 1959, detuvo en seco el proceso de demolición del casco histórico, el mejor conservado hoy de la América hispana, y abrió el camino para la posterior restauración de sus valores arquitectónicos y culturales. Ese núcleo primigenio intramural y el sistema de fortificaciones coloniales fue declarado, como se sabe, Patrimonio de la Humanidad el 14 de diciembre de 1982, distinguiendo así el tesonero esfuerzo realizado por la Oficina del Historiador, de su director Eusebio Leal Spengler, y del gobierno cubano. Mas la vasta empresa iniciada varias décadas atrás no se detiene y cada día se incorporan nuevas obras y edificaciones a ese colosal esfuerzo restaurador para disfrute del pueblo.

Para la Sociedad Cultural José Martí este es un acontecimiento íntimamente vinculado a la figura del Apóstol que nació aquí y desarrolló, en numerosos lugares de esta ciudad, su actividad como escolar, como preso condenado a trabajos forzados, como patriota y luchador por la independencia. Es también un homenaje a Eusebio Leal, quien con la sensibilidad de un artista y con el tesón y la perseverancia de un constructor ha llevado adelante esta obra que trasciende nuestra frontera y es orgullo de los habaneros y de todo el país.

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS
Director

Eusebio Leal Spengler: Predicar la virtud ciudadana

MAGDA RESIK AGUIRRE



Siempre ha deseado se le concedan otras vidas para alcanzar a cumplir su anhelo mayor: ver a La Habana restaurada desde la armonía que confiere a las ciudades, el compromiso de sus habitantes con un entorno por el cual exhiben orgullosos su sentido de pertenencia.

La capital cubana es su escenario preferido, el estímulo de su accionar constante y también el espacio de sus mayores sufrimientos: esos que provienen de la agónica batalla diaria por alcanzar la perfección y calidad en las obras, por impedir que el patrimonio se pierda o sufra agresiones nacidas de la ignorancia y la desidia, por proponer desde la cultura y la civilidad una práctica fructuosa para los pobladores de la otrora Villa de San Cristóbal de La Habana, que arriba a su 490 aniversario.

Son inmensas las responsabilidades de Eusebio Leal para quien el tiempo ya no es “su” tiempo, sino el tiempo de los “otros”; el tiempo de servir a una obra y a un país a los cuales consagra estoicamente cada minuto y pensamiento. Con el paso de los años, su entrega lo ha convertido en símbolo y asidero de quienes se reponen ante cualquier obstáculo cotidiano, no creen en imposibles y confían en las virtudes del socialismo –para nada reñido con la belleza y fundado desde el humanismo, un concepto que parece hecho a la medida del Historiador de La Habana.

La Habana celebra su 490 aniversario. A la altura de estos años, ¿cómo se proyecta la capital de Cuba hacia el mundo?

La Habana es Cuba y Cuba es la Revolución. No cabe la menor duda de que cuando se piensa en La Habana, se

repasa ese pugilato histórico que los cubanos han llevado adelante por espacio de medio siglo y mucho más.

Recuerdo que cuando en 1968 se conmemoró el centenario de las luchas por la independencia, el Grito de La Demajagua y la proclama de Carlos Manuel de Céspedes, hablábamos de 100 años de lucha. Ahora ese tiempo se ha extendido y lo más importante cuando hablamos de La Habana es preguntarnos si esa lucha que hemos librado ha valido la pena y si llegamos finalmente a la otra orilla del caudaloso río. La ciudad ha sido emblema de esa batalla y lleva también las huellas de ese largo debate; las heridas en el rostro que ha sufrido Cuba por causa del bloqueo, de las agresiones, de la urgente necesidad de habernos tenido que aplicar a defender el país a lo largo de medio siglo.

La Habana llega a su 490 aniversario, a una década del medio milenio, cuando dentro de diez años necesariamente todo será diferente porque debemos pensar realistamente –y me refiero de manera esencial al hecho de que nuevas generaciones de cubanos habrán encarado el deber de conservar Patria, Revolución y Ciudad.

Hablamos de La Habana como capital del socialismo en Latinoamérica, como escenario de los grandes acontecimientos que han tenido un carácter no local ni nacional, sino latinoamericano y mundial. La escala de La Habana se agiganta y magnifica. Para mí como restaurador, queda mucho por hacer, pero como persona que conoce el balance del estado de la ciudad latinoamericana, me alegro de que la nuestra esté ahí, susceptible de ser restaurada, urgida de ser amada, revolucionada ella misma y ha llegado el tiempo de que esto se haga. Quiere decir, que el país comienza a sentir la urgencia de que depositemos los ojos por un tiempo en La Habana.

José Martí tuvo una estrecha relación con esta ciudad y cuando desde la lejanía miraba hacia Cuba, su patria amada, en buena medida contemplaba a La Habana. ¿Cómo era la ciudad para Martí?

Él decía que los temas de La Habana los llevaba personalmente y tenía razón. La Habana era muy importante, tenía mucho peso en la Cuba de su tiempo y en el nuestro. Entonces, esa ciudad de Martí es la ciudad en cuyo nombre generaciones que lo han continuado, han tomado sus símbolos y sus valores para llevar adelante una causa nacional y universal que es la de alcanzar toda la justicia posible. Es por eso que la Casa Natal, la Fragua Martiana, su monumento en el Parque Central, el de la Plaza de la Revolución, todos son hitos de su paso por la historia, vivo o en espíritu. La Habana sigue siendo su ciudad. Los asuntos habaneros tiene que seguirlos llevando Martí con su sentido de la ética, con esa urgente necesidad de predicar —más que el defecto y lo oscuro—, la virtud ciudadana, la concordia familiar y generacional, la compatibilidad de intereses de todos los que habitan en una urbe que, en tiempos de Martí, tenía si acaso doscientos mil habitantes y que hoy tiene dos millones y medio o quién sabe cuántos habitantes, porque nunca sabemos la cifra exacta.

Solo sé decirte que cuando salgo a la calle me doy cuenta de que somos muchos para obrar bien por nuestra ciudad.

¿Cuáles serían esas virtudes y tipicidades de la habaneridad que hoy podemos exhibir?

Se dice y a veces es una consigna un poco pesante, por repetitiva, que La Habana es la capital de todos los

cubanos. Es cierto que es una redundancia: La Habana es la capital. Es más, hay una confusión con la división político-administrativa y a veces, cuando arribas a la ciudad capital, estás entrando a la Ciudad de La Habana, cuando en realidad estamos entrando a La Habana. Es esa la Habana del 490 aniversario.

La Habana con el artículo por delante, la otra es Habana, y quizás en una nueva división político-administrativa las cosas queden más claras, y finalmente, la provincia Habana actual, adquiera una capital y La Habana tenga el sentido de preeminencia que le viene por su nombre sonoro, breve, exclusivo y universal.

La Habana es una ciudad hospitalaria. Todo lo que se diga en contra de eso es incierto. Incluso, cuando escuchamos a algunos denostar de la presencia de cubanos de otras provincias, olvidan su carácter de capital y su carácter cosmopolita. Es así y tiene que ser así.

Quizás el desarrollo del país y las necesarias medidas que impidan que La Habana se convierta en lo que son otras capitales latinoamericanas —espacios infernales donde nada más pueden disfrutar del sentido de la ciudad los que viven en su centrum y no en su inmensa y dramática periferia— lleguemos a la conclusión de que ha sido y es una ciudad hospitalaria, que recibe. Guardo en mi memoria cómo acogió esta ciudad a la Revolución, a los alfabetizadores, a los campesinos, cómo nos recibió y recibe cada vez que salimos a luchar por la economía, la paz, la libertad... y regresamos a ella.

La Habana es una ciudad que tiene esos valores no solamente como una atribución constitucional y formal, sino también porque en la Habana ha vivido gente de todas partes del mundo; ha sido un crucero en el Mediterráneo americano.



¿Cómo podemos hablar de La Habana sin reconocer la presencia en ella de todo cuanto vale y brilla de cada una de las naciones latinoamericanas y del mundo? En ese sentido, podemos sentirnos dichosos de que 490 años después, nuestra ciudad mantiene aquella vigencia que se dio el primer día cuando un grupo de recién llegados se plantaron junto a un árbol y dijeron: esta es la aldea, este va a ser el campamento, esta será la villa, esta será la ciudad, esta será la capital. Y así fue: ellos lo soñaron y las generaciones futuras lo consumaron hasta hoy.

¿Cuál es la responsabilidad mayor de quienes habitamos La Habana y de los forasteros que la visitan?

Hay mucho que hacer y los habaneros no podemos pensar que aquí está todo. Tenemos que mirarnos en el espejo de otras ciudades de Cuba que han iniciado con mucho éxito proyectos de regeneración urbana y medioambientalista de gran envergadura. Por ejemplo, Cienfuegos, que logró ser Patrimonio de la Humanidad; Camagüey, también Patrimonio de la Humanidad y que con una gran fuerza y originalidad trabaja en su rehabilitación. Y pienso en otras ciudades de Cuba donde núcleos muy valerosos han luchan, como en Trinidad, Santiago de Cuba... En Pinar del Río, después de haber sufrido las afrentas de los ciclones, hay que ver con que galanura y fuerza se han volcado en la restauración y la conservación de la imagen de la ciudad, plantando, arreglando, cuidando, presentándose ante el huracán y ante sus consecuencias con las mejores galas.

Repito, La Habana tiene mucho que aprender. El debate de la conservación no debe seguirse dando solo en el Centro Histórico, ni en dos o tres puntos, con algunas obras; tiene que iniciarse todo un movimiento por la preservación de la ciudad y de sus valores, que fueron siempre creados por el pueblo. Podemos decir que desde los castillos y las torres, hasta las iglesias y las murallas, fueron el fruto de una voluntad férrea de salvar algo que se convirtió en identidad y nación con el tiempo; y algo que levantaron con sufrimiento los esclavos, los campesinos, los ingenieros, los constructores... todo eso y más es del pueblo.

Entonces, hoy es del pueblo El Vedado, la Víbora, el Cerro, Santo Suárez, Centro Habana... ¿Qué esperamos? Hay que luchar por toda la ciudad y no podemos vivir, al menos yo no viviré tranquilo, adorando al Becerro de Oro que es su Centro Histórico, ni poniéndome delante como la mujer de Lot a pensar en el pasado, porque no quiero volverme en una estatua de sal. Debemos luchar por la ciudad de hoy y por la ciudad futura, y para eso necesitamos a todos los cubanos y a todos los habaneros, de corazón.

Con el *ars poetica* que le es propia: ¿qué representa La Habana para Leal?

A veces me aparto, visito lugares agradables dentro de Cuba, que es mi tierra, a la cual adoro. A cualquier lugar de su geografía a donde llegase, seré siempre uno más. Si me designaran en Baracoa o en el Cabo de San Antonio, solo unos días después, para mí sería ese el centro del mundo. Pero mientras esto no ocurra, el centro del mundo es para mí La Habana, mi Habana. No podría vivir sin ella.



Puerto de la Habana: de principal enclave del comercio indiano, a cabecera de una economía de plantación

ARTURO SORHEGUI

Ningún otro emplazamiento, entre los americanos, ha tenido mayor vocación marítima portuaria que el de La Habana. Por lo cual, parafraseando a José Luis Borges, los habaneros, no descienden como los mexicanos de los aztecas, ni como los peruanos de los incas, sino al igual –y muchos antes– que los argentinos, de los barcos, que desde 1561 arribaban a su rada en una proporción mayor que al resto de América, debido a beneficiarse de su condición de principal enclave del comercio indiano.

Tal apreciación, válida hasta finales del XVII, varía desde principios del siglo XIX cuando La Habana, una

vez desaparecido el sistema de flotas y la continuidad de los situados (cajas de México), inicia una nueva evolución al propiciar a partir de su propia riqueza acumulada –caso único en el concierto americano– una economía de plantación, de la cual fue su puerto cabecera.

Entre ambas etapas –la de 1561 a 1763, y la de 1763 a 1880– hay una continuidad-discontinuidad, perceptible en los estudios de larga duración. En este, se ha contemplado: la legislación propiciada por la metrópoli para establecer la jerarquización que le correspondió entre los diferentes enclaves marítimos hispanos, el total de habitantes asentados



en las inmediaciones de su rada, la extensión de su zona de influencia hacia el contrapaís o hinterland, el impacto de su evolución en el entorno urbano y la identificación de sus sectores dominantes, empresariales y comerciales en lo que entorpecieron o favorecieron esta evolución.

Principal enclave portuario del comercio de Indias

La jerarquización entre sus diferentes puertos propiciada por España mediante la legislación, favoreció sustancialmente al de La Habana en 1561, cuando Felipe II dispuso que para el “aumento, conservación y seguridad de nuestras Indias”,¹ cada año vinieran dos flotas a América, las que deberían reunirse en su rada antes de partir a Europa. Los beneficios otorgados no se limitaron a la propia regularización del sistema de flotas, en los siglos XVII y XVIII se extendieron a: los correspondientes al sistema de fortificaciones;

la construcción de un astillero; el establecimiento de una fundición de cobre; el financiamiento sistemático, por intermedio de los situados; la supeditación a su jerarquía de otros enclaves territoriales, como ocurrió con la Florida; la concesión de permisos extraordinarios para el envío de navíos sueltos a México y Canarias, con los cuales garantizar el abasto de tripulaciones y pasajeros; la creación, en su medio, de una compañía comercial que, gestada en el siglo XVIII, fue la única de las propiciadas por España que tuvo su asiento en las Indias; la proliferación, en su bahía, de una serie de embarcaderos regenteados por particulares, que permitirían el trasiego entre sus dos riveras; y un fácil acceso por tierra desde el sur, este y oeste para la integración, a su expensa, de una dilatada zona de influencia, imprescindible para el mayor avance de la ciudad y de su capacidad para incrementar el número de sus habitantes.

Debido a sus nuevas funciones, la ciudad fue objeto de uno de los primeros acueductos construidos en América hacia finales del siglo XVI, mediante una Zanja Real que a través de dos ramales surtía con el agua del río La Chorrera –hoy Almendares– a los navíos de la flota y a la población; y dispuso de un servicio de carenas con que acondicionar a los numerosos barcos

¹ Una reproducción de esta ley puede consultarse en el título 30, De las Armadas y Flotas, Libro VIII, reproducida en “Recopilación de Leyes de los Reinados de las Indias”, edición fascicular de 1791, Madrid, 1943, t. 3, pp. 181-184.



que debían emprender el riesgoso viaje de regreso a España. Todo lo cual influyó para la ocupación, hacia mediados del XVI, de un amplio espacio de su litoral, de kilómetro y medio de extensión, ubicado entre el Castillo de la Punta y el convento de San Francisco.

La proporción del espacio destinado a construcciones militares respecto al total del habilitado en su rada, fue un elemento definitorio en la evolución de la ciudad, con un número de edificaciones estratégicas de un nivel cualitativo superior al de las destinadas a roles civiles y religiosos. Sin embargo, los perjuicios de la lucha por el dominio del Caribe en el XVII fueron trascendentales para La Habana. En lo económico, la interrupción de las flotas por períodos se reflejó en una disminución de las solicitudes de mercedes de solares al gobierno local o cabildo –habida cuenta de que su proliferación estaba vinculada a disponer en sus casas de habitaciones destinadas al alquiler– y del nivel, en general, de sus prestaciones de servicios. En lo militar, implicó un incremento de las fortificaciones, en lo que ha sido denominado el segundo proyecto general de defensa de la ciudad;² además, de un renovado interés por botar en sus astilleros un mayor número de bajeles de calidad, con los cuales surtir la Carrera de Indias, la Armada de Barlovento –creada en 1618–, y las armadillas guardacostas.

Cambio de la fisonomía habanera 1700 -1762

Los perjudiciales efectos de la interrupción parcial del sistema de flotas durante la segunda mitad del XVII, no impidieron a La Habana valerse del comercio intercolonial con el resto de las posesiones españolas y del de contrabando con las islas inglesas, holandesas y francesas, para, además de resolver sus abastos de harinas, cacao, sal y otros productos, estar en condiciones de exportar sus cueros y tabaco. En el siglo XVII si bien La Habana disminuyó en sus actividades de servicio, estuvo en condiciones de mensurar sus fundos ganaderos (hatos y corrales), y llevó a efecto un proceso

de organización productiva de su amplio hinterland, abarcador del espacio comprendido entre el cabo de San Antonio, en la actual provincia de Pinar del Río, y el extremo oriental de la Ciénaga de Zapata, en las presentes provincias de Matanzas, Cienfuegos y Villa Clara. Labor organizativa que alcanzó al entorno urbano, mediante la organización de una red de templos sufragáneos que unían a la Parroquial Mayor las iglesias de inscripción del Ángel, el Espíritu Santo y el Santo Cristo del Buen Viaje, en un accionar que distribuía su feligresía en cuatro áreas de atención civil religiosa, en una suerte de compartimentación (organización) de sus pobladores.

Las potencialidades de este proceso de organización, empezaron a hacerse sentir paulatinamente cuando con el advenimiento de la fase mercantil manufacturera de la formación del capitalismo, y los efectos del cambio de la dinastía de los Austrias por la de los Borbones, implicó una recuperación para el comercio indiano gracias al apoyo que le brindó la armada francesa al traslado de las flotas, en el transcurso de la guerra de sucesión española (1700-1714), además de la apertura de nuevas rutas comerciales. Transformaciones que, para este período, ocasionaron de conjunto un incremento sustancial del número de embarcaciones que anualmente visitaban la bahía, hasta alcanzar unas mil como promedio; un cambio en la fisonomía de la rada, con una ampliación del espacio ocupado que sobrepasó, en estos sesenta años de la centuria, el kilómetro y medio ya alcanzado; un mejoramiento de la infraestructura portuaria, requerimiento inaplazable dadas las nuevas necesidades; y un progreso sustancial de las defensas militares, y de su Arsenal, único ubicado fuera de España que tuvo en el concierto americano un accionar estable y duradero.³

No obstante, el centralismo borbónico tuvo efectos perjudiciales para el grupo dominante habanero. La aplicación del estanco del tabaco en 1717 por parte de la Real Hacienda, afectó a los dueños de molinos de tabaco, a los comerciantes, y a todos aquellos que además de su especialización en la ganadería habían invertido en el cultivo y explotación de la aromática hoja, y se encontraban entre los miembros del gobierno local. Pero este grupo, perjudicado por los

² Según el historiador español Castillo Meléndez el segundo proyecto o plan general de defensa, corrió a cargo del gobernador Álvaro de Luna y Sarmiento (1642). El autor de los planos de lo que se debía levantar fue Antonelli, el mozo, sobrino del implicado en la construcción del Morro, y a quien correspondería ser su brazo ejecutor, consistía en adecuar las instalaciones ya existentes y en erigir otras nuevas para conseguir una eficaz defensa de la ciudad, del puerto y de los surgideros más próximos. De todo él solo se plasmaron en realidad las torres de la Chorrera y Cojímar. Su motivación estuvo originada por los recelos circulantes acerca de una invasión holandesa. (Francisco Castillo Meléndez, *La defensa de la Isla de Cuba en la segunda mitad del siglo XVII*, Diputación Provincial, Sevilla, 1986, p. 21.)

³ En el siglo XVIII, para lograr la reestructuración de las flotas, los Borbones construyeron tres arsenales importantes en la península, que son los casos del de Guarnio, El Ferrol y Cartagena de Levante, al que se sumó el de La Habana. Por períodos esporádicos, se construyeron embarcaciones en Guayaquil (Ecuador) y en Coatzacoalcos (México).

Borbones, supo aprovechar a su favor algunas de las normativas de la ley del estanco, que contemplaban la posibilidad de que particulares o corporaciones pudieran gozar en su beneficio del referido privilegio. Así ocurrió, en 1740, con la Real Compañía de Comercio de La Habana, regentada –precisamente– por una parte de los comerciantes, ganaderos y dueños de molinos habaneros perturbados por la disposición del año 1717.

Debido a los beneficios asumidos con la exclusividad otorgada a la Real Compañía de Comercio de La Habana, la ciudad quedaba comprometida con el abastecimiento de todo tipo de subsistencias a los presidios de la Florida y los Apalaches. Obligación ampliada en 1741 a la construcción, a sus expensas, de las embarcaciones que debía aportar el Real Astillero capitalino. E incluyó, dadas las erogaciones resultantes de este último compromiso, la consignación a favor de la Compañía del monopolio para la entrada de esclavos y las exportaciones de azúcar. Potestades que al sector dominante habanero le dieron el virtual dominio y ejercicio de una política comercial, precedente único entre las alcanzadas por un territorio colonial.

El incremento sustancial del número de barcos arribados a la rada habanera, junto con los nuevos compromisos de servicios, motivaron en el siglo XVIII la expansión del espacio destinado a las instalaciones portuarias. Entre las modificaciones principales, estuvo que la zona sur del Convento de San Francisco –hasta este momento ajena a la infraestructura del puerto, y reservada a playas y otros fines–, empezó a ser invadida por el laboreo del Astillero. Y lo más importante, los atracaderos de la banda oriental de la bahía, situados en la franja opuesta a la ubicación de la ciudad, empezaron a ser utilizados como lugar de estacionamiento de embarcaciones, en las muy apropiadas ensenadas de Marimelena y Guasabacoa. El rol asumido por la banda oriental de la bahía se

refleja en la fundación en su ribera de un poblado y un santuario bajo la advocación de la virgen morena de Regla, que devendría patrona del puerto e imagen principal del panteón religioso habanero.

La zona cardinal de expansión, en las nuevas circunstancias, fue la porción sur de la margen occidental de la ciudad, dispuesta a partir de la puerta de la Tenaza, en la muralla de tierra. Este trazo fue el destinado a la reubicación del Arsenal y al asiento de un muelle construido por el contratista Tallapiedra, beneficiado –antes de la concesión a la Real Compañía de Comercio– con la concesión de la compra de la hoja de tabaco. El Real Astillero de Nuestra Señora de Bethelen fue la construcción más importante. El aprovechamiento del espacio se hizo más compacto hacia 1748 al trasladarse al puerto el Apostadero Naval, anteriormente radicado en Veracruz, y devenido sede efectiva de la Capitanía General de Marina. En el XVIII, el total del área ocupada, aun sin contabilizar el despliegue en tierra, resultante del anclaje de buques en la margen oriental de la bahía, se extendió a otro kilómetro, con lo cual el perímetro ganó en profundidad dada la extensión y magnitud de las instalaciones.

Período de 1763 a 1880

La insuficiencia del último plan de protección para evitar que los ingleses ocuparan la ciudad en 1762, originó, una vez recuperada la capital en 1763, la aplicación de un cuarto plan general de defensa. La magnitud de las nuevas edificaciones buscaba hacer inexpugnable militarmente el acceso al canal de entrada del puerto. Pero, al dominar la armada inglesa el mar, y disponer de amplias bases terrestres en el Caribe y el golfo de México, tenía la opción de escoger dónde asestar el primer golpe, y limitar la efectividad de la estrategia defensiva. Para neutralizar esta desventaja, se hacía necesario –en opinión del Capitán General, conde de Riela– unir a la vieja táctica de hacer descansar la defensa en tropas veteranas, la opción de contar con los criollos para la protección del territorio mediante su alistamiento en milicias.

La magnitud del empeño y las carencias financieras de la metrópoli para asumir los gastos que implicaría, provocaron la aplicación de un nuevo pacto colonial con la élite criolla, con el fin de disponer, con su colaboración, del caudal financiero necesario para las fortificaciones, y de los oficiales y voluntarios para la milicia reformada, disciplinada e instruida por Alejandro de O'Reilly. Los efectos in-



mediatos del Pacto en el grupo dominante habanero fueron cardinales: para asegurarse la solvencia que requerirían, se les concedieron franquicias especiales en cuanto la comercialización de sus productos, los permisos de entrada de negros esclavos, incluso, se previó la organización en su búsqueda de viajes directos al África; una disminución de gravámenes en las producciones de azúcar y café; mejoras en la administración, mediante la aplicación, mucho antes que en el resto de América, del sistema de intendencias; y una autorización adicional de comerciar con neutrales —expresamente los actuales Estados Unidos—, la que abrió posibilidades de mercantilización nunca antes disfrutadas.

La beligerancia que van adquiriendo los criollos en esta transformación se hace evidente a partir de 1792, cuando Francisco de Arango y Parreño, en su condición de apoderado del cabildo habanero ante la Corte de Madrid, desde 1788, presenta en su “Discurso de la Agricultura en La Habana y los medios para fomentarla” un programa dirigido a aprovechar los efectos que trajo para Haití la Revolución de 1791. El plan implicaba una transformación sustancial en la organización y funciones del puerto habanero en momentos en que, perdida su anterior condición de enclave principal del comercio de Indias —con la desaparición del sistema de flotas—, comienza a labrar su nuevo rol de puerto cabecera de una economía de plantación.

Parte sustancial en esta evolución fue la extensión hacia el mundo de los fundos ganaderos (hatos y corrales), de la producción intensiva de azúcar y café, que sobrepasaron los antiguos límites —siglo XVII— del mundo de las estancias, que se extendía radialmente hasta Jaimanitas, al oeste; Calabazar, al sur; y la zona rural de Guanabacoa, al este. Al invadir los cultivos plantacionistas el hinterland profundo, se fueron estructurando los que se consideran los primeros frentes pioneros de la plantación, en las zonas de Guanajay, Güines, Jaruco, Santiago de las Vegas y Matanzas.⁴ Territorios que, en su conjunto, abarcaban más de 1 600 kilómetros cuadrados con una densidad poblacional promedio de unos 70 habitantes por kilómetro cuadrado.

La extensión de la plantación hacia el interior del hinterland, provocó un plan conjunto de construcción

de caminos, calzadas y muelles, que garantizara la fluidez del tránsito hacia el puerto de las producciones de las nuevas haciendas, en un primer intento de adecuación a las exigencias de la economía plantacionista. La relación más efectiva entre el hinterland y la bahía, fue acompañada, también, por una ampliación de los muelles, los almacenes y el transporte.

Una de las consecuencias más revolucionarias de la evolución que se iniciaba, fue que el puerto dejó de ser el motor propulsor de las transformaciones en el entorno urbano. A partir de finales del XVIII, la dinámica plantacionista generada por el grupo dominante habanero sería la que regiría con su impulso, evolución y exigencia la evolución del enclave portuario y de la propia ciudad.

La nueva solvencia del grupo dominante y su nivel de influencia en los estamentos subalternos, fue fundamental para que las construcciones civiles sobresalieran sobre las militares, dado el interés existente en sus habitantes por crear una ciudad que se adecuara a la imagen que ellos propugnaban al nivel de su nuevo estatus. Esta transformación sustancial del paisaje urbano, tuvo un momento de destaque hacia 1774, durante el gobierno del Marqués de la Torre, al construirse hacia el sur de los muelles de travesía, el paseo de Paula, con el objetivo de valorizar el antiguo suburbio de Campeche y expulsar hacia extramuros el matadero, el corral del Consejo, el viejo barrio de Jesús María y todo aquello que afeara el entorno de intramuros.

Si entre 1760 y 1763, el promedio de azúcar exportado por el puerto no pasaba de 4 000 cajas anuales, entre 1796 y 1800 se exportó una media de más de 30 000 cajas por año. En el caso del café, de introducción tardía en la Isla, en 1804 salieron por La Habana 50 000 arrobas del grano; pero el promedio que logró estabilizarse entre 1815 y 1820, fue superior a las 120 000 arrobas anuales. Todo lo cual fue acompañado por un incremento sustancial en el monto de las rentas de aduana. Si en 1760 estas solo alcanzaban una recaudación de unos 163 605 pesos, a principios del XIX se extraían 8 972 547 pesos.

Entre 1792 y finales de la década de 1830, los muelles públicos se fueron ampliando por el litoral, cubriendo de forma más abarcadora el espacio central de la bahía, ubicada entre el Castillo de la Fuerza, y la parte cercana al muelle de Luz. Las nuevas exigencias en la manipulación de mercancías, se manifestaron en la instalación en este muelle de una grúa conocida con el nombre genérico de “la máquina”, la cual

⁴ La fundamentación de los frentes pioneros de la plantación esclavista en Cuba, la llevó a cabo Juan Pérez de la Riva en “El país de La Habana en los albores del siglo XIX, según Ambrosio del Valle Hernández”, *Economía y Desarrollo*, no. 29, La Habana, mayo-junio de 1975.

se convirtió en 1789,⁵ en una cabria de unos 32 metros de altura, o suerte de ingenio, que surgido en sus primeras versiones con el Astillero, deviene en un medio técnico para las complejas actividades realizadas en los muelles, una vez disminuidas las funciones del Arsenal. La extensión de los muelles que completaron, para este período, una longitud continua de 1 453 metros, con un ancho variable de 12 a 21 metros, construidos de pilotajes y maderas cubanas, salvo en sus últimos 144 metros, en que se utilizó la cantería.⁶

Parte esencial en este conjunto de acciones, fue la incorporación —ya anunciada en el xvii—, de la banda oriental de la bahía, cuando en 1772 el Marqués de la Torre ordenó la reconstrucción de tres muelles de piedra de sillería en Marimelena y la Cabaña.⁷ Además de la decisión, veintidós años después, de ampliar el muelle principal o de Caballería. Al cual, se le pusieron cuatro grúas o pescantes destinados a la carga y descarga de buques menores, con la inversión de 2 803 pesos en fabricación y ubicación.

La infraestructura técnica se fortaleció de forma significativa en 1824, cuando los dos consignatarios más favorecidos con los servicios a los buques extranjeros, Carlos Drake y Charles Mitchell, solicitaron al Consulado una licencia para construir un almacén de madera sobre el antiguo muelle de Caballería, en la zona contigua en que fueron situados los pescantes de reciente instalación.⁸ Por si fuera poco, en 1819 se estableció el primer servicio de buques de vapor entre La Habana y Matanzas, para el cual se compró en Estados Unidos, el buque *Neptuno*.

Los viajeros dieron pruebas de la magnitud de las transformaciones llevadas a efecto en el puerto

habanero, tal es el caso en 1820 de Joel Robert Poinsett, agente especial y ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Cuba, quien deja constancia de “no haber visto nunca en ningún puerto de los EE. UU., con excepción de Nueva York, tantos barcos, ni tanto bullicio de negocios y allí no está concentrada en un solo sitio como sucede aquí”.⁹

Cambios en el grupo productor y en la infraestructura portuaria 1840-1880

Los cambios introducidos en la década de 1840 a escala mundial como resultado de la aplicación del maquinismo a la agricultura, tuvo en la producción de azúcar de remolacha europea un campo de avanzada, cuyos productores alcanzaron beneficios extraordinarios,¹⁰ que llevaron a los plantadores cubanos a una tenaz búsqueda del abaratamiento de sus costos como medio eficaz para seguir accediendo, con algún beneficio, al mercado mundial del dulce. La competencia provocada por esta dinámica se reflejó: en el surgimiento de los denominados nuevos ricos de la plantación,¹¹ y en una revolución en materia portuaria, al introducirse en La Habana el sistema de *docks* ingleses con la unificación, en una sola estructura de muelles y almacenes. Entre 1845 y 1860, solo por este concepto se invirtieron unos cinco millones de pesos

La batalla por el abaratamiento de los costos, llevó al grupo azucarero a introducir nuevas tecnologías, como fueron los casos: del sistema de las calderas al vacío, tipo Derosne, que permitieron aumentar la cantidad de azúcar extraída por cada tonelada de cañas introducidas en los molinos de sus ingenios; la extensión de las líneas del ferrocarril al occidente del país, con el consiguiente abaratamiento de los costos y el aprovechamiento de las áreas azucareras más alejadas del entorno portuario; y la unificación,

⁵ Según el historiador español Manuel Pérez Beato en su libro *La Habana antigua*, no puede precisarse el tiempo en que se construyó la primera máquina. El marqués José María de la Torre, por su parte, informa que Lorenzo Montalvo, quien fue ministro de Marina, la erigió en 1740, en el lugar donde existía un carenero de buques. Consta, mediante informe del propio Montalvo, que durante la toma y ocupación de La Habana por los ingleses (1762-1763) destruyeron la rueda motora de esta máquina. Una tercera versión, atribuida a Cartas, dice que el primer palo de la máquina se levantó en 1789, bajo el auspicio del director de ingenieros Francisco de Autran, quien dirigió la parte científica y práctica de su ejecución.

⁶ Carlos Venegas, “La Habana, puerto colonial, reflexiones sobre su historia urbana”, en Agustín Guimerá y Fernando Monge, coords., *La Habana, puerto colonial, siglos xviii-xix*, Fundación Portuaria, Madrid, 2000, p. 59.

⁷ Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, t. 3, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, p. 66.

⁸ Ídem.

⁹ Joel Robert Poinsett, *Notas sobre México* [1822], Editorial Jus, México, DF, 1950, p. 280.

¹⁰ Solamente el azúcar de remolacha gana calidad en esta época como resultado del maquinismo aplicado a la agricultura. Ello fue gracias al procedimiento de Achard de clarificación por el ácido sulfúrico y de decoloración por el negro, con el empleo de cilindros que extraen el jugo por difusión. (Robert Sehnerb, “El siglo xix”, vol. VI de *Historia general de las civilizaciones*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 34.

¹¹ El concepto nuevos ricos de la plantación está contenido en el libro *Caminos para el azúcar*, de los profesores e investigadores cubanos, Oscar Zanetti y Alejandro Álvarez, (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987). Esta visión de una movilidad del grupo plantador, resultó de gran utilidad para los resultados de nuestra investigación.

a partir del sistema de *docks*, con el consecuente ahorro de tiempo y mano de obra en el transporte.

Las mejoras esperadas como resultado de las grandes inversiones realizadas en los ingenios, el transporte y los puertos, no pudieron ser asumidas por todos los productores. Se originó una decantación en este bloque, al solo integrarse a los nuevos ricos de la plantación, los más competitivos entre los anteriores. Los que, en general, procedían de las actividades terciarias, en funciones de comerciantes y refaccionistas, con capitales suficientes para promover las mejoras tecnológicas e invertir en la compra y construcción de nuevos ingenios. Estos fueron los casos de los Alfonso, Aldama, Diago, Villaurrutia, Drake y Poey, entre otros, muchos de los cuales habían obtenido beneficios extraordinarios gracias a su participación en el negocio de la trata negrera.

No sería hasta 1843 que se establecería, con los Almacenes de Regla el primer prototipo de *docks*, a un costo de 1 580 000 pesos. A los Almacenes de Regla, financiados por Eduardo Fesser y Kirchmayer, Pedro Diago y Baranda, y Nicolás Azcárate y Escobedo, siguieron, en 1853, los Almacenes de San José, financiados por Manuel Pastor Fuentes y Antonio Parejo; en 1855, el Almacén de Hacendados, promovido por Gonzalo Herrera Santa Cruz –conde de Fernandina– y su hijo, José María Herrera y Herrera, a quienes el historiador español Jacobo de la Pezuela, denomina los opulentos señores Herrera; y, en 1857, los Almacenes de Santa Catalina.

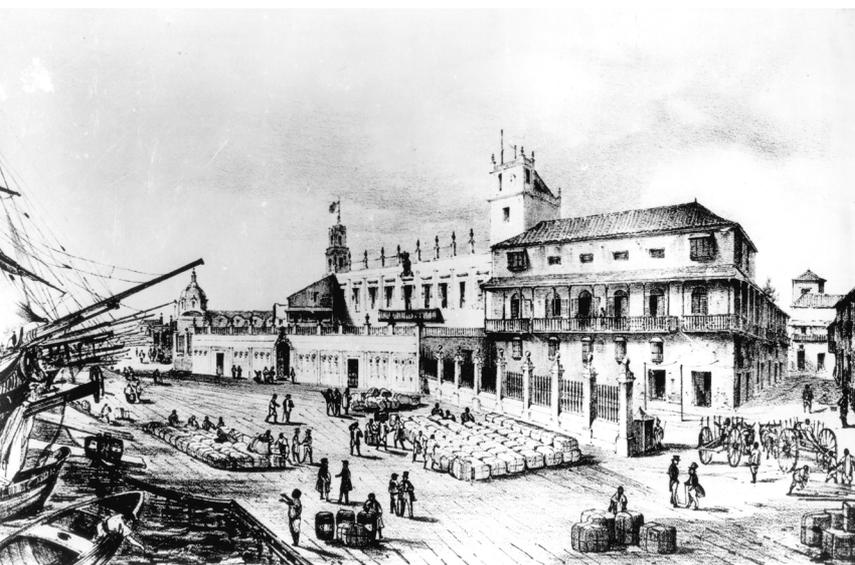
La infraestructura de estos muelles-almacenes era verdaderamente impresionante. En el caso de los de Regla, llegaron a disponer de 5 edificios de varias naves cada uno. Los muelles eran de 8 varas

de ancho, por el frente y costados de los edificios, y medían cerca de 1 500 varas lineales, con agua suficiente para toda clase de buques, pues en algunos puntos podían atracar los que calaban hasta 29 pies. Disponían, además, de suficiente número de pescantes –en opinión de Pezuela– o grúas de diferentes potencias, incluyendo una que puede levantar piezas de maquinaria de hasta 20 toneladas de peso.¹² Su competitividad estaba dada, por la garantía de su sólida construcción y los servicios que con seguridad podían prestar, además del significativo ahorro que suponía el cobro de no más de tres reales (37,5 centavos) por cajón almacenado durante un tiempo de permanencia que podía dilatarse a un año. Las tarifas anteriores para La Habana, eran de 7 a 8 reales y no podían competir ni por el precio ni por la calidad del servicio que ahora se prestaba.¹³

La importancia de este tipo de instalaciones en los cambios que introdujeron en la mecánica de los negocios, fue debidamente aquilatada por el viajero norteamericano Samuel Hazard, al plantear que

[...] los plantadores de azúcar acostumbraban a enviarlos a los comerciantes, quienes lo acomodaban en sus depósitos y adelantaban dinero sobre él. Pero ahora [...] los plantadores pueden hacer lo mismo sin estar sujetos a los comerciantes: pueden obtener las sumas de dinero que necesiten y aguardar, con respecto a las mercaderías, el tiempo que quieran hasta lograr vender a buenos precios. Los comerciantes actúan ahora meramente como comisionistas entre compradores y vendedores.¹⁴

El impacto que este tipo de almacenes tuvo en la ciudad fue de primera envergadura. La rápida generalización de sus servicios, conllevó a que ya casi no se almacenaran mercancías en el interior de la ciudad, y se transforma la mecánica de acción que dependía de bodegas ubicadas en la planta baja de las residencias. Otro aspecto significativo, fue la nueva magnitud que asumieron las verjas de hierro y la estructuras metálicas en el recinto urbano, una vez que el pionero de las construcciones sobre vigas y prefabricado, James Bordağus –quien la aplicó en su fábrica de Nueva York– visitó La Habana en 1857, y generalizó este tipo de estructura en los Almacenes de Santa Catalina, con derivaciones para su empleo en la ciudad.



¹² J. de la Pezuela, ob. cit., t. 3, p. 315.

¹³ Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001. pp. 308-309.

¹⁴ Samuel Hazard, *Cuba with Pen and Pencil* [s. e.], Londres, 1873, p. 268.

El espacio ocupado dentro del recinto de la bahía por los referidos Almacenes de Regla, San José, Hacendados y Santa Catalina, fue de consideración. En primer lugar, debe considerarse el beneficio que significó su mayor despliegue en la porción oriental de la bahía. Ello supuso, una extensión a esta porción del puerto de sus principales estructuras, hasta ese momento limitadas, en lo fundamental, a su ribera occidental. Tendencia que se vio fortalecida, por la construcción en el embarcadero de Guasabacoa –Regla–, de una línea de vapores, auspiciada por el ya mencionado Eduardo Fesser.

Proceso de ocupación de la franja oriental, que se extendió a la ensenada de Tricornia (en Marimelena), en 1859, con la ubicación en esta zona de un dique flotante financiado por Salvador Samá –marqués de Marianao–, y la Compañía Pardo y San Pelayo. Hacia 1872, el dique flotante fue modernizado para recibir buques de gran porte, con 326 pies de eslora, 86 de manga y 30 de puntal, aunque ahora bajo la nominación comercial de Dique Flotante Cubano.¹⁵ En la cercanía de Casa Blanca, se ubicaron los muelles del Segundo y el Tercer Careneros, también pertenecientes al marqués de Marianao. Y, por último, el espacio se extendió hasta el canal de entrada de la bahía, donde se estableció un almacén de carbón natural, del que era su concesionario el ya tantas veces mencionado Samá.¹⁶

Los otros tres muelles-almacenes fueron construidos en la margen occidental de la bahía. Estos fueron los casos de los Almacenes San José, ubicados en la zona contigua al antiguo arsenal y que se extendieron hasta la batería San José, en la zona próxima a la muralla de tierra. El de los Almacenes de los Hacendados, situados en la ensenada de Atarés, en el extremo sur occidental de la bahía. Y el de los Almacenes de Santa Catalina, que se extendía desde el baluarte de San José –donde limitaba con los Almacenes de igual nombre– hasta el de Paula, con lo cual abarcaba parte del litoral privilegiado por el paseo de intramuros. En resumen, la zona destinada a la infraestructura portuaria se había acrecentado significativamente, distribuidos en algo más de unos cinco kilómetros a una y otra banda de su espejo de agua, y disponiendo de una intensidad operativa que

incrementaba sustancialmente el nivel de representatividad del área ocupada.

La transformación del puerto llevado a efecto debe ser entendida a nivel del conjunto de la infraestructura existente en la Isla, y que se extendía a los puertos del interior del país. Si bien el puerto capitalino –como señala el historiador cubano, Alejandro García Álvarez– duplicaba los valores exportados por cualquier puerto importante de la Isla, solo representaba la cuarta parte del total exportado por la nación. O sea, ocupaba entre el cuarto y el sexto lugar entre los puertos azucareros de Cuba.¹⁷

El beneficio que significaba que en La Habana se hallaran radicados muchos de los grandes importadores, capaces de comercializar de 65 a 77% del valor total de las mercancías que ingresaban al país, muestra la importancia de su rada para la obtención de las nuevas maquinarias que se introducían con destino a las manufacturas azucareras. Lo cual no impedía, que el sistema de red central ferroviaria que se extendía al oriente hasta Sagua la Grande y Cienfuegos, en el centro del país, permitiera, además de abaratar los costos, propiciar que los puertos del interior la superaran en lo referente a la comercialización del azúcar.

Los éxitos alcanzados en el abaratamiento de los costos no resultaron del todo fructíferos, tanto para la continua prosperidad de los ingresos por concepto de la comercialización del azúcar, como para el avance progresivo de las inversiones en la infraestructura portuaria. La generación posterior a 1868, como señala el historiador norteamericano Roland T. Ely, fue testigo de muchos cambios en el comercio de Cuba. En Estados Unidos se construyeron grandes refinerías, la mayoría de las cuales estaba controlada por el trust del azúcar de los Havemeyer y sus asociados. Los consignatarios habían dejado de ser necesarios como intermediarios. Las empresas refinadoras enviaban a sus propios agentes, que compraban directamente a los hacendados. Y, más adelante, comenzaron a adquirir el control de vastas haciendas en Cuba, con lo cual se propició la eliminación del ciclo para el hacendado independiente.¹⁸ Una nueva era se acercaba para la evolución de la Isla, que atravesaba, además cambios estructurales importantes, con la eliminación en 1884 de la mano de obra esclava.

¹⁵ R. T. Ely, ob. cit. En cuanto al dique flotante, consultar J. de la Pezuela, ob. cit., pp. 334-335 y Eduardo Marrero Cruz, *Julián de Zulueta y Amondo, promotor del capitalismo en Cuba*, Ediciones Unión, La Habana, 2005, p. 88.

¹⁶ Marina de Guerra (Dpto. Inspección), *Derrotero de la Isla de Cuba*, La Habana, 1952, pp. 84-85.

¹⁷ Alejandro García Álvarez, *La gran burguesía comercial en Cuba 1899-1920*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 35.

¹⁸ R. T. Ely, ob. cit., p. 199.

La fundación de San Cristóbal de La Habana. Mito y realidades

ROLANDO JULIO RENSOLI MEDINA



La ciudad de La Habana se apresta a cumplir 490 años de fundada, al menos así se reconoce socialmente. Sin duda, una de las villas más controvertidas en cuanto a su acto fundacional, pues en su largo recorrido de costa a costa, de sur a norte, los sitios y las fechas de sus anteriores asentamientos fueron borrados no solo de la memoria de sus primeros pobladores, sino también del tiempo. El único sitio preciso que hoy conocemos es el de su tercera y definitiva ubicación.

Es apropiado aclarar, por cuestión de rigor, que se ha adoptado como fecha fundacional la del último asiento: 1519. El día y el mes, toma como referencia la tradición de la primera misa, en el onomástico de San Cristóbal,¹ según se asegura, pero que tampoco es ortodoxamente fiable.²

Para ser exactos en el sentido histórico, la fundación real ocurrió cinco años antes, en 1514. De haberse fundado en 1519, La Habana no fuera la quinta

villa sino la octava y tampoco habría surgido durante el proceso de conquista, sino posterior a esta.

Las ciudades surgidas como postrer desarrollo de las villas fundadas durante la conquista han tomado como fecha de fundación la de su primer asentamiento, la del definitivo, o la que celebra la tradición, indistintamente, aunque nada tenga que ver con el hecho real de la fundación. Así encontramos que Camagüey (antiguo Puerto Príncipe) celebra, desde el ángulo cultural-tradicional, una fecha tan temprana como febrero de 1514, anterior a la de villas como La Habana y Sancti Spiritus. Y está el caso de La Habana, que celebra la fecha de su tercer y definitivo asentamiento, fecha tan tardía que sobrepasa el límite de la conquista.

Si tomamos como válido lo establecido por el Instituto de Historia de Cuba en su obra *Historia de Cuba. La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, el orden de las primeras poblaciones sería: Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, San Salvador de Bayamo, La Santísima Trinidad, Sancti Spiritus, San Cristóbal de La Habana, Santa María del Puerto del Príncipe y Santiago de Cuba, a lo que agregaríamos Santa Cruz del Cayo o La Zavana (San Juan de los Remedios), fundada por Vasco Porcallo de Figueroa fuera de la égida velazqueana y que recibiera su título de villa en 1535, veinte años después de establecida.³

No obstante, todo lo anterior nos lleva a ver ese deambular caprichoso como antecedentes históricos de una ciudad que fue en busca del sitio de mejor agrado.

¹ El 16 de noviembre es el día de San Cristóbal según la tradición católica, de ahí la fecha que se toma para el aniversario de la villa pero queda claro que se fundó cinco años antes y no en el día de San Cristóbal. El fundador de esta villa no fue Diego Velázquez sino el sanguinario Pánfilo de Narváez y se asegura que dedicó esta a Cristóbal Colón, el gran navegante y, por ello, su santo patrón.

² En 1827, el Capitán General de la isla Francisco Dionisio Vives, inauguró, una construcción que se ha denominado El Templete, por su forma arquitectónica que recuerda el arte clásico, en el lugar donde se hallaba, según la afirmación de la época, la ceiba donde se ofició la primera misa junto al puerto de Carenas en 1519. La obra, de Jean Bautista Bermy, incluye además un obelisco en el sitio de la ceiba desaparecida y a escasos metros se sembró la que hoy conocemos y que recibe majestuosa a sus visitantes, y alrededor de ella se dan las tradicionales vueltas cada 16 de noviembre. La realidad es que no hay documentos que registren el hecho fundacional, que ciertamente pudo ser en la fecha reconocida por la tradición, pero pudo acaecer en 1520 o 1521.

³ Instituto de Historia de Cuba. Colectivo de autores, *Historia de Cuba. La colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, Editora Política, La Habana, 1989, pp. 84-85.

Empleemos los términos de “asentamiento originario”, “asentamiento intermedio” y “asentamiento definitivo”, para designar los tres asentamientos en su orden respectivo.⁴

El asentamiento originario es todo un mito. Como hemos expresado, de él no se conoce ni la fecha ni el lugar. Irene Wriġth, historiadora norteamericana, tras sus pesquisas por los Archivos de Indias, llegó a la conclusión de que había sido el 25 de julio de 1515, y durante mucho tiempo se le dio crédito a ese criterio –incluyendo al doctor Emilio Roig de Leuchsenring, insigne historiador y patriota habanero, que también conjeturó sobre una temprana fecha en 1513–,⁵ pero investigaciones posteriores ubican el hecho en el año 1514. Algunos autores como Eduardo Torres Cuevas y Hortensia Pichardo Viñals, lo sitúan entre abril y mayo de ese año;⁶ lo cierto es, según mi criterio, que debió ocurrir entre abril y julio, pues Diego Velázquez en su carta al Rey fechada el 1ro de abril, no hace referencia a esta villa. Sin embargo, en la misiva del 1ro de agosto, además de Trinidad, se refiere a otra villa del sur, la cual parece ser La Habana pues las que faltaban por reconocer: Santa María del Puerto del Príncipe, se funda al norte, y Santiago de Cuba, posteriormente. Respecto a su sitio, a través de los años se han dividido las evidencias en dos zonas de la costa sur de la actual provincia de La Habana: Batabanó y el valle del Mayabeque, en Güines.

El hecho de poseer Batabanó un puerto –uno de los objetivos de la conquista era contar con ellos–, y que desde la temprana fecha de 1559 era, según documentos, un sitio poblado, lo convierte en blanco de especulaciones sobre el posible primer asiento de La Habana. Batabanó llegó a ser durante la colonia una importante vía comercial, recordemos el llamado Camino Real del Sur que unía a ese puerto con el de La Habana, al norte. Al detallar su geografía notamos inmediatamente la ausencia de ríos o afluentes, por lo que la hipótesis se desmorona si consultamos las fuentes documentales, que en reiteradas ocasiones, citan la presencia del río Onicajinal.

En el valle del sureste de la provincia existe el río Mayabeque. Su desembocadura está situada en una zona baja, lo cual lo imposibilita de servir como puerto. Aún hoy, es un área despoblada con características naturales tan ágreres que resulta difícil establecer una población de importancia. Muchos investigadores han esgrimido la teoría de que el río Mayabeque no es otro, que el supuesto Onicajinal –u Onicaxinal, según la ortografía de la época–. La región güinera –extensa e importante área agrícola– tuvo un desarrollo muy posterior a la conquista. No fue hasta el siglo XVIII que se logró su explotación a plenitud como parte de la gran plantación esclavista azucarera de la llanura Habana-Matanzas.

Investigaciones recientes aportan interesantes hipótesis acerca del primer asentamiento de la villa habanera en el territorio sureño de la actual provincia de Pinar del Río: la desembocadura del río San Cristóbal es un caso, y la ensenada de La Coloma es el otro; este último con criterios muy bien fundamentados por el historiador César García del Pino.

En la actualidad, la búsqueda del primer sitio se centra en las excavaciones arqueológicas, debido a que por la vía documental ha sido infructuoso el hallazgo y el área probable se extiende desde el puerto de La Coloma, al oeste, hasta la ensenada de la Broa, al este.

El asiento intermedio debió ocurrir entre 1516 y 1517 –probablemente en el último de estos años– hacia las márgenes del río Casiguaguas, denominado La Chorrera por los conquistadores, y más tarde Almenares, nombre que conserva en la actualidad. Existen tres hipótesis sobre este asiento. La primera plantea que el lugar escogido fue la zona del curso medio del río, en lo que hoy se conoce como San Cristóbal de Paso Seco (en el actual municipio de Arroyo Naranjo). La segunda propone los parajes Husillo-Puentes Grandes (confluencia de los municipios de Marianao, Playa, Cerro y Plaza de la Revolución). La tercera ha sido apoyada por un grupo de investigadores donde sobresale Irene Wriġth, los cuales sustentan que este se produjo en el curso superior de la corriente fluvial, o sea, en la desembocadura. De estos criterios el que más prevalece en la actualidad y considero más apropiado, porque hay constancia de ser sitio poblado por españoles desde los albores de la colonia, es el de Husillo-Puentes Grandes.

La hipótesis sobre el asiento en la desembocadura provenía de la certidumbre de que ese lugar había sido siempre un sitio poblado, pues se recuerdan los caseríos humildes de pescadores denominados Bongó y Gavilán, de cuya existencia hay constancia

⁴ Estos términos constituyen una nomenclatura propia del autor para explicar el fenómeno fundacional habanero.

⁵ Emilio Roig de Leuchsenring, *La Habana. Apuntes históricos*, 2da. ed. aumentada, t. 3, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964.

⁶ Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola Vega, *Historia de Cuba, 1492-1898, formación y liberación de la nación*, Pueblo y Educación, La Habana, 2001, p. 51; Hortensia Pichardo Viñals, *La fundación de las primeras villas de la Isla de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 39

desde el siglo XIX; después parece haberse convertido en La Chorrera del Vedado y más tarde en Chullima. En documentos, desde fechas tempranas del siglo XVI e incluyendo las Actas Capitulares, se menciona Pueblo Viejo, en clara alusión al poblado que quedó donde se ubicó el segundo asentamiento de la villa, y los historiadores establecieron un vínculo entre este Pueblo Viejo y lo que después fueron Bongó, Gavilán, La Chorrera del Vedado y Chullima, lo cual no parece exacto.

Según se aprecia en los documentos consultados, el llamado Camino de la Playa, mencionado desde el siglo XVI, comunicaba a la villa con Pueblo Viejo. Ciertamente, este camino partía de la Puerta de Tierra de la muralla, por lo que después sería la calle Refugio, y tomaría el curso de la Avenida Ancha del Norte, Marina y lo que después sería la Calzada del Vedado. Como Calzada llega hasta La Chorrera, ayudaba a alimentar el criterio de que era allí el lugar de Pueblo Viejo, pero las evidencias de colonización de la zona de El Husillo-Puentes Grandes (área cultivada, la construcción de la presa y de la Zanja Real partiendo del lugar, el surgimiento del poblado de San Jerónimo de los Puentes Grandes en el siglo XVIII, entre otras aspectos) nos han puesto a pensar. Además, el Camino de la Playa pudo continuar por la margen este del Almendares hasta Puentes Grandes, pues el llamado Camino de la Sierra, por esa zona hasta Puentes Grandes, existió hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando se urbanizó Nuevo Vedado.

En cuanto a Paso Seco, área del río aledaña al actual Parque Lenin, la evidencia es un sitio conocido como San Cristóbal de Paso Seco, que pudiera ser una alusión a la originaria villa, pero no parece ser la mejor teoría,

pues los argumentos son endebles comparados con los de las otras hipótesis.

Hay una realidad, y es que los dos primeros asentamientos fundacionales no trajeron mayor trascendencia para la que fuera, a posteriori, la urbe capitalina. Un desarrollo vertiginoso, que la llevaría a convertirse en la población más importante del archipiélago y una de las principales del Nuevo Mundo, ocurriría a partir de su asentamiento definitivo en 1519 junto al puerto, llamado por Sebastián de Ocampo “de Carenas” durante su bojeo de 1508-1509, por haber reparado o carenado allí sus embarcaciones.

Pero si de antecedentes hablamos, tendríamos que decir también que La Habana es sitio habitado desde antes de la conquista. Su propio nombre así lo indica. Habana no es una voz castellana ni de ninguna otra lengua europea, es un vocablo indocubano, propio del tronco aruaco al que pertenecían los primitivos cubanos. Tal vez no sea exactamente Habana (o Abana, porque la consonante H es agregada por conveniencia) el vocablo original y sea una degeneración de otro: Sabana, Avana, Jabana, Abanatam, u otro, mas lo cierto es que el origen es autóctono del país.

De acuerdo con Emilio Roig de Leuchsenring,⁷ el adelantado Diego Velázquez y Cuéllar, deja constancia en sus cartas de la existencia del cacicazgo de Habana, dominio del cacique Abaguanex y, aunque

⁷ E. Roig de Leuchsenring, ob. cit., p. 21.



conscientes del debate a que están sometidos los cacicazgos indígenas cubanos en la actualidad, asumimos la veracidad del hecho. Si al criterio anterior sumamos los resultados de las excavaciones arqueológicas, llegamos a la conclusión de que en la actual provincia de Ciudad de La Habana (no nos estamos refiriendo al sitio fundacional exacto de la villa sino a todo el espacio actual de la provincia) la presencia de comunidades indígenas, tanto agroalfareras como recolectoras-cazadoras-pescadoras, fue abundante.⁸

Sobre por qué considerar como fecha fundacional la del tercer asentamiento y no otra anterior, conversé el 21 de julio de 2005, con el doctor Eusebio Leal Spenglerg, Historiador de la Ciudad, en entrevista concedida en su despacho del Palacio del Conde de Lombillo para abordar diversos temas de la historicidad de La Habana. Al respecto dijo:

[...] la responsabilidad, de que se haya declarado el 16 de noviembre de 1519, es mía y no de otra persona, La Habana cumpliría este año 491 años y no 486, pero en 1969, ya fallecido Roig y sin hallarse certidumbre sobre la fecha y lugar exactos de los primeros asentamientos, le propuse a la Administración Metropolitana de La Habana [antecedente de lo que en 1976 se convertiría en el gobierno de la provincia de Ciudad de La Habana] celebrar ese año el 450 aniversario asumiendo esa fecha como la de la fundación.⁹

Hasta ese instante había convivido y se aceptaban dos criterios sobre el hecho fundacional: por un lado se aseveraba que la fundación en el Sur había ocurrido el 25 de julio de 1515, y a su vez, por tradición, se celebraba la ceremonia de las vueltas de la ceiba de El Templete el 16 de noviembre, en conmemoración de la primera misa en el sitio definitivo.

Si analizamos las tres macrorregiones: oriente, centro y occidente, nos damos cuenta que al concluir la conquista en la primera de estas quedaron establecidas tres poblaciones: Baracoa, Bayamo y Santiago de Cuba. Otra en el intermedio centro-oriental, Puerto Príncipe; y en el centro propiamente, otras tres: Trinidad, Sancti Spiritus y Remedios. La ocupación de todo el territorio occidental quedaba bajo la égida de una sola villa: La Habana. Esta tenía la responsabilidad de someter a un territorio tan extenso como el de las restantes villas en su conjunto. La ocupación del espacio en Occidente fue muy intensa, y a mediados

del siglo XVII, desde Jagua hasta la Nueva Filipina, el territorio estaba prácticamente colonizado.

Puede considerarse como la primera edad de la villa el período entre su nacimiento y el 8 de octubre de 1607, es decir, básicamente el siglo XVI. En este espacio de tiempo encontraremos los pasos que, poco a poco, van perfilando a La Habana como un núcleo poblacional importante. Muestra de ello son los ejemplos siguientes: a partir de 1547 se convierte en residencia de los gobernadores de la Isla, cuando Vicente de Chávez se traslada desde Santiago de Cuba para este sitio¹⁰ y, en 1550, el nuevo gobernador, doctor Gonzalo Pérez de Angulo, la elige como morada, por lo cual no llega a establecerse nunca en Santiago de Cuba, lo que le trajo dificultades con la Real Audiencia de Puerto Príncipe, que no reconoció oficialmente la residencia en La Habana. Es en 1556, bajo la tutela del capitán Diego de Mazariegos que es reconocida la villa como morada oficial.

En 1561 el puerto habanero se convierte en punto de reunión de toda la flota española que, proveniente de otros puertos coloniales del continente, se trasladaría como una sola unidad hacia la metrópoli. De regreso la flota arribaba a La Habana, para luego distribuirse por el Nuevo Mundo. El hecho del puerto único la hizo reconocer como “llave del golfo” y “antemural de las Indias”.

El 20 de diciembre de 1592, por Real Cédula –tardíamente–, Felipe II le concede el título de ciudad y al establecerse la primera división político-administrativa colonial, también por Real Cédula, el 8 de octubre de 1607, La Habana queda reconocida como capital oficial de la colonia, al dividirse la isla en dos gobiernos: Santiago de Cuba, con jurisdicción directa sobre toda la región oriental (Baracoa, Bayamo y Puerto Príncipe), y La Habana, para Occidente. Las villas del centro (Trinidad, Sancti Spiritus y Remedios) quedan bajo el arbitrio de sus propios cabildos, y se inicia del empleo del término “Las Villas” para reconocerlas, pero se determinó que el gobierno de Santiago de Cuba y todos los cabildos se supeditarían, en las cuestiones más importantes, al de La Habana, en cuyo gobernador descansaba la representación de la Corona.

⁸ Ovidio Ortega Pereyra, “Historia prehispánica de la provincia de Ciudad de La Habana” (inédito).

⁹ Esta entrevista concedida al autor fue citada en su libro *La Habana, ciudad azul*, de Ediciones Extramuros, La Habana, 2008.

¹⁰ Cuando se inicia la conquista, el adelantado Diego Velázquez y Cuéllar establece su residencia y gobierno en Baracoa en 1511; después que funda Santiago de Cuba en 1515 se traslada para esa villa, ambas recibieron tempranamente sendos títulos de ciudad para ennoblecen las acciones velazqueanas. Durante treinta y dos años los gobernadores vivieron en esa ciudad.



Entre los siglos XVI y XVII, al construirse tres fortalezas o castillos: la Real Fuerza, San Salvador de La Punta y los Tres Reyes o El Morro, más la protección de la ciudad mediante murallas circundantes, así como los torreones adelantados en zona de extramuros: tres al oeste (San Lázaro, Santa Dorotea de la Luna o La Chorrera y Mariano), y dos al este (Santiago o Cojímar y Bacuranao), La Habana se convirtió en una plaza fortificada capaz de impedir acontecimientos similares al ataque infligido por el corsario francés Jacques de Sores, que devastó la ciudad en 1555.

Ya en la segunda mitad del siglo XVII, el 20 de mayo de 1665, a la ciudad le sería reconocido un Escudo de Armas —entre sus atributos se distinguen tres castillos en alusión a las fortalezas, y una llave como “antemural de las Indias—. Varias versiones, aunque con los mismos atributos, han mediado desde el escudo original hasta el actual, oficializado por el gobierno municipal de La Habana el 11 de noviembre de 1938,¹¹ y que hoy, en el marco del Proyecto Identidad, se reconoce como escudo oficial, y se convierte en uno de los símbolos de la provincia.¹²

Entre los factores que convirtieron a La Habana en el sitio preferido para capital y que permitieron su desarrollo hasta el siglo XIX tenemos, a mi consideración: la posición geográfica; el descubrimiento de la corriente del golfo y sus bondades para la navegación, las excelentes condiciones de su puerto de aguas profundas, canal de entrada estrecho y bahía de bolsa resguardada en su interior con cuatro ense-

nadas (Atarés, Guasabacoa, Marimelena y Triscornia); la existencia de un puerto auxiliar al sur, Batabanó, separado del puerto de La Habana por una franja de tierra muy estrecha que permitió unirlos por el Camino Real del Sur; su nombramiento como puerto único la convirtió en una ciudad abierta al mundo, receptora de ideologías y tecnologías, permitió el desarrollo del intercambio comercial, una fuerte infraestructura urbana y una economía de servicio; el clima tórrido por su cercanía al trópico de Cáncer, mucho más agradable que el caluroso de Santiago de Cuba; la fértil llanura Habana-Matanzas que permitiría el desarrollo de la ganadería y el cultivo de la caña de azúcar, el tabaco, viandas y frutos menores y más tarde, el café, que sería la principal región plantacionista azucarera esclavista; la existencia del río Almendares, que posibilitó el abasto de agua a la ciudad mediante la Zanja Real y, en el siglo XIX, los acueductos de Fernando VII y de Albear; de igual forma, el río Mayabeque, al sur, que posibilitaría el desarrollo ulterior de la llanura Habana-Matanzas hacia el sudeste.

La Habana no solo fue el punto de reunión de la flota española en América, también fue la ciudad que albergó a una Capitanía General que llegó a abarcar extensos territorios en América del Norte —como Las Floridas (1540-1763 y 1783-1821), y la Louisiana (1763-1800)—, equivalentes a veintitrés estados actuales de Estados Unidos de América.

Entre los siglos XVI y XIX, La Habana se expandió a un ritmo acelerado hacia el oeste. Los poblados que surgieron allende las murallas (Jesús María, La Guadalupe, San Lázaro y otros) pasaron a barrios urbanos; más tarde lo hicieron otros un poco más alejados, como el Cerro y Jesús del Monte. En la segunda mitad del siglo XIX, surgieron los primeros repartos como El Vedado, Carmelo y Aldecoa y, con ellos, la frontera urbana llegaba al río Almendares.

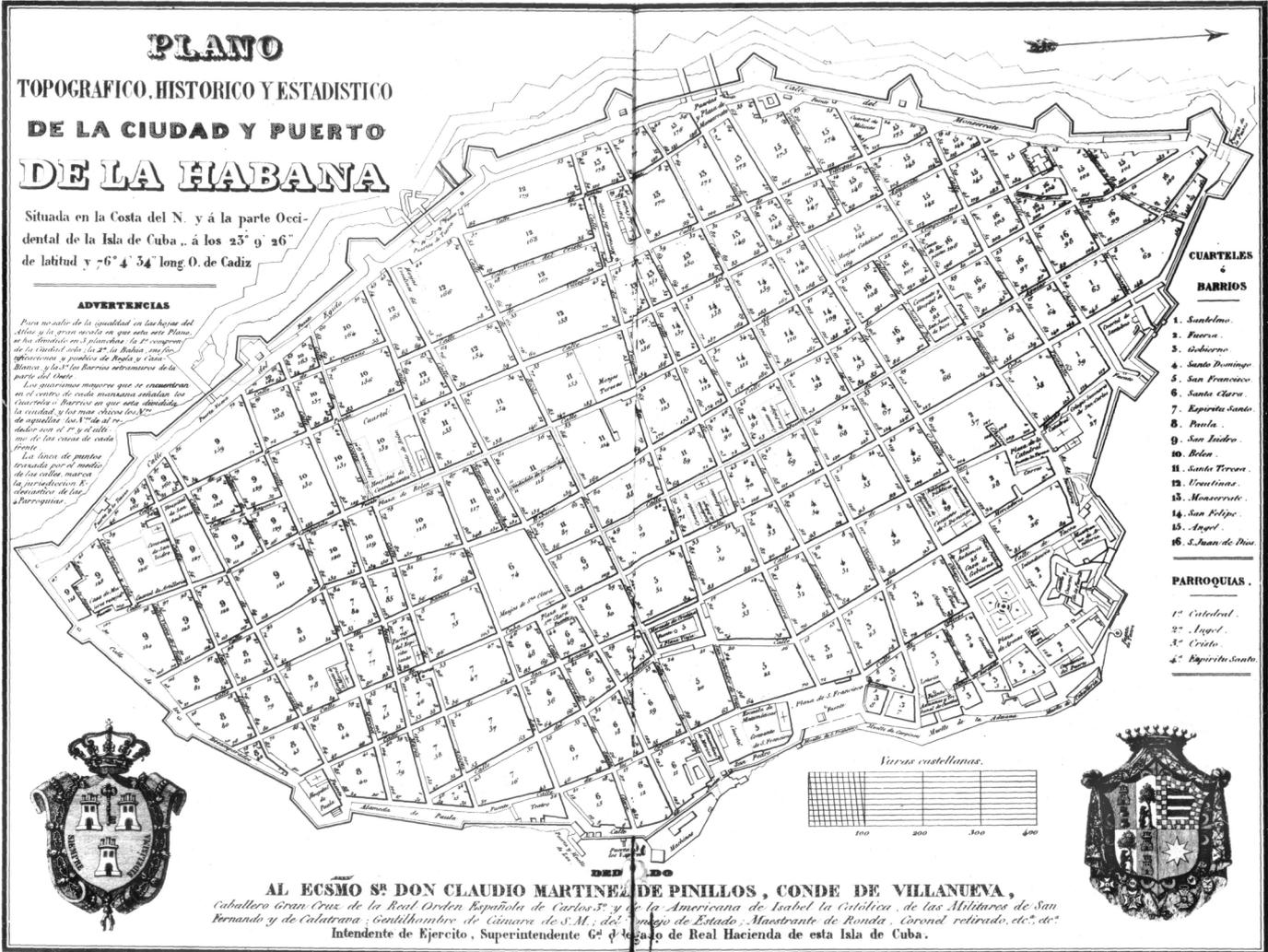
A partir del siglo XX, La Habana se anexó grandes núcleos urbanos reconocidos en la división política como municipios: Guanabacoa, segunda población fundada por los españoles en este espacio, el 12 de junio de 1554, como pueblo para reconcentrar a los indígenas errantes, que recibió el título de villa el 14 de agosto de 1743 y que se reflejaba en los primeros censos del siglo XX como ciudad industrial. Regla, surgida a partir del templo a Nuestra Señora de Regla el 3 de marzo de 1687 en el sitio de Guaiacanamar, ultramarino respecto a La Habana. Santa María del Rosario, fundada el 21 de enero de 1732 cuando el cabildo capitalino autoriza al conde José Bayona Chacón a fundar la “ciudad condal”, tras

¹¹ Emilio Roig de Leuchsenring, ob cit., p. 139.

¹² Oficina de Asuntos Históricos del Comité Provincial del PCC de Ciudad de La Habana, *Ciudad de La Habana. La identidad de la provincia y sus municipios*, multimedia en 4 tomos, Imágenes, La Habana, 2006.

Atlas Cubano

Plancha 37, Parte 1.



una Real Cédula concedida por la Corona, en el lugar del demolido ingenio Quebra Hacha donde había ocurrido una gran sublevación de esclavos en 1727. Marianao, que marca su fundación a partir del 13 de diciembre de 1720, cuando el presbítero Cristóbal Zayas Bazán solicita al director general de Indios una concesión de tierras, que refiere: “en los autos que a sus pedimentos tienen hecho sobre un paraje que llaman los Quemados de Marianabo, se le conceda un paraje realengo y a propósito para la residencia de otros indios”¹³, así “San Francisco Xavier de Los Quemados de Marianao” sería uno de los asentamientos que más progresaría en lo adelante. En la zona de Marianao no solo surgiría Los Quemados, también se estableció el pueblo de Ceiba y el caserío de la Playa de Marianao. Santiago de las Vegas se funda como pueblo el 3 de mayo

de 1749, fecha en que se establece el cabildo; vale señalar que el sitio estaba poblado desde el siglo anterior por emprendedores vegueros. Esa localidad recibe en 1775 el título de “Villa de Santiago de Compostela Burgo de las Vegas”, y el 24 de febrero de 1791, es distinguida con el título de “Real Villa”, no otorgado a ninguna otra población en el continente. En 1827 era ya “ciudad”. Además de estos núcleos urbanos de importancia, más de otras cien localidades pequeñas serían anexadas por la capital para conformar la megápolis contemporánea, por lo cual la ciudad de hoy no es la villa de San Cristóbal, ella es solo su centro histórico, La Habana de hoy es una ciudad de ciudades, con 49 barrios, 329 repartos y 36 asentamientos para un total de 414 localidades –organizadas en 15 municipios y 105 consejos populares– que forman una gran trama urbana y que tiene la diversidad como principal rasgo de su identidad.

¹³ Rolando Julio Rensoli Medina, ob. cit., p. 50.

La Habana del Sur

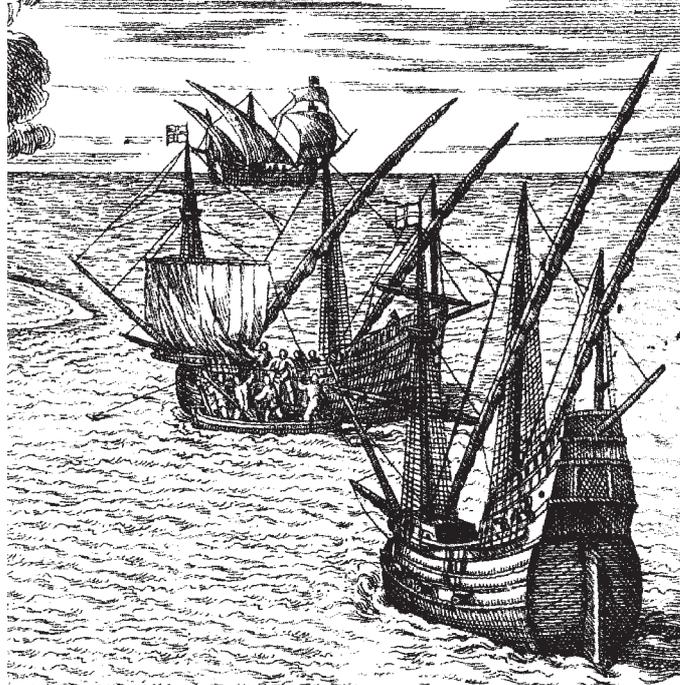
CARLOS VENEGAS FORNIAS

El reconocimiento de la región occidental de la isla de Cuba y la fundación de la ciudad de La Habana, así como su inserción posterior en el gran contexto del circuito comercial de la navegación española, tuvo lugar en medio del apasionante y dramático clima de la expansión mundial de los europeos, hasta quedar convertida, en el transcurso del siglo XVI, en uno de los puertos más importantes del Nuevo Mundo. Pero esto solo fue posible dentro de una posición geográfica estratégica que se fue revelando a través del tiempo y del conocimiento de un emplazamiento privilegiado.

El descubrimiento de Cuba por los españoles se produjo a partir de los dos primeros viajes de Colón y muy pronto aquella isla larga y estrecha se convirtió para el Almirante en una de las más controvertidas pruebas de haber llegado al Asia, sobre todo, porque su porción occidental supuestamente debía estar unida y formar parte del extremo oriental del mundo conocido. Al arribar a sus costas durante el primer viaje, en 1492, Colón no quedó muy convencido de su condición insular. Aun antes de descubrirla y de acuerdo con lo que le decían los indígenas de las Bahamas, la había identificado con la isla de Cipango, hoy Japón, partiendo, sobre todo, de lo que había visto antes en los planisferios y leído en los relatos de Marco Polo. Mientras navegaba por su costa norte y antes de abandonarla en dirección a Haití, fue modificando esta idea tan apriorística, incluso llegó a pensar que era parte de la tierra firme de China. Así lo continuaría afirmando en lo adelante.¹

Durante el segundo viaje, en 1494, Colón se acercó a la costa sur de Cuba, pero venía urgido de encontrar pruebas concluyentes de que había descubierto las Indias y no solo algún otro archipiélago situado entre España y el Oriente. El propósito inmediato era encontrar el paso por donde Marco Polo había doblado en la península de Malaca para regresar a Europa, pero también descubrir las tierras míticas situadas algo más al sur, donde se suponía que se encontraba el paraíso terrenal. Así trasladaba sus descubrimientos al territorio dogmático, trascendente e irrefutable, de la geografía bíblica.

Poco antes de llegar a la costa sur de la Isla, el Almirante anunció a la tripulación que se acercaban a Saba, la tierra de uno de los Reyes Magos que adoraron



a Cristo, y les aseguró no estar lejos de las costas de China.² La tripulación de este segundo viaje era de un nivel intelectual poco común, estaba integrada por cartógrafos, astrónomos y marinos reconocidos por su experiencia, dispuestos a verificar ante la Corona la certeza de los descubrimientos realizados. Colón les argumentaba que la larga extensión de las costas de Cuba probaba que era parte de un continente, pero la mayor parte de los que le acompañaban opinaban que se trataba solo de una isla grande. Casi a punto de poder comprobar esto último, en medio del mar blanco y poco profundo que bañaba las costas donde dos décadas más tarde se establecería la jurisdicción de la villa de La Habana, el Almirante interrumpió el curso del viaje, cambió el rumbo al este, y apremió a todos a declarar ante un escribano que no estaban bordeando las costas de una isla, sino una parte de la tierra firme o continental; los que estaban de acuerdo debían firmar y comprometerse a no decir luego lo contrario, so pena de una multa y de perder la lengua.

Bajo la singular amenaza, solo aceptable en una situación tan extrema, la verdadera naturaleza de la región del occidente de Cuba, situada en medio de la entrada al golfo de México y configurando la entrada a este por medio de dos estrechos canales, el de Yucatán y el de la Florida, quedó desconocida y un tanto al margen del curso de los descubrimientos posteriores, en un compás de espera y en la antesala de las grandes civilizaciones americanas. Pero esta situación permaneció así solo por algunos años. Tanto Colón como los que emprendieron los viajes de exploración posteriores o simultáneos a los suyos, concentraron sus esfuerzos en el reconocimiento de las costas caribeñas y del norte de Suramérica, convirti-

¹ Cristóbal Colón, *Diario de navegación*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1961, pp. 69 y 79.

² Miguel Cuneo, "Carta", en Fernando Portuondo (comp.), *El segundo viaje de descubrimiento*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 55.

das en un obstáculo infranqueable y misterioso en la búsqueda de una ruta para continuar la navegación hacia el oeste, y continuaron tratando de encontrar un pasaje marítimo que diera salida al océano Índico a través de las costas del mar Caribe, sin penetrar en el aún desconocido golfo de México.

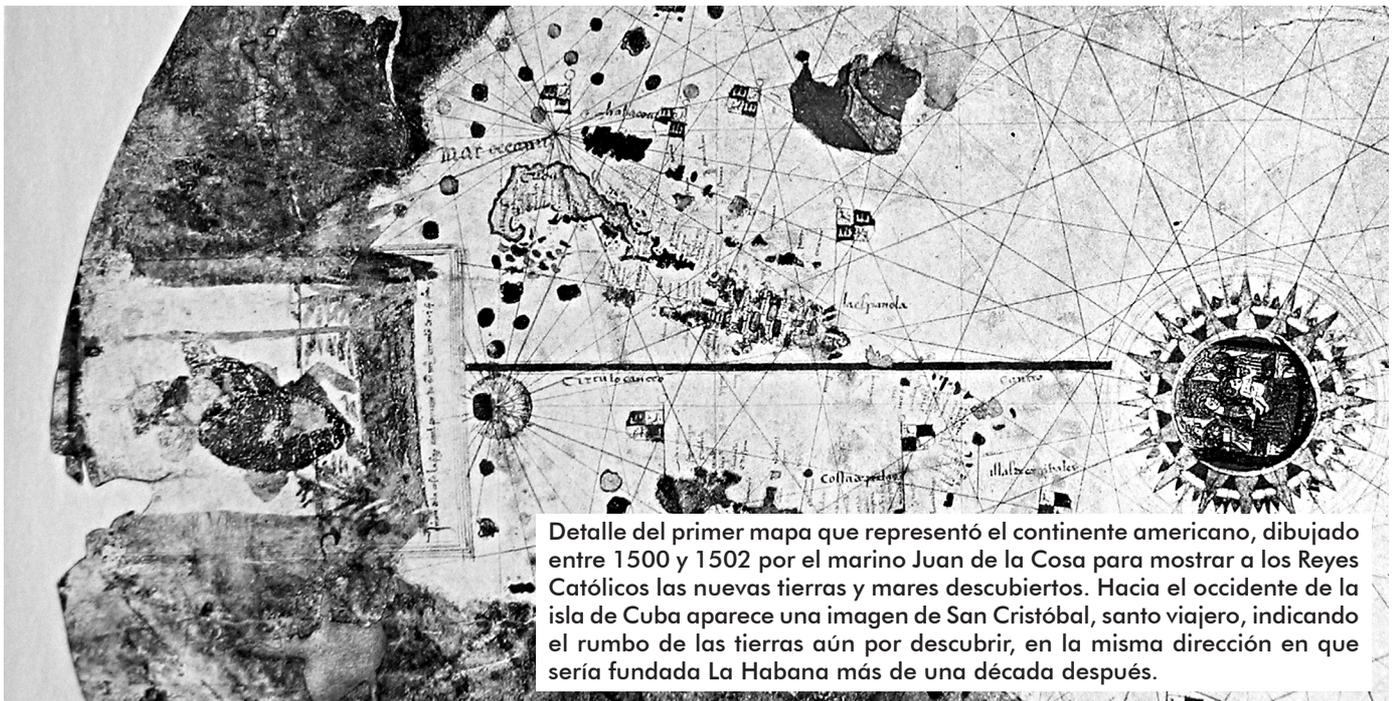
Las dudas que podían quedar sobre la insularidad de Cuba se despejaron durante dos expediciones emprendidas casi simultáneamente y que en el año 1508 doblaron por el cabo de San Antonio, en el extremo occidental. Una de ellas fue la de Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón –antiguo capitán de la carabela *La Niña* en el primer viaje de Colón–, que navegaron por el sur de Cuba, pasando el cabo de San Antonio, y luego desde Tampico al golfo de Honduras; la otra fue la de Sebastián de Ocampo, que partió desde La Española para bojear Cuba, reconocer sus costas y dilucidar definitivamente si se trataba de una isla o una península.

Poco después comenzaría la conquista de la Isla por una expedición salida de La Española. Resulta indudable que la estrategia del adelantado Diego Velázquez al fundar la mayor parte de sus villas en la costa sur de Cuba, incluyendo la que había elegido como capital en la bahía de Santiago, delataba su interés por tener bien asegurado y cubierto el mar Caribe, donde se desarrollaban por entonces casi todos los intentos por hacer avanzar el curso de las exploraciones y de la colonización. Las poblaciones españolas de Cuba se fueron estableciendo entre 1512 y mediados de 1515, con mucha probabilidad

entre 1513 y 1514, coincidiendo con la etapa de esfuerzos más intensos para lograr asentar las primeras colonias suramericanas. El testimonio de Las Casas, cronista de la conquista de Cuba, nos permite suponer que La Habana fue fundada por Pánfilo de Narváez después de la pacificación de la región, muy probablemente en el año de 1514, y también de acuerdo con sus afirmaciones, sabemos que no había en ella minas o yacimientos de oro.

Brindar protección, como punto de avanzada y de apoyo para futuros desplazamientos de la conquista, debe haber sido el motivo fundamental para elegir la posición de la villa de La Habana sobre una costa baja y de naturaleza anegadiza en el sur de Cuba, de muy difícil acceso para la navegación, donde antes había desembocado algún que otro naufrago en los primeros intentos de penetrar en la América continental. Las Casas nos ha dejado el relato del encuentro con algunos de esos sobrevivientes durante la conquista de la región occidental de la Isla, dos mujeres y un hombre, García Mejía, desnudos e incapaces de articular su idioma, casi convertidos en indígenas después de vivir cuatro años entre ellos.

El cronista Bernal Díaz del Castillo –una de las escasas fuentes testimoniales de estos primeros años de las villas cubanas–, fue uno entre muchos de los participantes de la gran expedición de 1513 al Darién, organizada por Pedro Arias de Ávila, que arribaron al sur de Cuba empujados por el hambre, el fracaso y la ambición de emprender nuevas conquistas. El mismo nombre que se le atribuyó a La Habana parece aludir



a las esperanzas que sus fundadores depositaban en Cristóbal, el portador de Cristo y patrón de los navegantes, como santo protector del destino de la población, y tal vez fuera una anticipación del papel que le tocaría desempeñar a la villa en el anhelado y gran salto adelante: el descubrimiento de las tierras situadas más al oeste, como realmente tuvo lugar en 1519, apenas cinco años después de fundada la villa, cuando se convirtió en el último sitio de preparación de la hueste de Hernán Cortés, quien se detuvo en la villa de San Cristóbal para organizar la expedición antes de emprender la conquista de México, poner en orden sus tropas y navíos, y asegurar los abastecimientos. De allí zarpó el 10 de febrero de 1519, después de casi un mes de estadía.

Poco se sabe de la existencia de la villa en estos años iniciales. Bernal Díaz del Castillo nos ha dejado los nombres de algunos de los vecinos que marcharon con Cortés, como Pedro Barba, teniente de Velázquez; Francisco de Montejo, luego conquistador de Yucatán; y Juan Sedeño, considerado el soldado más rico por poseer su propia embarcación, un esclavo, una yegua, casabe y tocino. Sin duda que la cría de cerdos y el cultivo de la yuca fueron formas de abastecimiento rápido que permitieron sostener y entrenar a más de quinientos hombres antes de emprender el viaje de conquista a México. La Habana, villa carente de oro, se había mostrado en cambio muy útil para garantizar la subsistencia y la preparación de los conquistadores. En ella las indígenas tejían ropas de algodón silvestre, abundante en la región, para remediar las necesidades de los españoles, algo que también permitió improvisar armaduras bien acolchadas para resistir los ataques de los indios del Continente, armados de lanzas y flechas. Cortés comenzó allí a ser tratado como un señor y a poner en su casa un estandarte al frente con el lema de “Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.”

La partida de Cortés, así como la expedición que Velázquez organizó para perseguirlo, dejaron la villa medio vacía. En estas circunstancias, fue nombrado Juan de Rojas, pariente del Adelantado, como su teniente en la villa, en sustitución del anterior. Rojas sería por más de medio siglo el vecino más influyente de La Habana, así como sus parientes castellanos de apellidos Sotolongó (Soto) y Madrid, y Pedro Velázquez de Cuéllar, sobrino del conquistador de la Isla. Precisamente, las informaciones de mérito de dos miembros de la familia Rojas, realizadas en 1584 y 1603, fueron los primeros documentos que esbozaron la historia

de los fundadores, y hoy nos permiten conocer la secuencia y localización de la población en sus primeras décadas. Gracias al segundo de estos documentos conocemos que la ciudad solo tuvo dos localizaciones antes de ocupar el sitio actual: dos pueblos viejos o abandonados, el primero, en un lugar conocido como Yabuena, y el segundo, en la desembocadura del río Almendares.³ El nombre del primer sitio nos indica claramente que se trataba de una sabana, pues la *yabuena* o *yabú* es una voz indígena que designa una yerba silvestre que se extiende por estas formando un espeso colchón, y con frecuencia fue usada por los naturales y los colonizadores para cubrir sus casas.

Las antiguas actas del ayuntamiento de la ciudad en 1564 mencionaban un Pueblo Viejo en las cercanías del río Mayabeque y ya en 1524 Velázquez aludía en su testamento a un sitio nombrado así en la jurisdicción de La Habana, cuando la población había sido trasladada hacia la costa norte a instancias de Juan de Rojas, que, como la mayoría de los vecinos de la villa, tenían sus haciendas establecidas en torno a las magníficas bahías y desembarcaderos de ese tramo de costa rocosa.

La isla era muy estrecha por la parte de la región occidental donde fue emplazada la población y, según observación de Las Casas, los colonizadores acostumbraban habitualmente a pasar de una costa a otra, del mar Caribe al Atlántico, sin gran esfuerzo. Desde la villa del sur los españoles podían acceder con relativa facilidad a los ríos y embarcaderos de la costa norte, tal como Bernal Díaz aseguraba haberlo hecho a través del surgidero de Jaruco, en 1517. Pero el descubrimiento del canal de Bahamas en 1520, ruta más rápida de regreso a España, atrajo definitivamente la villa de San Cristóbal hacia la costa norte. Su breve establecimiento en el Sur, sitio fundacional, quedó muy rápido olvidado, como correspondía a un breve episodio del famoso puerto de la Carrera de Indias.

Los historiadores de la ciudad, como Arrate y Morell de Santa Cruz, a mediados del siglo XVIII, nos dejaron sus primeras versiones sobre la elección y el abandono del primer sitio, considerado por ambos como pantanoso e insalubre, lleno de mosquitos, que hacía peligrar la vida de los recién nacidos, algo que en su opinión contribuyó tanto a su abandono como el impacto del nuevo canal descubierto a la navegación española.

³ Información de los servicios prestados al Rey por Diego de Soto, el Viejo, 1603, en Archivo Nacional de Cuba, Fondo Academia de la Historia, *Expediente sobre información de legitimidad, limpieza de sangre y nobleza de diversas personas...* 1792.

Agua y obras hidráulicas en La Habana colonial

ROLANDO GARCÍA BLANCO

Los primeros sistemas de abasto de agua a La Habana (1519-1835)

El acceso al agua había constituido un complejo problema desde la propia ubicación definitiva de San Cristóbal de la Habana en 1519, al oeste de la bahía, que aún hoy ostenta su propio nombre. Así, durante los primeros tiempos, los habitantes de la villa se valieron de los pozos que abrieron en un entorno caracterizado por un suelo calcáreo, donde el manto freático se encontraba a poca profundidad; uno de los más conocidos fue el de La Anoria, cuya explotación data de 1559, y sus aguas “alejadas como estaban a no menos de 800 metros de la ribera del Puerto, eran de buena calidad y abundantes en su caudal”.¹

Otras fuentes utilizadas por aquel entonces fueron las del río Luyanó, que desaguaban en la bahía, y las del río La Chorrera, conocido hoy como Almendares, situado a unos 10 km hacia el oeste. El primero de los casos se trataba de un río poco caudaloso, cuyas aguas con una composición muy alta en sales no se prestaban para el consumo de la población, mientras que la lejanía del segundo, obligaba a cargar el agua potable en toneles, y transportarla por mar o mediante bestias de carga a través de una zona intrincada. A las dificultades con la lejanía de esta última toma de agua, se sumaba

la presencia creciente de naves atraídas por la seguridad del puerto y su localización estratégica en la nueva ruta de retorno de la Nueva España a Sevilla, lo que creó una demanda que solo podía ser resuelta eficazmente si se disponía, mediante un acueducto, del caudal del mayor río próximo a la Villa: la Chorrera.²

La construcción de la Zanja, iniciada en 1566, y concluida en 1575, resultó una obra muy imperfecta, hasta el punto de ser cegada un año más tarde como resultado de la acción de un huracán. Esta situación obligó al Cabildo a encargarle, en 1588, la realización de los trabajos a Hernán Manrique de Rojas, sin que



Torre del Acueducto de Fernando V

se logaran los resultados esperados. Por tal motivo, en 1589, el gobernador de la Isla, Juan de Texeda, nombró a Bautista Antonelli, para que, como ingeniero consultor y director, se encargara de concluir las obras de la Zanja, quien las llevó a feliz término en 1592, año en que se le concedió a La Habana el título de ciudad, y el derecho a utilizar el escudo que aún hoy ostenta.

Como resultado de lo anterior, la capital de la Isla dispuso de su primer acueducto, el cual conducía las aguas a una velocidad de 0,20 metros por segundo, con una descarga de 70 000 m³ diarios, de los cuales a la población le llegaban 20 000 m³, como resultado de los desvíos intermedios dedicados a los regadíos.³ Partiendo de un azud ubicado en el río La Chorrera, el canal, de sección trapezoidal en corte y terraplén, iba distribuyendo su carga mediante un sistema de tomas denominadas “pajas de agua”, las cuales consistían en

un canuto de bronce de 3 pulgadas de diámetro y 12 pulgadas de largo empotrado en un muro de sillería en la orilla de la Zanja. Por estas plumas se pagó posteriormente a razón de 8 y 16 pesos fuertes al año, y el número de plumas era de unas 90 en 1860.⁴

Es de señalar que la Zanja brindó además otros servicios como fuerza motriz en la industria de transformación agrícola, tales como la molienda de cereales, los ingenios para moler la caña de azúcar y los molinos de rulos destinados a transformar en polvo las hojas de tabaco. Otro importante uso estuvo al servicio del Real Arsenal de La Habana, construido en extramuros durante el siglo XVIII, y donde las aguas de la Zanja se utilizaron para la sierra hidráulica creada por Francisco Calderón, dedicada a las construcciones navales, la cual ha sido considerada como la “serrería impulsada por fuerza hidráulica más afamada del Nuevo Mundo”.⁵

¹ Abel Fernández Simón, “La traída de las aguas del río de la Chorrera al puerto y villa de La Habana. La Zanja Real (1592)”, en *Revista Bimestre Cubana*, vol. XXIII, julio-diciembre, 1959, p. 112.

² Leví Marrero, *Cuba: Economía y sociedad*, vol. II, Player, Barcelona, 1974, p. 410.

³ Luis Morales Pedroso, *El abasto de agua en la ciudad de San Cristóbal de La Habana* [s. e.], La Habana, 1938, p. 14.

⁴ Abel Fernández Simón, *Memoria histórico-técnica de los acueductos de la ciudad de La Habana*, Impresores Ucar, García, S. A., La Habana, 1950, pp. 16-18.

⁵ Ignacio González Tascón y Ana Vázquez de la Cueva, “El agua en la España medieval tardía”, en Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo, *Obras Hidráulicas en América Colonial*, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1993, p. 25.

En lo concerniente a la calidad de las aguas, la historiografía sobre el tema aporta puntos de vista discrepantes; así, mientras Félix de Arrate la consideraba “delgada y buena”,⁶ Jacobo de la Pezuela evaluó la Zanja como una “ancha acequia que traía el agua casi impotable”.⁷ Lo cierto es que, si bien en las tempranas décadas del siglo XVI la escasa población del territorio aún no había incidido negativamente en el grado de contaminación de las aguas, las cuales solo resultaban enturbiadas con las crecidas del río, dos centurias más tarde, y ante el empeoramiento de las condiciones higiénico-sanitarias, las autoridades locales se vieron obligadas a dictar medidas prohibiendo el uso de la Zanja como baño público de personas y aseo de animales, según puede apreciarse en el Bando de Buen Gobierno para la ciudad de La Habana, dictado por el gobernador Luis de las Casas, el 30 de junio de 1792.⁸

La situación anterior, unida al determinante crecimiento de la población y de su desarrollo socio-económico, convirtió la necesidad de un nuevo acueducto en un imperativo para la vida capitalina, en la primera mitad del siglo XIX. Fue por ello que bajo el gobierno del capitán general Dionisio Vives, y promovido por el superintendente de Hacienda, Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva, se elevó al Rey la solicitud encaminada a que se autorizara la nueva obra, lo cual fue concedido por Real Decreto de fecha 11 de enero de 1831.⁹ Encomendada la dirección de los trabajos del futuro Acueducto de Fernando VII a los ingenieros Manuel Pastor y Nicolás Tamayo, se acometió la realización de este entre 1831 y 1835.

Partiendo de la toma en el río Almendares, próxima a la presa del Husillo para aprovechar la altura de las aguas represadas, estas eran conducidas por un canal construido en la margen derecha del río, a través de una compuerta intermedia, hacia la casa de filtros, consistente en un estanque de decantación y dos de recepción. El agua pasaba a través de unos

bastidores de tela metálica, ubicados en almenas que circundaban los tanques, con grava y arena colocadas en el intermedio. No obstante, la reducida capacidad de los estanques, unido a la lenta velocidad del agua en su paso por los filtros, así como el enturbiamiento de las aguas en los períodos de crecidas, obligaba a continuas limpiezas del sistema que no resolvía del todo el problema y hacían de este acueducto un fracaso en lo concerniente a la calidad de las aguas.

Con respecto al sistema de conducción, se previó la utilización de tubos de hierro para llevar el agua a lo largo de 7,5 km hasta la Puerta de Tierra, mediante un desnivel de 22 m, con una pendiente media de 3 milésimas. Sin embargo, un error de cálculo al utilizar tubos de 11 pulgadas de diámetro interior, desde el Cerro hasta el Campo de Marte, dio como resultado una descarga de 3 850 m³ diarios, frente a los 40 000 previstos en el proyecto. La sustitución ulterior de dicha tubería por otra de 14 pulgadas de diámetro interior, elevó dicha descarga a solo 5 300 m³ diarios, lo que resultaba también insuficiente para las necesidades de la capital en aquellos momentos. Por último, tampoco resultó satisfactoria la distribución por las viviendas, iniciada con estas obras, pues de las 13 000 casas existentes en la zona, fueron beneficiadas exclusivamente 2 500 con las denominadas “plumas de agua”.¹⁰

En resumen, a mediados del siglo XIX la ciudad de La Habana contaba con la Zanja Real y el acueducto de Fernando VII, así como con 895 aljibes y 2 976 pozos, según las estadísticas de 1846, pero todos aquellos recursos no alcanzaban para satisfacer adecuadamente, ni en cantidad ni en calidad, las crecientes necesidades de una población que ascendía ya a unos 100 000 habitantes.¹¹

El proyecto de conducción a La Habana de las aguas de Vento

Ante tan apremiante situación, el capitán general de la Isla, José Gutiérrez de la Concha, procedió a crear, en 1852, una comisión destinada a estudiar y

⁶ José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales, La Habana descrita: noticias de su fundación, amentos y estados*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964, p. 188.

⁷ Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, t. III, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, p. 124.

⁸ “Bando de Buen Gobierno para la ciudad de La Habana, emitido por el Capitán General Luis de las Casas, La Habana. 30 de junio de 1792”, en, Biblioteca Nacional “José Martí”, La Habana, C 51, no. 51, 279.

⁹ Felicia Chateloin, *La Habana de Tucón*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 84-85.

¹⁰ Miguel A. Puig-Samper Mulero y Consuelo Naranjo Orovio, “El abastecimiento de aguas a la ciudad de La Habana: de la Zanja Real al Canal de Vento”, en Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo, ob. cit., p. 86.

¹¹ Para mayor información sobre estos temas, puede consultarse el trabajo de Alfredo Álvarez Hernández: “Primeros sistemas de abasto de agua a La Habana: de la Zanja Real al Acueducto de Fernando VII (1519-1835)”, en Rolando García Blanco, coord., *Una obra maestra: el acueducto Albear de La Habana*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2002, pp. 17-50.

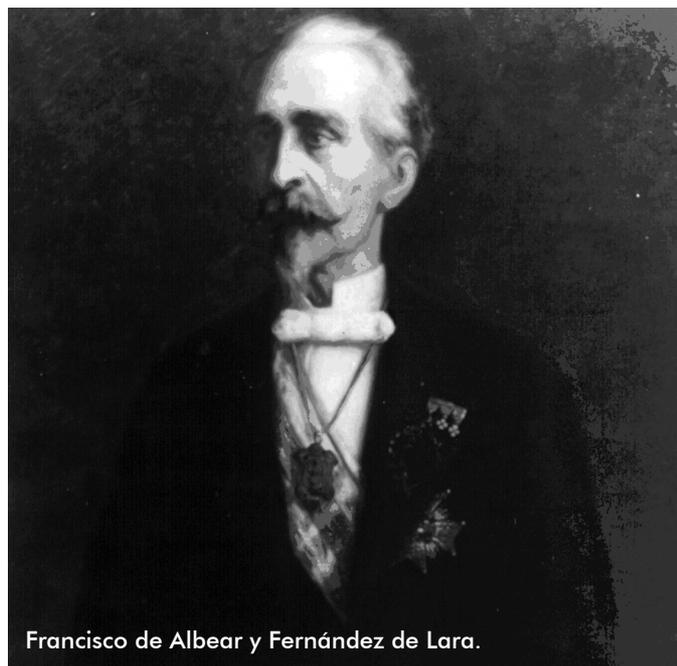
proponer la solución más adecuada, para presidir la cual nombró al por entonces coronel de infantería y comandante del Real Cuerpo de Ingenieros, Francisco de Albear y Fernández de Lara, natural de La Habana y con un brillante expediente profesional, quien desde 1848 había estado a cargo de la Dirección Facultativa de Obras en la Real Junta de Fomento.¹²

Para realizar el análisis de las aguas fue designado, como auxiliar de la comisión, José Luis Casaseca, director del Instituto de Investigaciones Químicas de La Habana, quien en su informe, presentado el 20 de junio de 1852, llegaba a la importante conclusión de que los manantiales de Vento debían tener distinto origen que el río Almendares, y que sus aguas eran casi tan buenas como las del Sena, en Francia.¹³

Ahora bien, no fue hasta 1855, en que una segunda comisión, presidida también por Francisco de Albear, acometió la realización de profundos estudios geológicos e hidrológicos, los cuales arrojaron como resultado la certeza de que los referidos manantiales de Vento, ubicados a 11 km de la bahía de La Habana, resultaban la opción más favorable para garantizarle el suministro a la capital. Así, el 25 de noviembre del mencionado año, Albear elevó al capitán general, Gutiérrez de la Concha, la Memoria sobre el Proyecto de conducción a la Habana de las aguas de los manantiales de Vento.¹⁴

Dicha Memoria comenzaba por analizar la posibilidad de utilizar los dos acueductos existentes, mediante la realización de obras que permitieran ampliar el suministro de agua. En tal sentido, tras analizar una por una las diversas variantes posibles, las va descartando por sus implicaciones técnicas, así como por el elevado costo económico, y concluyó que no se lograría en ninguno de los casos una mejoría sensible en la calidad del agua, lo cual traía como resultado la necesidad de acometer la construcción de un nuevo acueducto.

Con respecto a la elección de Vento como fuente de suministro, la propia captación presentaba serias complejidades técnicas, atendiendo a las caracterís-



Francisco de Albear y Fernández de Lara.

ticas del terreno donde se encontraban los manantiales, a su ubicación en las cercanías del río Almendares—muy por debajo de su nivel, por lo cual este los cubría durante sus crecidas—y a la dificultad adicional de que los principales manantiales se encontraban en la orilla opuesta de La Habana y en el fondo de una cañada, obligando a pasar la conducción por debajo de su cauce.¹⁵ Sin embargo, la variante de Vento presentaba ventajas muy favorables, que fueron expuestas en la Memoria de referencia, tales como: la cota sobre el nivel del mar a una altura de 41 194 m, la cantidad de agua disponible calculada en unos 120 000 m³/día, y su calidad.¹⁶

Es de destacar la profesionalidad de Albear, demostrada en los estudios realizados, donde, a partir de sus experiencias obtenidas en Europa y de las realidades existentes en Cuba, formuló de forma creativa las propuestas, como evidencian sus cálculos para la dotación de agua de la capital. Así, para las necesidades particulares, proyectó unos 70 litros diarios por persona—alrededor de 20 más que en varias ciudades europeas, donde el clima no demandaba tan elevados consumos en bebida y aseo—y para las necesidades

¹² Rolando García Blanco, "Francisco de Albear: un héroe de la ciencia", en *Debates Americanos*, no. 4, La Habana, julio-diciembre de 1997, pp. 143-144.

¹³ José Luis Casaseca, "Informe sobre los análisis de las aguas del Almendares y de Vento", en Francisco de Albear y Lara, *Memoria sobre el Proyecto de conducción a la Habana de las aguas de los manantiales de Vento*, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., Habana, 1856, Apéndices, p. 23. (En lo adelante, las referencias a este texto se identificarán como *Memoria*.)

¹⁴ *Memoria*, p. X.

¹⁵ Francisco de Albear y Fernández de Lara, *Documentos relativos al estado del Canal de Isabel II al finalizar el año 1865*, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., Habana, 1867, p. 7.

¹⁶ Un riguroso estudio acerca de la *Memoria*, se encuentra en el trabajo del Dr. Fernando Pérez Monteagudo: "Valoración científica técnica del acueducto Albear", en Rolando García Blanco, coord., ob. cit., pp. 72-136.

públicas calculó 21 000 m³/ día, lo cual ascendía a un total de 42 000 m³/día. Con el objetivo de ejemplificar las ventajas del nuevo acueducto propuesto, el autor de la Memoria lo comparó con la dotación de otras 17 ciudades del mundo.¹⁷

Como necesidades adicionales, Albear calculó que para el riego de unas 2 400 ha, a razón de 8 litros por m² y para el riego simultáneo de un cuarto del área regada, se requerían 48 000 m³/día, a la vez que para el uso de quintas, sierras, molinos, máquinas hidráulicas y otros usos, las necesidades ascenderían a 60 000 m³/día, que, sumadas a las cantidades previstas para consumos particulares y públicos, ascenderían a 102 000 m³/día, destinados a una población de 300 000 habitantes, es decir, tres veces superior a La Habana de mediados del siglo XIX, para una dotación global de 340 litros diarios por persona.

En lo concerniente a la obra de captación de los manantiales en Vento, es de destacar que la decisión de conducir el agua por gravedad constituyó una de las particularidades más destacadas del acueducto de Albear, que permitió, y permite aún hoy en día, la conducción del agua de forma prácticamente gratuita.



Taza de Vento.

Con respecto al trazado del Canal, un aspecto fundamental consistió en el paso del río, para el cual el autor del Proyecto comparó distintas variantes, tanto para determinar el punto exacto, como sus características. En este último aspecto, se decidió por el túnel bajo el lecho del río, al permitir el adecuado montaje de los tubos del sifón, su desagüe, inspección y reparación ulterior.¹⁸ Para el resto del trazado, Albear realizó un profundo estudio, tanto de la red hidrográfica como de la topografía del terre-

no, comparando variantes, al igual que en los casos anteriores, y efectuando un detenido análisis de los presupuestos requeridos.

Al valorar el tipo de conducto que se utilizaría, en la Memoria se propuso el canal revestido y cubierto, atendiendo a su menor costo con respecto a las tuberías de hierro fundido, a que no requería de reparaciones periódicas, a las posibilidades de la ventilación para la calidad del agua, y a las ventajas de tipo sanitarias con respecto a un canal al descubierto.



Una de las 24 torres cilíndricas que existen a lo largo del canal de conducción como registros ventiladores.



Una de las 3 torres cuadradas o casas de compuertas para el desagüe e inspección del canal de conducción.

¹⁷ Memoria, p. 45.

¹⁸ Memoria, pp. 57-58.

Por otra parte, al abordar el problema de los gastos y efectuar una comparación con los acueductos de Pa-

rís, Madrid, Nueva York y Marsella, su autor consideró a la obra propuesta para La Habana como moderada, atendiendo a las características de esta ciudad.¹⁹

Finalmente, con respecto a la realización de la obra, su autor se manifestó a favor de adoptar un sistema similar al utilizado por el Canal de Isabel II en Madrid, considerando la circunstancia adicional de la existencia de abundante material de alta calidad, en particular de cal hidráulica, lo que favoreció la posibilidad de utilizar preferentemente el hormigón.²⁰

Atendiendo a la complejidad en cuanto a la ejecución del proyecto, y que los accidentes del terreno obligaban a que el canal de conducción proyectado pasase a solo 400 m de los estanques de los filtros del Acueducto de Fernando VII, lo cual permitiría aprovechar sus instalaciones para adelantar la llegada a la capital de aguas de superior calidad, Albear propuso dividir la obra en dos grandes partes: la primera, desde la toma de agua en los propios manantiales de Vento hasta los estanques de los mencionados filtros, y la segunda, el resto de la conducción.²¹

El Ayuntamiento habanero acometió de inmediato la publicación de la Memoria, y más adelante, el 11 de julio de 1856 el Capitán General elevó copias del documento editado a los ministros de Gobernación y de Fomento,²² las cuales, de acuerdo con los procedimientos establecidos, fueron trasladadas para su consideración por la Junta Consultiva de Caminos, Canales y Puertos, que sesionó el 17 de noviembre de 1857. Con posterioridad, el 5 de octubre de 1858, fue rubricado el Real Decreto sobre conducción a La Habana de las aguas de los manantiales de Vento, en que se aprobaba en toda su extensión el proyecto, y se adoptaban las decisiones correspondientes para su ejecución. De esta forma se acordaba que el Ayuntamiento de La Habana llevara a cabo los trabajos por administración, y que el Gobierno Superior Civil auxiliara la obra con el número de emancipados y presidiarios de que fuera posible disponer.

Con respecto a los fondos, entre otras medidas, quedó aprobado suspender por tres años el pago a la Real Hacienda por derechos de Zanja y Acueducto de Fernando VII, la imposición de 45 pesos fuertes anua-

les por cada pluma de agua, así como la posibilidad de que el Ayuntamiento pudiera abrir un empréstito por 500 000 pesos, si los fondos recaudados no fueran suficientes.

Para promover ante las Cortes la aprobación de su proyecto, el coronel Francisco de Albear había sido enviado a la Península desde febrero de 1856, y no regresaría a la Isla hasta el 5 de enero de 1859. Poco después, el 18 de febrero, el capitán general Gutiérrez de la Concha emitió el Decreto acerca de la creación del Consejo de Administración del Canal de Vento, precisando su integración, y designando a Albear como director facultativo y económico de las obras.²³

El 31 de mayo de 1863, la comisión nombrada para inspeccionar las obras del Canal presentó un informe al Capitán General de la Isla de Cuba, en el cual se estudiaba la procedencia de las aguas de Vento, como medio de asegurarse de la constancia de su caudal y propiedades físicas y químicas. Tras un riguroso análisis geológico, la Comisión descartó que las referidas aguas procedieran del continente americano, y señaló que todas las evidencias indicaban que provenían de los pluviales que caían “en un radio de 5 a 6 leguas alrededor de Vento”.²⁴

Comparación de los proyectos de acueductos de la Habana y Madrid

Al valorar integralmente la “Memoria sobre el Proyecto de conducción a la Habana de las aguas de los manantiales de Vento”, y establecer un análisis comparativo con la antecesora “Memoria sobre conducción de aguas a Madrid”, concebida por los ingenieros Juan Rafo y Juan de Ribera en 1848, es justo reconocer la influencia de estos en las concepciones desarrolladas por Francisco de Albear, evidenciada en sus frecuentes alusiones al acueducto de Madrid. Así, ambos proyectos partieron de una estrategia común, relacionada con el abastecimiento por gravedad de abundantes aguas, capaces de satisfacer las crecientes necesidades de la población durante un período prolongado de tiempo.

Tanto Rafo y Ribera como Albear, realizaron profundos estudios de las particularidades de las diferentes fuentes de abasto, a los efectos de proponer la más adecuada, con la diferencia de que mientras en Madrid se trataba solo de aguas fluviales, en el caso

¹⁹ Memoria, pp. 66-78.

²⁰ Memoria, pp. 79-86.

²¹ Memoria, pp. 80-81.

²² "Cartas del capitán general José Gutiérrez de la Concha a los ministros de Gobernación y de Fomento, con fecha 11 de julio de 1856", en Ministerio de Cultura de España, Archivo Histórico Nacional (AHN), Madrid, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 32, Exp. 41, Docs. 6 y 7.

²³ "Expediente del Brigadier Francisco de Albear y Fernández de Lara", en Archivo General Militar de Segovia. (En lo adelante las referencias aparecerán como Expediente.)

²⁴ AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 223, Exp. 4, Doc. 10.

de La Habana estas coexistían con las subterráneas, a la vez que Albear introduciría además un estudio de la posible utilización de las fuentes de abasto que ya existían.

Con respecto a los criterios de comparación utilizados en las memorias de referencia, puede afirmarse que en general eran similares, pues en ellas se valoraban los relacionados con la cantidad, la calidad, las distancias, las cotas y las posibles necesidades energéticas, entre otros aspectos. En lo concerniente a la cantidad de agua que suministrarían, existen diferencias significativas entre los proyectos de Madrid y de La Habana, pues mientras en el primero de ellos se proponía el río Lozoya, por sobre el Guadarrama, el Manzanares, el Guadaliz y el Jarama, por tratarse del de mayor cantidad en estiaje, en el segundo de los casos su autor realizó un cálculo exhaustivo de la dotación de agua requerida para la capital de la isla de Cuba.

Por su parte, el factor relacionado con la calidad del agua fue abordado en ambos proyectos, aunque mientras Rafo y Ribera analizaron las aguas del río Lozoya resaltando su elevada pureza, Albear acometió la realización de un estudio comparativo entre las aguas del río Almendares y las de los manantiales de Vento, para concluir con la superior calidad de las segundas.

El aspecto relativo al estudio de la variante de bombear el agua desde cotas bajas, en relación con la posibilidad de la conducción por gravedad, constituye otro punto de comparación entre los dos proyectos objeto de estudio. Albear lo abordó solo de forma cualitativa al analizar la posibilidad de filtrar el agua de la Zanja Real y bombearla, así como cuando evaluó el uso de este recurso para cruzar el río Almendares con las aguas de Vento, desechándolo por sus elevados costos en los cuales no se adentró, mientras que los ingenieros españoles sí fueron muy exhaustivos al respecto, pues calcularon todas las variantes posibles y sus costos respectivos.

En lo referido a la topografía, los dos proyectos guardan semejanzas, y coincidieron en la necesidad de realizar una nivelación detallada del trazado. No obstante, mientras ya en 1848 Rafo y Ribera dispusieron de un plano detallado de Madrid,²⁵ lo cual les permitió determinar el lugar del depósito, así como el proyecto de distribución, Albear se vio obligado a

hacer nivelaciones específicas en las direcciones más apropiadas, para presentar sus propuestas.

Como resultado de lo anterior, el ingeniero habanero realizó en 1874 un magistral levantamiento de La Habana en escala 1:5 000, que le facilitó, dos años más tarde, elaborar sus respectivos proyectos de depósito y de distribución. Es de resaltar que mientras Albear estableció como condición preliminar para determinar la cota del depósito que el agua llegara a las partes altas de los edificios, pero sin determinar las características de estos, los ingenieros españoles fueron más precisos, pues determinaron una altura media de 50 pies para los terceros pisos de las edificaciones, a los efectos de calcular la altura requerida con vista al depósito.

Otros aspectos coincidentes estuvieron relacionados con los análisis acerca del valor del agua, la posibilidad de su venta y la factibilidad de realización del capital de construcción, como fuera denominado en el proyecto de Madrid. De igual forma, en ambos casos fueron calculados los caudales que podían ser conducidos a través de los conductos previstos en su trazado y perfil; sin embargo, mientras Rafo y Ribera manifestaron haberse valido para ello de las fórmulas de Prony y Etelwein, Albear no precisó dicho detalle.

Por otra parte, al abordar el problema del tipo de conducto que se debía emplear, ambos proyectos se manifestaron a favor del canal revestido y cubierto de bóveda. Con respecto a la forma de ejecución, coincidieron en recomendar que estuvieran a cargo de los ayuntamientos, con cierta participación de los propietarios, pero prescindiendo de empresas privadas, al tratarse, según Rafo y Ribera, del "abastecimiento de un artículo de primera necesidad".²⁶

Finalmente, pudiera señalarse que la Memoria de Albear aventajó a la de Madrid en la constante y detallada comparación de las características del proyecto habanero con los realizados en otras grandes ciudades del mundo, aspecto no contemplado por los ingenieros españoles. No obstante, es justo señalar, que la posibilidad de aventajar al acueducto de Isabel II en diferentes aspectos, estuvo dada por el profundo conocimiento que Albear tuvo de la obra de sus predecesores, la cual fue siempre objeto de admiración y respeto por el artífice del acueducto de Vento.

²⁵ Juan Rafo y Juan de Ribera, "Memoria sobre la conducción de aguas a Madrid, formada en cumplimiento de la Real Orden de 10 de Marzo de 1848", en *Antecedentes del canal de Isabel II: viajes de agua y proyecto de canales*, Canal de Isabel II, Madrid, 1986, p. 97.

²⁶ *Ibíd.*, p. 111.

Los proyectos de depósito y de distribución del agua de Vento

Para la precisión de los detalles correspondientes a la segunda parte de las obras, Francisco de Albear, ascendido a brigadier del Cuerpo de Ingenieros el 21 de septiembre de 1876,²⁷ presentó en el propio mes dos proyectos complementarios: la “Memoria del Proyecto de depósito de recepción y de distribución de las aguas del Canal de Vento”,²⁸ y la “Memoria del Proyecto de la distribución del agua de Vento en la Habana”.²⁹

Con respecto a la Memoria del Proyecto de depósito, Albear analizó detalladamente la imperiosa necesidad de dicha obra, partiendo de la conveniencia de garantizar la continuidad del abasto, la previsión del futuro aumento del consumo, así como las imprescindibles reservas para casos de emergencia. Sin embargo, en lo referido a su ubicación, ya desde su Informe fechado el 1º de agosto de 1865,³⁰ había reconsiderado la propuesta inicial de ubicarlo en la loma de Joaquín, contemplada en la memoria original de 1855, pues el polo de crecimiento de la población, previsto hacia el este de la ciudad, se había ido desplazando hacia la zona del Cerro, por lo cual, el punto de la loma del Mazo, denominado como Cruz del Padre, sería la alternativa técnica y económica más adecuada.³¹

Entre sus principales ventajas, la nueva ubicación permitiría obtener una disminución del trayecto del canal en su parte final, evitar la compleja construcción de la Mina de Incera, así como no tener que atravesar ni el ferrocarril del Oeste, ni el valle del arroyo Valiente, a la vez que acercaría el depósito al núcleo poblacional que se abastecería de él. En lo tocante a su capacidad y dimensiones, Albear lo comparó con

los realizados en otras ciudades del mundo, donde se habían visto obligados a conducir el agua desde lugares distantes y construir depósitos similares, calculando con respecto a La Habana una reserva de 50 litros por 5 días para 230 000 habitantes, es decir: 57 000 m³.³²

Otro aspecto de interés lo constituyó la variante de dividir el depósito en dos secciones, a los efectos de evitar posibles interrupciones por labores de mante-



Vista actual de los depósitos de Palatino.

nimiento o reparación. Finalmente, su autor precisó los pormenores técnicos tanto de los aparatos de maniobra y de la entrada de agua al depósito, como de los desagües, los edificios y la cubierta.

En lo concerniente al Proyecto de distribución, Albear partió por valorar las condiciones generales requeridas para el logro de un adecuado servicio de distribución, y señaló como requisitos los siguientes:

[...] que en todos los puntos de la ciudad haya, con cierto exceso y a todas horas, el agua necesaria; que la altura de llegada a cada punto sea bastante para el servicio particular y para el público; que pueda acumularse el agua en gran cantidad en los puntos en que esta sea conveniente; que la afluencia del agua no sea interrumpida e intermitente; que sea fácil obtener todos esos resultados con rapidez en todo momento del día y de la noche; que haya igual facilidad para el reemplazo o reparación de las cañerías, su carga, su desagüe, el manejo de las llaves y aparatos, y la vigilancia o inspección de todo su servicio; y, por último y más principalmente, que la descomposición, falta, o suspensión de una parte cualquiera del sistema, no impidan el servicio de las demás.³³

A los efectos de la distribución del agua en la capital, Albear efectuó una diferenciación entre dos sectores

²⁷ Expediente.

²⁸ F. de Albear y Fernández de Lara, “Memoria del Proyecto de depósito de recepción y de distribución de las aguas del Canal de Vento, en la Habana”, en AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 223, Exp. 10, Doc. 5-10. (En lo sucesivo las referencias aparecerán como Depósito.)

²⁹ F. de Albear y Fernández de Lara, “Memoria del Proyecto de la distribución del agua de Vento en la Habana”, en AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 223, Exp. 11, Doc. 1-7 (En lo sucesivo las referencias aparecerán como Distribución.)

³⁰ F. de Albear y Fernández de Lara, “Canal de Isabel II, Dirección, Habana. 1º de agosto de 1865, pp. 12-13”, en AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 223, Exp. 6, Doc. 2.

³¹ En el mencionado trabajo del Dr. Fernando Pérez Monteagudo (nota 16) se incluye, de igual forma, una valoración científico-técnica de la Memoria del Proyecto de depósito y de la del Proyecto de distribución.

³² Depósito, p. 32.

³³ Distribución, p. 2.

de la ciudad con condiciones distintas: el centro y la periferia, por lo cual concibió el sistema en dos partes: “distribución interior” y “distribución exterior”.

Así, en lo tocante a la “distribución interior”, analizó los problemas relativos a la cantidad de agua necesaria, la altura (carga) del agua, la altura de los orificios de salida, el servicio de incendios, el aprovechamiento de las cañerías existentes, la definición del trazado general, la necesidad y el cálculo del diámetro de la cañería conductora, el trazado del circuito principal, las cañerías transversales, las líneas de carga, los circuitos secundarios y los pequeños circuitos, la velocidad del agua y la capacidad de la red.³⁴

Ya en lo referido a la “distribución exterior”, y tras un detenido estudio de las mejores alternativas posibles, Albear resumió su propuesta de la siguiente forma:

1^a Aprovechamiento absoluto de las cañerías sobrantes del acueducto de Fernando 7^o [sic].

2^a Formación de un circuito por medio de una cañería de servicio y de conducción a Jesús del Monte en concurrencia con la parte subsistente del acueducto de Fernando 7^o [sic] y las cañerías de las calzadas del Cerro y de Jesús del Monte.

3^a Conservación de la cañería de la calzada del Monte hasta la Habana alimentada por el circuito mencionado.

4^a Entronque de esta cañería con las del circuito de la Habana.

5^a Elevación a un pequeño depósito situado en la parte más alta de Jesús del Monte de la cantidad estrictamente exigida por sus necesidades por medio de una máquina de vapor.

6^a Aplazamiento para cuando lo vayan exigiendo las circunstancias, las necesidades y el crecimiento de la población, de toda nueva cañería que oportuna y fácilmente podrá, llegado el caso desprenderse del gran depósito.³⁵

Es de destacar cómo el capítulo 4^o de la Memoria del Proyecto de la distribución estuvo dedicado por su autor a la precisión de los “Cálculos”, donde entró a detallar las fórmulas empleadas, la determinación de los caudales y diámetros de las cañerías, la distribución interior y exterior con sus caudales respectivos, el estudio de las líneas de carga y el estudio para el servicio de incendios. En lo concerniente al cálculo

de las tuberías, Albear comparó las fórmulas de 12 autores, decidiéndose por la de Darcy.³⁶

Finalmente, el último capítulo de esta Memoria, estuvo dedicado a la “Ejecución” del sistema de distribución, en el cual su autor se detuvo a analizar lo relacionado con los tubos y su colocación, las juntas, los aparatos de maniobra, las llaves de retenida, de carga, de graduación, de descarga y de riego e incendios, las bocas, los registros y las bóvedas de maniobra, las tomas, las piezas de enlace y curvas, las ventosas, y el plan para la ejecución de las tres etapas de la obra.³⁷

De acuerdo con los procedimientos establecidos, los dos proyectos fueron elevados por el gobierno general de la Isla de Cuba al ministro de Ultramar, el 13 de octubre de 1877, para su consideración por el gobierno de la Metrópoli.³⁸

Culminación de las obras relacionadas con el acueducto de Vento

Con la firma del Pacto del Zanjón, el 10 de febrero de 1878, las autoridades españolas lograron que un grupo de jefes revolucionarios depusiera las armas, a cambio de promesas de concesiones de reformas por parte de España, las cuales no contemplaban las demandas independentistas básicas por las cuales se había sostenido un sangriento conflicto armado por espacio de una década. No es por ello casual, que la dilatada conclusión de la primera parte de las obras se produjera el 23 de junio del propio año 1878, y que al acto de conexión del Canal de Vento con los filtros del Acueducto de Fernando VII, asistiera el propio capitán general Arsenio Martínez Campos.³⁹

Con la llegada de las aguas de Vento mejoraban las condiciones higiénicas de la ciudad, pues a partir de esta etapa comenzaron a disminuir los casos de muerte por cólera, que se habían manifestado como epidemia entre los años 1850 y 1856, en 1865 y en el trienio 1867-1870, así como la mortalidad por disentería y otras enfermedades de transmisión hídrica.

³⁶ *Ibidem*, pp. 63-66.

³⁷ *Ibidem*, pp. 129-151.

³⁸ AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 223, Exp. 10, Doc. 1.

³⁹ *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 17, La Habana, 1880, p. 153. (En lo adelante las referencias a esta colección aparecerán como *Anales*.)

³⁴ *Ibidem*, pp. 7-45.

³⁵ *Ibidem*, p. 61.

Al respecto, el 31 de julio de 1878 la Junta Consultiva de Caminos, Canales y Puertos dio a conocer su "Dictamen sobre los Proyectos de depósito y de distribución de las aguas de Vento" elevados a su consideración,⁴⁰ y más tarde, con fecha 18 de octubre del propio año, se emitió la Real Orden que fue remitida al gobernador general de la Isla de Cuba, donde se aprobaban dichos documentos con un grupo de prescripciones.⁴¹

La vida del brigadier Albear, quebrantada por el paludismo adquirido en el transcurso de su labor en el Canal de Vento, no alcanzó para dirigir la última fase de la construcción de su acueducto. Fallecido el 23 de octubre de 1887, la continuación de las obras estuvo a cargo del coronel de ingenieros Joaquín Ruiz, quien se dedicó a continuar las ideas originales de su maestro. No obstante, Albear tuvo en vida la satisfacción de ver su proyecto premiado en la Exposición Universal de París de 1878, donde obtuvo Medalla de Oro,⁴² con la mención honorífica siguiente: "Como premio a su trabajo, digno de estudio hasta en sus menores detalles, y que puede ser considerada como una Obra Maestra".⁴³

A los efectos de lograr los fondos requeridos para saldar las deudas y garantizar la continuación de las obras, el capitán general emitió un Decreto, el 24 de septiembre de 1888, autorizando el convenio entre el Ayuntamiento de La Habana y el Banco Español, encaminado a la concertación de un empréstito por \$6 500 000. El 26 de noviembre de 1889, y en subasta pública, las obras fueron adjudicadas a Runkle, Smith and Co., contratistas de Nueva York, quienes designaron por la parte norteamericana al ingeniero hidráulico Mr. E. Sherman Gould, y se iniciaron los trabajos el 31 de enero de 1890.⁴⁴

Finalmente, la inauguración oficial del Depósito de Palatino, así como de las tuberías de distribución en la ciudad, con la participación del capitán general, Alejandro Rodríguez Arias, se llevó a cabo el 23 de enero de 1893. Como valoración final de

los méritos de esta trascendental obra hidráulica, que con toda justicia pasó a denominarse Acueducto de Albear, vale la pena acudir a las propias palabras del coronel de ingenieros Joaquín Ruiz, cuando expresara:

La elección del punto de toma, el análisis de las aguas, el cálculo del consumo necesario, el alumbrado y aforo de los manantiales, operación ingeniosa y difícil; la no menos delicada de su captación; su recogida en un espacio común; la preservación del agua de toda influencia nociva, y la erección de obras que la defienden de toda mezcla o confusión con orígenes enturbiados; su conducción luego a larga distancia en condiciones higiénicas a través de toda suerte de obstáculos, salvando cauces de ríos, arroyos, caminos, ramblas, cerros y trincheras hasta el vasto depósito que las almacena y reposa, asegurando la uniformidad y la constancia en el consumo; su distribución luego científicamente estudiada para esparcir el agua subdividiendo y aprovechando a la par la fuerza que la impulsa desde su partida; todo esto [...] da lugar a estudios de química, higiene pública, estadística, geología, mecánica de las construcciones e hidráulica, y otros muchos ramos del saber.⁴⁵

A 116 años de la culminación del proyecto original del ingeniero Albear, los manantiales de Vento continúan siendo la más importante fuente de abasto de la capital, y la única que recibe por gravedad, cuyo tratamiento sanitario se limita a la simple desinfección mediante la utilización de cloro. Sus aguas se distribuyen fundamentalmente entre los actuales municipios de Habana Vieja, Centro Habana, Plaza, Cerro y Diez de Octubre, lo cual constituye, aproximadamente, 15 % del abastecimiento de agua de la población habanera, que ya sobrepasa los 2 000 000 de habitantes.

Hoy, al valorar el aporte decisivo de esta obra al desarrollo de ciudad de La Habana, y al recordar la excelsa figura de su artífice, podemos llegar a la conclusión de que efectivamente hay héroes de la ciencia como los hay de la patria, y en el caso que nos ocupa, suscribir, sin temor a equivocarnos, la opinión de uno de sus contemporáneos, cuando ratificó su convicción de que Francisco de Albear y Fernández de Lara, indiscutiblemente, "Fue, pues, un héroe de la Patria".⁴⁶

⁴⁰ AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 224, Exp. 1, Doc. 3.

⁴¹ *Ibidem*, Doc. 4.

⁴² "Real Orden remitiendo a los Gobernadores Generales de las Islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas la relación de los expositores premiados en la Exposición de París", en AHN, Sección de Ultramar, Fondo Cuba-Fomento, Leg. 105, Exp. 2, Doc. 61.

⁴³ Enrique J. Montolieu y de la Torre, "Elogio de Albear", en *Anales*, t. 74, La Habana, 1937, p. 400.

⁴⁴ E. Sherman Gould, "The New Water-Works of Havana City", en *American Society of Civil Engineers, Transactions*, no. 790, vol. XXXVI, december, 1896.

⁴⁵ Joaquín Ruiz, "El Brigadier Albear. Necrología", en *Anales*, t. 52, La Habana, 1915-1916, p. 851.

⁴⁶ Carlos Pedroso, "Introducción a la biografía del académico Sr. D. Francisco de Albear y Lara", en *Anales*, t. 27, La Habana, 1890, p. 214.

De La Habana, su carnaval de siglos...

VIRTUDES FELIU HERRERA



El complejo festivo cubano deviene del asentamiento y transculturación de diferentes grupos étnicos que a la postre conformaron la nacionalidad. Cada uno de ellos aportó rasgos de su cultura, que al contactar con las demás, se modificó en un nuevo medio ambiente, con características e idiosincrasia propias.

Los colonizadores españoles y sus descendientes desde el siglo XVI cultivaban la antigua tradición carnavalesca de las religiones europeas alrededor del equinoccio primaveral, a modo de despedida antes de comenzar el período conocido como “tiempo de cuaresma”, en el cual efectuaban bailes, paseos dominigueros y mascaradas, entre otros entretenimientos. La estudiosa María Teresa de Rojas apunta sobre el particular en su ensayo “Índice y extractos del archivo y protocolo de La Habana”,¹ que los españoles celebraban las carnestolendas² en La Habana desde mucho antes de 1585, es decir, en el siglo XVI.

¹ María Teresa de Rojas, “Índices y extractos del archivo y protocolo de La Habana”, en *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortíz por sus discípulos, colegas y amigos*, t. II, Impresores Úcar, García, S. A., La Habana, 1947.

² Denominación antigua que identificaba a los actuales carnavales. Período de tiempo destinado a las diversiones en el tiempo comprendido entre el Día de Reyes y el Miércoles de Cenizas. Se caracteriza por elementos propios como máscaras, comparsas, bailes, carrozas y otros regocijos.

Los negros, introducidos en el país a partir de 1502, celebraban la Nochebuena y la Epifanía, con diversas formas de festejar, al cantar y bailar al margen de las maneras establecidas por sus cultos religiosos. A fines del siglo XIX, los cabildos, como institución establecida para la ayuda mutua y el recreo, les permitieron reunirse en sus locales sociales para efectuar bailes y otras actividades.

En los salones de baile los negros, en el siglo XIX, introducen la conga,³ la que llevó a arrollar⁴ alegremente a los cubanos, detrás de los instrumentos de percusión, los cuales se volcaban en las calles en tiempos de carnaval. Esta herencia negra convierte dicha música de pueblo en rumba y guaracha,⁵ elaboraciones definidas de canto, música y baile, que gozan de gran popularidad por su cubanía.

³ Se le llama así al género musical que interpreta la comparsa en sus salidas. Toma su nombre de un tambor de origen africano de análoga denominación.

⁴ Abrirse paso entre las personas que bailan juntas haciendo pasos y movimientos propios de la conga, al compás de la música.

⁵ La rumba ostenta un antecedente afrohispano. Es un género cantable yailable de carácter profano. Posee un ritmo muy vivo y se ejecuta con tambores y claves. Sus variantes son las llamadas columbia, yambú y guaguancó. La guaracha es también un género cantable yailable de influencia hispana y africana con características cubanas.

Origen del carnaval habanero

El carnaval se define como una fiesta que se produce en grandes espacios al aire libre en un ambiente urbano, celebrada por el pueblo en general sin distinción de clases, credos o razas. Posee un carácter traslaticio al desplazarse constantemente los elementos participantes que la caracterizan, a saber: comparsas, grupos musicales, carrozas, personajes y otros. Al mismo tiempo, es la expresión de casi todas las manifestaciones de la cultura popular tradicional que ya han pasado por un proceso de transculturación y desarrollo, por lo cual constituyen rasgos característicos de la identidad cultural de la comunidad. Esta fiesta es portadora de variados tipos de arte, creatividad, usos, costumbres y símbolos de cohesión espontáneos. El pueblo se representa y se celebra a sí mismo como solidario internamente y diferente al mismo tiempo de otros núcleos poblacionales. Se trata de una fiesta cuya escenificación fortalece la conciencia de unidad y sentido de pertenencia a un lugar y cultura determinados.

El Día de Reyes o Epifanía de Nuestro Señor, una de las fiestas de la liturgia católica perteneciente al grupo de solemnidades de precepto, propició a los negros salir a las calles haciendo un recorrido que finalizaba en el Palacio de los Capitanes Generales.

Fernando Ortiz se inclina a pensar que los negros imitaron la costumbre practicada por los esclavos del Rey en América, que acudían a pedir el aguinaldo al representante de su amo. Opina Don Fernando que

...“con el tiempo acudieron los demás esclavos solicitados quizás por los mismos gobernadores que encontraban así un modo de sostener una fiesta popular y captarse las simpatías de los esclavos en general de cuya adhesión no se estuvo nunca muy seguro según se ha dicho”.⁶

La fecha oficial de inicio de esta fiesta en Cuba se desconoce, su suspensión definitiva se produjo mediante el bando de 19 de diciembre de 1884, que decretaba su prohibición, cuatro años después de la abolición de la esclavitud en Cuba, y el bando posterior de 4 de abril de 1888 en que se ordena la transformación de los cabildos en cofradías católicas.

Se afirma frecuentemente que la génesis del carnaval habanero es la fiesta del Día de Reyes o del 6 de enero. Sobre este particular han opinado varios especialistas, entre ellos, Fernando Ortiz, quien

posee el trabajo más analítico sobre la festividad en el cual señaló: “Pero no todos los negros ingresaban en los cabildos, que los criollos, y algunos negros de nación, los tenían a menos. Y en vez de colgarse aquellos salvajes adefesios que constituían los trajes de sus paisanos, vestíanse por los figurines de París.”⁷ Más adelante continúa diciendo: “No solamente el Día de Reyes fue ocasión de fiestas callejeras de los cabildos, si bien en los años últimos de esos festejos sí se limitaron a tal día [...]”⁸

Un somero recuento económico-social arroja que todo ello fue posible porque la población mestiza aumentó rápidamente y ya en el año 1830 se elevaba a la cifra de 9 225 personas de las cuales 8 215 eran libres.

No existe fecha exacta que fije la aparición de la fiesta del Día de Reyes, sin embargo, y a juzgar por las referencias escritas, ello ocurrió bien entrado el siglo XIX. El artículo más antiguo aparecido sobre el tema es el de A. de García, publicado en el *Faro Industrial* del 6 de enero de 1842, al que sucedieron otros en los años 1859, 1866 y 1891. Es decir, que hacía ya dos siglos que el negro participaba públicamente en manifestaciones festivas y que, si bien la fiesta del 6 de enero constituyó la más importante, no fue la primera ni la única, sino más bien la culminación de un proceso que comenzó desde el siglo XVI.

También Ortiz plantea en su informe a la Sociedad de Estudios Afrocubanos el 1 de junio de 1959 lo siguiente:

Los Cabildos de Nación nacieron o desaparecieron o fueron cambiándose en asociaciones mutualistas y de recreo; pero las comparsas contemporáneas de aquellos fueron subsistiendo con variada suerte, según los caprichos de los gobernantes, prohibiéndose cuando la Guerra de Independencia y reapareciendo después, cuando el pueblo creyó haber ganado definitivamente sus libertades.

Aquí ya se establece una distinción entre cabildo de nación y comparsa, aclarándose que no era lo mismo ni tuvieron igual destino.

El Dr. Argelier León nos ayuda a aclarar más la idea cuando afirma:

[...] Conjuntamente con las representaciones de los Cabildos de Nación, donde los escritores de la época coinciden en que mantenían las diferencias tribales, otras dos manifestaciones carnavalescas se distinguieron, aunque no fueron vistas en sus contextos diferenciales

⁶ Fernando Ortiz, “La antigua fiesta afrocubana del Día de Reyes”, en *Archivo del Folklore Cubano*, vol. I, abril de 1924, pp. 10-20.

⁷ *Ibidem*, pp. 11-12.

⁸ *Ibidem*, p. 19.

sociales, más que de una manera muy somera. Una fue la que más tarde se distinguió por comparsas, y el otro el que se reconoció por tandas, partidas, mojigángas, peludos y kokoricamos, como se recoge todavía de viejos informantes. Estos últimos recorrían los barrios en [...] número de cuatro o seis a lo sumo, con marugas, sonajas, güiros o cascabeles, o cantando a secas, sin ton ni son y con monotonía exasperante unas tonadas chillonas que penetran hasta lo más intrincado de las habitaciones.⁹

El Dr. Barreal abunda sobre el tema cuando alude a este punto y señala que media un largo período de tiempo hasta la aparición de nuevas formas carnavalescas que guardan alguna semejanza con aquellas manifestaciones que tipificaban el Día de Reyes. Las comparsas tratan de imitar algunas veces determinados aspectos que recuerdan los cabildos, pero esta reconstrucción es más bien obra intelectual de quienes pretenden revivir estos aspectos basándose en los grabados de Landaluce, Mihale y otros grabadores de la época.¹⁰

Cuando todavía no se celebraba la fiesta de Reyes las comparsas se integraron a las carnestolendas festejadas por los blancos utilizando esta época de bailes y paseos públicos para sus propias expansiones. Este aspecto queda confirmado en una vivencia del viajero italiano Gemelli Careri, quien estuvo en La Habana durante el año 1697, cuando plantea que: “El domingo 9 de febrero los negros y mulatos, con pintorescos atuendos, formaron una congregación para divertirse en el Carnaval.”¹¹ El dato es revelador, indica una diferencia de 67 años entre la aparición de estas manifestaciones y las primeras realizadas el 6 de enero, además de señalar que vestían de una manera original y salían como un colectivo.

Es importante tomar en cuenta que los bailes públicos comienzan a celebrarse, según datos encontrados, desde el año 1792. La referencia más antigua de un baile de carnaval pertenece al año 1833 a la que sigue un artículo titulado “Idea de un buen baile” de González del Valle, quien en 1841 escribe acerca de los bailes de carnaval que se celebraron en distintos salones y teatros de nuestra ciudad con máscaras y

disfraces.¹² Los lugares más utilizados eran el teatro Tacón, Diorama, Tívoli y Villanueva, así como el café La Lonja.

Hubo sucesivos permisos y prohibiciones para las salidas de los cabildos hasta que finalmente en 1788 fueron confinados a la ciudad extramuros, ante el temor de su posible influencia. Se planteaba como excusa su modo escandaloso de divertirse. En 1884, como ya se ha dicho, se suspende definitivamente la salida de los cabildos el Día de Reyes.

La primera noticia de un carnaval estructurado y organizado como lo conocemos hoy, data del año 1902 en que por medio de un mandato alcaldicio se regula el itinerario de la fiesta. Sin embargo, hay indicios de que con anterioridad, alrededor de 1895-1896, se celebraron actividades de corte carnavalesco que se suspendieron por los afanes conspirativos de la guerra de liberación. No existe, pues, una línea de continuidad entre aquellas formas de expresión colectiva africanas y estas otras manifestaciones que ha venido celebrando el pueblo habanero, con notables alternativas y una forma muy desigual de desarrollo.

Queda demostrado que existió un paralelismo entre la celebración del carnaval blanco y el negro y aun entre la fiesta de Reyes y las comparsas de barrios formadas por negros criollos, muchos de los cuales no se integraban a los cabildos, los que salían a realizar sus recorridos cuando los blancos comenzaron a celebrar su fiesta en lugares públicos, según señalamos con anterioridad.

Existió, pues, la simultaneidad de ambas festividades, su celebración durante casi medio siglo, la desaparición de una y la supervivencia de la otra, que integra, a su vez, las comparsas que acostumbraban a realizar su recorrido durante las carnestolendas desde 1697. He aquí la simbiosis de los elementos a través del devenir histórico, en su dialéctica constante.

Afirmar que el carnaval habanero tiene su origen en la fiesta de Reyes sería ser absolutos y negar una manifestación carnavalesca que también se conformó al mismo tiempo de aquella con otras características, para crear al cabo del proceso algo nuevo, criollo y americano. Del mismo modo, opinar que la comparsa es una reminiscencia de la fiesta del 6 de enero es un error. Se trata más bien de una síntesis de variadas manifestaciones que, como las partidas, las

⁹ Argeliers León, *Folklore cubano*, Pueblo y Educación, La Habana, 1979, pp. 104-105.

¹⁰ Isaac Barreal, “Notas acerca de una teoría de la fiesta”, inédito.

¹¹ Gemelli Careri, *Voyage du tour du monde* (publicado en París en 1727), citado por Juan Pérez de la Riva, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 260.

¹² Ver Emilio Roig de Leuchsenring, “La literatura costumbrista cubana en los siglos XVIII y XIX”, fondo del Museo de la Ciudad de La Habana.

mojigangas, los peludos y los kokoricamos, poseían características propias, es más bien consecuencia de la transculturación que sufrieron tanto los elementos africanos como los hispánicos en nuestra tierra.

De la fusión y evolución de todos estos elementos surge el carnaval popular que tuvo altas y bajas por intereses políticos y comerciales hasta el año 1937, en que reaparecen las comparsas. El fenómeno se gestó en el proceso de formación de la nación cubana, en que la población libre no era puramente española o estrictamente africana, esta capa de la población perdió la autoconciencia étnica de sus antepasados, lo que unido al aumento sucesivo de la población, daría por resultado el surgimiento de una autoconciencia nueva, la cubana.

Consideramos que este proceso evolutivo se divide en dos etapas definidas pero íntimamente relacionadas:

- La primera es la que pertenece a los negros, desde la celebración de sus fiestas en cabildos, su intervención en procesiones y festejos públicos hasta culminar en la fiesta de Reyes, lo cual significó una simbiosis de sus culturas originales con las propias de las clases dominantes.
- La segunda es la fusión y reelaboración de las manifestaciones del carnaval de los blancos con las de las comparsas y otras manifestaciones de los negros libres y criollos (que a su vez recordaban las salidas de los cabildos) hasta convertirse en la fiesta de carnaval popular, que dan lugar a una manifestación nativa, criolla, cubana.

Uno, dos y tres, qué paso más chévere...

Entre los componentes del carnaval ocupan un lugar preferencial las comparsas. Estas constituyen el aspecto vital, surgidas de las capas más humildes de la población, por lo cual reúnen en su quehacer artístico las tradiciones musicales y dancísticas que han permanecido y se han desarrollado en las diferentes etapas del contexto histórico-social. Significan la identificación arte-pueblo en nuestra cultura, así como la simbiosis étnica, social, política y artística de un proceso que convirtió al carnaval en el festejo más importante del cubano hasta nuestros días.

Las comparsas tradicionales surgieron en los barrios marginales habaneros conocidos como Los Sitios, Jesús María, Atarés, Colón y otros. Como un proceso lógico de transformación, las comparsas reflejaron sucesos trascendentales de la vida nacional con un marcado acento teatral, y traspasaron de esta

forma los límites del barrio a que respondían. Hay temas recurrentes, sobre todo atávicos, como el de matar animales, ya sea el gavilán, la culebra o el alacrán. Estos colectivos incluyen simpáticos personajes como el guardiero, el calesero, el Tata Cuñengue con su perro, el farolero, el gallego, los cuales ponen una nota chispeante en las evoluciones coreográficas de cada salida.

Durante los períodos colonial y republicano hubo personajes también que marcaron época, ya sea la culona, la mojiganga o los peludos, que vestían de forma extravagante e imprimían un sello distintivo a cada agrupación. Otro componente inseparable de las comparsas son las farolas, las cuales fueron precedidas en su origen por los hachones, especies de antorchas destinadas a iluminar el camino durante las procesiones de las distintas festividades de la Iglesia Católica. Las actuales farolas constituyen objetos de gran belleza cuyo diseño responde al tema de la comparsa a la cual pertenecen. Van al frente del desfile, las personas que las portan realizan diversas evoluciones al compás de la música, a fin de mostrar la destreza en su manejo. El bautizo de la farola es una tradición ya casi desaparecida, la realizaban las viejas agrupaciones comparseras, lo cual motivaba una fiesta en el barrio.

La comparsa La Jardinera lo hacía con cidra y champaña, al igual que la de El Alacrán; otros empleaban la cerveza. En el caso de esta última, el bautizo semeja un ritual que se efectúa previo a la fiesta y tiene un contenido religioso al identificar los colores de cada farola con los similares de los orishas de la Santería que apadrinan al colectivo. Sin duda, este acto significa también la reafirmación de la identidad colectiva del territorio, la confianza en obtener un premio por una buena actuación y, sobre todo, la exaltación del sentido de pertenencia de cada uno de los integrantes a su comparsa. Actualmente solo las comparsas El Alacrán y Los Marqueses de Atarés realizan el bautizo de sus farolas.

El Alacrán es el colectivo más antiguo que posee el carnaval de La Habana, tiene 103 años de fundado y su dirección se ha transmitido de una generación a otra sin perder su esencia. Otras comparsas tradicionales que aún perviven son Las Bollerías, La Jardinera, La Sultana, Los Compondores de Bateas y Los Marqueses de Atarés, cuyos nombres responden a las distintas temáticas costumbristas que ostentan. Cada una lleva un conjunto musical denominado piquete, cuya función es acompañar con música y cantos la coreografía que desarrollan los comparseros. La

organología tiene una estructura basada en instrumentos de percusión y viento, y los ritmos son rápidos y contagiosos, con estribillos sencillos que pueden ser repetidos por el público. Antaño el conjunto musical era pobre, formado por filarmónicas, guayos y pequeños tambores confeccionados con barriles de aceitunas que se percutían con dos palitos, luego fueron sustituidos por el clarinete, la trompeta y una amplia gama de tambores, hasta llegar al formato actual. La alegre música que interpreta el piquete hace que parte de la población se sume y arrolle junto a las comparsas cuando finaliza el desfile, costumbre que se practicaba cuando estos colectivos salían de sus barrios para actuar en el carnaval, la cual tuvo vigencia hasta el año 1960, aproximadamente.

La teatralidad es una característica de las comparsas, que desde sus inicios tuvieron referencias de los bailes de cuadros que se hacían en los salones, y más tarde, la incorporación de la danza, la contradanza y el danzón. Debemos tomar en cuenta que los músicos eran negros libres que casi siempre alternaban su oficio con la amenización de los bailes. A ello contribuyó también la organización de los músicos, la elección de un tema, la uniformidad del vestuario y los movimientos que conformaron la coreografía previamente ensayada. Utilizar caretas, matar la culebra o bailar cortando caña, son algunos de los elementos de franca teatralidad que aún permanecen en sus presentaciones.

El período republicano marcó un hito en el auge de la clase dominante. En el carnaval, se creó un jurado que otorgaba premios diversos junto a las autoridades gubernamentales. Para presenciar el paseo, en los lugares principales se situaban sillas y palcos especiales. Se llegó a reservar la senda central de las avenidas por donde se desfilaba y para transitar por ellas se debía abonar un derecho mayor que el que se pagaba para ir por las sendas laterales. Junto a los coches y autos, avanzaban las carrozas que construían las casas comerciales importantes. En ellas llevaban a jóvenes empleadas de dichas empresas ataviadas con lujosos vestuarios, que introdujeron la costumbre de situar una orquesta para acompañar el baile que realizaban las muchachas.

Entre 1914 y 1936 se acentuó el carácter mediatizado de la República, y se aprecia una modificación en los rasgos esenciales de nuestra identidad cultural. A ello antecedieron las prohibiciones efectuadas al final del período colonial, cuando se desautorizó la utilización de tambores africanos, las ceremonias abakuás, lucumíes, carabalíes y ararás. Muchas autoridades locales

no permitían la celebración de bembés¹³ ni siquiera de congas por las calles. Se trataba de ridiculizar las manifestaciones de procedencia africana presentes en nuestra cultura. La pretensión era lograr que la generación de esta época se avergonzara de su tradición hispano-africana. Se produjo en las fiestas carnalescas una paulatina degeneración de las costumbres tradicionales bajo la influencia de la sociedad de consumo. Fueron inaugurados los llamados “Festejos de invierno” propios para turistas yanquis con carrozas convertidas en anuncios ambulantes y el sexo femenino utilizado como el principal atractivo. Ello trajo por consecuencia que se trajeran algunas carrozas, bandas rítmicas y grupos norteamericanos que dieron una nota de refinamiento, los cuales fueron admirados por lo nuevo de su forma y lo culto de su simbolismo. Nuestro etnólogo Fernando Ortiz escribió una reflexión elocuente de este hecho: “Las carrozas americanas gustaron y sin embargo no llegaron al alma de nuestro pueblo [...] sobre ellas triunfó la pobre carroza cubana del jiquí [...] por qué?” Y más adelante se lamentaba de la situación en que había caído el carnaval cubano cuando dice:

Lo cierto y triste es que los americanos han triunfado en el carnaval cubano y que tan misérrima es nuestra vida artística que para darle unos brochazos de cultura ha sido necesario llevar hasta él la intervención americana [...] Pobre pueblo mío, intervenido hasta en sus placeres.¹⁴

Por la crisis económica que se afrontaba, creció el financiamiento de las comparsas y carrozas por parte de los “padrinos” comerciales. Estos ayudaban económicamente a cambio de colocar sus anuncios en los lugares más visibles (farolas, pendones, vestuarios, instrumentos musicales, etc.). Los políticos, los militares y los industriales se percataron de la favorable campaña publicitaria que brindaban las fiestas. Los primeros vieron la posibilidad de obtener votos suficientes para ser elegidos y los militares cobraban su silencio ante los actos delictivos que el juego y la prostitución conllevaban. Las clases dominantes establecen su carnaval con los paseos de coches, el uso de medios propagandísticos y

¹³ Nombre que recibe una de las fiestas rituales dedicadas a los distintos orishas de origen africano en Cuba. Toma su denominación del conjunto de tambores que se utilizan también en festejos no rituales. Estas fiestas se caracterizan por el sacrificio de animales, los rezos y cantos propiciatorios que se efectúan según el orden ritual establecido.

¹⁴ Fernando Ortiz, “Las carrozas americanas”, en *Cuba y América*, La Habana, 28 de marzo de 1908, p. 60.

divertimientos propios de cánones estereotipados, de franca influencia foránea, dirigidos a una capa específica de la población. Las comparsas populares, que resurgieron con nuevos caracteres durante la República, fueron limitadas en su recorrido al perímetro del barrio y más tarde se prohibió su salida hasta que reaparecieron en el año 1937.

En esta época, no obstante el embate contra la cultura popular tradicional, el pueblo preservó sus expresiones más raigales a fin de no perder su identidad, hecho que no niega la aceptación de nuevos elementos en un contexto de cambios en la sociedad. Los carnavales habaneros adquieren otra imagen y las comparsas amplían sus temáticas. Surge el carnaval-espectáculo con vestuarios, orquesta, bailarines, carrozas y coreografía cuidadosamente diseñados para la ocasión y se incrementa la cantidad de comparsas: las más antiguas se multiplican y salen ahora con un nuevo colorido logrado a través de relucientes adornos, mejores vestuarios, y una mayor elaboración coreográfica, sin perder la costumbre de bailar en sus barrios para el disfrute de la comunidad, que hacía posible sus salidas realizando grandes sacrificios con el afán de sostener su tradición.

La fiesta actual

A raíz del triunfo revolucionario de 1959 se produce un viraje en la concepción del desarrollo cultural del país. Se hizo un llamado al rescate, estudio y proyección de las tradiciones populares, al identificarlas como la savia de nuestra identidad cultural. Se proclama la existencia de una sola cultura sin diferencias de razas, clases sociales, religión, nivel escolar o económico, en un contexto etnológico que abarca todos los aspectos de la vida del hombre, tanto su cultura espiritual o intangible, como su cultura material o tangible. Al efecto, se capacita un personal especializado y se fundan instituciones encargadas de investigar y promover la cultura de cada comunidad. La nueva situación social, política y económica del país implica cambios en la concepción del carnaval, con planteamientos que no corresponden al marco tradicional en que este se desarrollaba. A ello contribuyó, en gran medida, la elevación del nivel escolar de la población, así como de su poder adquisitivo, la eliminación del desempleo y la igualdad de todos los ciudadanos. Las comparsas, génesis del carnaval, plantean propuestas donde participan nuevos núcleos sociales, independientemente de que un sector de la población entienda aún que las

comparsas son patrimonio solamente de las clases marginadas.

Como resultado de estas concepciones y posibilidades, comenzaron a formarse colectivos comparseros que representaban a los sindicatos, las organizaciones y los organismos surgidos en el marco de las empresas recién fundadas. Estos abordaban temas que más bien reflejaban su perfil laboral, y otros incorporaron temas alusivos a la Revolución.

Así se origina la comparsa Los Guaracheros de Regla y luego la perteneciente a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) con nuevas propuestas de la joven generación. Más tarde este movimiento se intensificó y surgieron algunas agrupaciones que respondían al trabajo cultural que desarrollaban los municipios. Se destacan: La Giraldilla, de Marianao; Caballeros del Ritmo, de San Miguel del Padrón; y Jóvenes del Este, del reparto Alamar, en la Habana del Este.

Las comparsas tradicionales sufren grandes transformaciones debido a que el barrio ya no puede aportar su mantenimiento, no cuentan con lo indispensable y se produce una decadencia que, en muchos casos, conduce a su desintegración. Algunos de los viejos comparseros, incorporados ahora a una actividad laboral estable, comienzan a organizar las agrupaciones en los sindicatos, los cuales tenían el apoyo material necesario. Las nuevas comparsas, en su afán de incorporar ciertos adelantos técnicos, no analizaron la conveniencia de estos en el espacio del carnaval. Finalmente, de un total de más de doce comparsas tradicionales solo subsistieron El Alacrán y La Jardinera. Alrededor del año 1980 se inicia un trabajo destinado a devolver al festejo su tónica original con una proyección contemporánea, al aplicar el método de revitalización de manifestaciones populares tradicionales, uno de los resultados de la investigación sobre fiestas populares tradicionales efectuado en el marco de la obra científica *Atlas Etnográfico de Cuba*.

Comparsas como Las Bollerías y La Sultana se reincorporaron a la fiesta con los elementos que las caracterizaban, pero con una labor de reanimación moderna en cuanto a música, coreografía y vestuario que las actualiza y acerca al gusto de las nuevas generaciones. Otros colectivos recuperaron ciertos componentes perdidos o desvirtuados, por las causas antes señaladas.

En algunos casos, este trabajo ha sido altamente positivo y bien recibido por la población; en otros, se ha invertido recursos en comparsas que no gozaban

de gran popularidad o cuyos elementos son contrarios al concepto vigente en nuestra cultura. En las revitalizaciones debe tomarse en cuenta el verdadero origen y esencia del hecho cultural con vistas a lograr una representación auténtica.

Un aspecto fundamental a tener en cuenta en las fiestas es la conservación del lugar y la fecha de celebración, ya que su variación conspira contra la costumbre establecida de generación en generación. A veces se ha pretendido diseñar un carnaval destinado al turismo extranjero, con una fuerte reiteración de los elementos religiosos de origen africano presentes en nuestra cultura, a manera de seducción exótica para deslumbrar con espectáculos facilistas que desvirtúan esos rituales y carecen de calidad artística, por lo cual constituyen espectáculos de pésimo gusto. Esta situación provoca una proyección equivocada de nuestra cultura en relación con sus componentes étnicos, independientemente de que se convierte en un mensaje tergiversador, y por tanto perjudicial, para las nuevas generaciones en formación.

No podemos soslayar el hecho de que el carnaval contemporáneo está enmarcado en nuevas condiciones étnicas, sociales, culturales, económicas y políticas que lo conducen a sustanciales cambios objetivos y subjetivos que obedecen a la situación actual de la capital.

Un aspecto digno de análisis es el origen de la fiesta, qué componentes la conformaron y qué valores simbólicos aún pueden ostentar en la práctica actual. Entre otros elementos, en general las comparsas portan manifestaciones ricas en las costumbres ancestrales que representan la liberación nacional, la religiosidad popular, la integración étnica, músicas, bailes, que validan los símbolos identitarios de estas tradiciones, lo cual demuestra que no se encuentran en crisis, sino más bien en un proceso de cambio o reacomodo de acuerdo con los nuevos tiempos.

Otro factor que desempeña un papel fundamental es el componente demográfico, sustancialmente transformado a partir del desplazamiento de grandes núcleos poblacionales de otras regiones hacia la capital. Luego de dos décadas, esta migración se ha multiplicado con los descendientes que, ya nacidos en La Habana, heredan de sus progenitores y familiares las prácticas tradicionales de sus zonas de origen, las cuales en su mayoría ostentan elementos y características ajenos a los de su actual residencia. En el caso específico del carnaval, el rasgo más sobresaliente es la participación activa de la población en la fiesta, a través de la práctica del baile junto a las comparsas

durante el paseo, hecho ajeno a la costumbre que ha predominado en la capital históricamente. La actual organización no permite que el público se sume a ellas, aunque esta es una de las características más sobresalientes en la forma de celebrar del cubano.

El incremento de colectivos comparseros modernos, integrados sobre todo por jóvenes, le confiere una impronta reanimadora al carnaval, dotándolo de los usos y las costumbres propias de la actual generación, con ritmos, músicas y coreografías no concebidos para grupos de este tipo, los cuales incursionan de forma creativa con géneros como el rap, el cual transforman con músicas y textos de franco sabor cubano, como sucede con la comparsa proveniente del reparto Alamar. Instituciones educacionales como la Escuela Nacional de Arte, con todas sus manifestaciones, también han debutado con propuestas novedosas de gran maestría artística, que muestran un camino promisorio para la reanimación del festejo. Se cumple así el postulado de que el desarrollo de la cultura se nutre no solamente de tradiciones, ya que es preciso librarse de las ya caducas y cambiarlas por otras que respondan a las condiciones contemporáneas, tomando en cuenta los aspectos cualitativos de su devenir histórico. Este proceso se produce porque la cultura popular está regida por dos leyes que se complementan: la tradición y la modernidad, toda vez que las tradiciones tienen un índice de desarrollo y cambio en un continuo proceso de asimilación e incorporación de nuevas tradiciones.¹⁵

No podemos olvidar que las manifestaciones propias de la cultura espiritual o intangible, además de algunas de la cultura material, son las que marcan una huella indeleble en el individuo respecto a su sentido de pertenencia y autoconciencia étnica, por ser estas las que imprimen más enfáticamente el sentimiento de identidad territorial o nacional. Este hecho es de una connotación ideológica fundamental, ya que la práctica de las manifestaciones tradicionales refleja ese sentimiento hacia su cultura, y produce, al mismo tiempo, un rechazo a los elementos culturales foráneos, ajenos a su vivencia o quehacer cultural. Una de las tareas que ayuda a la continuidad de nuestras raíces es la incorporación de los niños a la práctica de los elementos antes señalados. La iniciativa de formar colectivos comparseros emanados de La Jardinera, Los Componedores de Bateas, entre otros, además de los de nuevo tipo, es

¹⁵ Vladimir Pimenov, "Algunas leyes del desarrollo de la cultura popular", en *Problemas de Actualidad*, no. 5, Moscú, 1968.

un principio loable para lograr la sucesión cultural, hecho imprescindible que garantiza la valoración y continuidad de las costumbres más raigales de nuestra identidad cultural. Al efecto, la celebración del Carnaval infantil, como evento dedicado a los niños y protagonizado por ellos, es una muestra de todas las posibilidades y estrategias de que disponemos para lograr los objetivos propuestos.

No podemos obviar la responsabilidad que corresponde a la política cultural en una sociedad como la nuestra, respecto a este proceso. Según como se oriente, esta puede ayudar en gran medida al desarrollo de las premisas antes señaladas, de ahí la necesidad de que investigadores, funcionarios, especialistas, promotores y todo el personal relacionado con este quehacer, realicen un papel orientador y esclarecedor al respecto. Sobre todo, si consideramos las premisas globalizadoras que tienden a cosmopolitizar toda cultura nacional, con el fin de promover el desarraigo y la adopción de patrones culturales que nada tienen en común con nuestras manifestaciones tradicionales.

Las comisiones del carnaval se ocupan de gestionar los recursos necesarios para el mejor desenvolvimiento de la fiesta, pero, a nuestro entender, el espacio que se le dedica resulta cada vez más limitado de acuerdo con el monto de la población que aspira a su disfrute, y la organización que presupone el acceso a este afronta serias dificultades. Por otra parte, las comparsas deben disponer de un local para ensayar, jugar un rol más activo durante el año con presentaciones en eventos y en la propia comunidad, de manera que coadyuven a aliviar los gastos que exigen sus proyectos, mejorar la calidad de sus salidas y, al mismo tiempo, elevar, mediante sus actuaciones, el nivel de participación y pertenencia de los vecinos del barrio.

Afortunadamente, quedaron atrás los tiempos en que estos colectivos tenían que coleccionar fondos para cada salida, acudir a políticos o a los ricos comerciantes con vistas a cubrir sus gastos. Sin embargo, no es menos cierto que atravesamos tiempos difíciles, y es necesario encontrar nuevas fórmulas de financiamiento que no signifiquen menoscabar nuestra identidad ni tengan visos comercialistas. Los coauspicios pueden ser analizados en este contexto, sobre todo relacionados con las ofertas turísticas, que en nuestro país, por su riqueza multiétnica y artística, siempre han resultado altamente favorables. En la fiesta deben representarse todos los elementos de las distintas nacionalidades que formaron la cultura cubana, por ello, insistimos en la integración de grupos

emblemáticos de hispanos, chinos, árabes, haitianos, jamaicanos, y otros, además de incentivar la invitación a comparsas de otros municipios y provincias de reconocida calidad, las cuales han recibido el aplauso del pueblo capitalino en cada una de sus salidas.

La fiesta no debe verse como un proyecto que se puede llevar a cabo o simplemente suspenderse, se trata de un hecho social, un derecho que se debe ejercer, una necesidad de compartir, de convivir, rasgos identitarios muy propios del cubano. Como práctica colectiva, es una aspiración social de un elevado valor cultural, factor imprescindible como pueden resultar la educación y la salud del individuo. Este necesita la expansión y la recreación, incitar la fantasía, y, en ese contexto, manifestarse tal cual es, acorde con su imaginación y personalidad.

La perdurabilidad del carnaval de nuestra ciudad está amenazada por la constante inestabilidad de su celebración, y su influencia está reñida con los modelos que la norman, por no corresponderse con las necesidades de la comunidad. Esta entonces busca otras alternativas de recreación, ya sean institucionales o no, que en la mayoría de los casos no son las más sanas y recomendables. Las iniciativas populares deben ser apoyadas con los medios de que se disponga, nunca se debe aspirar a un estricto control por organismos e instituciones, eso sería opacar o frenar su creatividad y desarrollo, intención ausente en nuestra política cultural, y que en la mayoría de los casos no es un hecho consciente o preconcebido.

Nuestro carnaval tiene casi cinco siglos de vida, con altas y bajas por diversas razones, como hemos analizado, y no ha podido ser sustituido por otra actividad, a pesar del deterioro en que se encuentra. La población lo reclama y cuestiona cuáles son las razones que impiden o limitan a veces su celebración, su poca difusión o calidad en sentido general, y así lo reflejan las encuestas que sistemáticamente se aplican al público que asiste al festejo. Al respecto, hay que volver la mirada nuevamente al Maestro, nuestro Fernando Ortiz, quien observó con agudeza la importancia de los estudios agnognográficos, porque estos deducen que “los pueblos que no tiene fiestas públicas, son pueblos en germen que no han podido cristalizar sus expansiones de gozo en moldes propios y ya definidos”.¹⁶

¹⁶ Fernando Ortiz, *Entre cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. 70.

Un ángel en La Habana

JORGE JUAN LOZANO ROS

A Taimyr Sánchez Castillo, martiana.

A Yanet Lafargue Martínez, habanera.

Natales cantares

Era La Habana capital de una colonia. España sentía a Cuba como la perla más preciada de su corona. En esa ciudad el hospital de San Francisco de Paula daba nombre a una alameda que servía de mirador a la bahía de tres bolsas, a un populoso barrio y a una calle. Muy cerca de la Puerta de la Tenaza, en la muralla, el número 41 de intramuros marcaba una típica casa de dos pisos construida a principios del siglo XIX. El 28 de enero de 1853 nace allí, José Julián, el primogénito de la familia Martí Pérez. Quince días después es bautizado en la iglesia del Santo Ángel Custodio.

En febrero del año anterior se habían casado sus padres, el valenciano Mariano, de treinta y seis años de edad, con la canaria Leonor, de veinticuatro. Después del primer hijo, único varón, le seguirán siete hermanas. En la casa de la calle Paula transcurrieron tres años y medio de la vida de nuestro ángel sobre la tierra. En la planta alta, en dos habitaciones, se escucharon los primeros cantares de la madre. En el patio interior aprendió a caminar y a jugar junto con sus primos, puesto que en la planta baja vivían también parientes, “dos familias que en realidad eran una sola”, como contaba doña Leonor en su ancianidad.



El padre había ingresado en el ejército destacado en “la diosa de la guerra”, la artillería. En 1850 había arribado a Cuba como sargento primero de una batería que se enclavó en la Fortaleza de la Cabaña. Después de prestar servicio militar durante seis años, seis meses y diez días, fue licenciado con el grado de subteniente de infantería en diciembre de 1855.

Trabajó más tarde como celador de los barrios del Templete y Santa Clara. Ello significa que en un país basado en economía de plantación con fuerza de trabajo esclava, la familia fundada por don Mariano pertenecía al sector más modesto de la pequeña burguesía urbana.



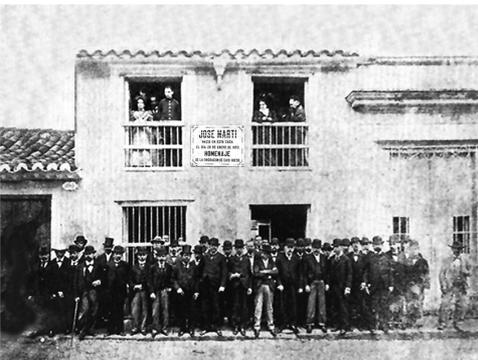
Obra de Agustín Bejarano
Metáforas de la salvación, 2001, acrílico sobre lienzo, 1,6 x 1,2 m.

La integridad de carácter, la laboriosidad y la responsabilidad ante el trabajo fueron dones que Martí aprendió de su progenitor, que ejerció como sastre, oficio de herencia familiar, en Ciudad México y en La Habana ayudado por su esposa e hijas. Por eso lo recuerda emocionado en los *Versos sencillos*: “Pensé en mi padre, el soldado: / Pensé en mi padre, el obreiro.” La rudeza del temperamento paterno varias veces hirió al hijo, sin embargo, el padre pudo intuir lo que esperaba a José Julián cuando, de niño, le vaticinó: “A mí no me sorprendería verte pelear, cuando seas grande, por la libertad de esta tierra.”

Explicaba el Apóstol que de la madre, más que del padre, vienen los hombres. En misiva de despedida escrita en 1895 a la que alumbró sus días, una carta que en verdad es una oración, Martí le confesaba: “Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio?” Lección primera que recibió aquel ángel en el hogar: la vida es ara sacrificial. Doña Leonor fue sólido horcón de su familia. Campesina de Santa Cruz de Tenerife poseía instrucción, que en aquella época consistía en no más que saber leer y escribir y dominar las reglas de la aritmética. Siempre se preocupó por la superación de su querido Pepe. Esposa y madre ejemplar se consagró a sus hijos constituyendo una familia de cristiana tradición. Especialmente fue cómplice y confidente de su vástago varón, aunque nunca comprendió con celeridad sus cualidades de liderazgo revolucionario. La calle



de la casa natal lleva hoy el nombre de la madre de nuestro héroe.



En enero de 1899 la emigración cubana de Cayo Hueso fijó en placa de mármol el hecho del nacimiento de Martí, y se tuvo como iniciativa adquirir el histórico inmueble con fin público. Para ello, en julio de 1900 se constituyó la Asociación de Señoras y Caballeros “Por Martí”, que inició una campaña de recolección de fondos. En diciembre de 1901 se realizó la compra a favor de doña Leonor y, al fallecer esta en 1907, se decidió que la casa albergara un museo, una biblioteca y una galería iconográfica, lo cual vino a materializarse en 1925 por la decidida y consecuente actuación del escritor y periodista martiano Arturo R. de Carricarte, que se convirtió en el primer director de la institución. Hasta 1959 solo abría sus puertas dos veces a la semana, los martes y los viernes, de doce a cinco de la tarde con un pago de diez centavos por persona, puesto que siempre careció de crédito oficial. Cada 28 de enero los niños y niñas de la escuela pública donaban un centavo para “la casita de Martí”.

En 1963, el museo en la casa natal adquirió vida nueva, modernizándose su instalación gracias al desvelo del insigne intelectual Juan Marinello. Desde esa fecha se destacó el trabajo de su historiador Armando O. Caballero. Actualmente, el museo pertenece a la Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana.

La primera fotografía

En la antigüedad clásica de Grecia y Roma, el retrato personal se hacía a través de la escultura, posteriormente tal función la cumplió la pintura. En el siglo XIX la invención de la fotografía democratizó tal imagen. Valga un ejemplo ilustrativo: de los próceres independentistas latinoamericanos, solo José Martí posee retratos fotográficos, cuarenta y dos en total. Incluso, como es un hombre sabedor de que está haciendo historia, tiene retratos colectivos con sus seguidores, los militantes del Partido Revolucionario Cubano de Tampa, Cayo Hueso y Jamaica.

La primera fotografía lo ofrece a los doce años, con mirada grave pese a su corta edad, ataviado con sus mejores galas, con lazo al cuello y sobrio saco, en

cuya solapa pende una medalla.

Era la distinción que el colegio San Anacleto daba como “premio a la aplicación y a la buena conducta”, según reza en su anverso. Sin dudas, fue captada en ocasión de su graduación en la escuela primaria. Su madrina, doña Marcelina Aguirre, guardó uno de los ejemplares de la foto, que fue el que llegó a la posteridad.



El colegio San Anacleto, situado en la calle San Nicolás entre Reina y Estrella, era dirigido por el eminente pedagogo Rafael Sixto Casado, licenciado en Filosofía por la Universidad de La Habana, donde se aplicaban novedosos métodos docentes que le ganaron el respeto y la admiración tanto de alumnos como de maestros. En sus aulas conoció Martí a Fermín Valdés Domínguez, cuya amistad le acompañaría durante toda la vida. Como alumno de ese plantel fue testigo del paso del entierro, a lo largo de la calle Belascoaín, del filósofo don José de la Luz y Caballero, figura eminente en la conformación de los valores más altos de la nacionalidad cubana.

Los primeros libros de escuela son siempre recordados. Así lo hacía Martí con los textos escritos por Eusebio Guiteras Font: “En sus libros hemos aprendido los cubanos a leer [...] sus versos sencillos, de nuestros pájaros y de nuestras flores, sus cuentos sanos de la casa y de la niñez criollas, fueron, para mucho hijo de Cuba, la primera literatura y fantasía”.

Bien haría la ciudad de La Habana en construir un plantel docente donde estuvo situado el colegio San Anacleto, para albergar una escuela primaria que ostentara el nombre de Rafael Sixto Casado.

La patria en el colegio

Desde un nido suelen los ángeles desplegar sus alas. En Cuba, en la época de la niñez martiana, el colegio era tan importante como la universidad. Si en la última se aprendía profesión para la vida, en el primero se realizaba la forja del carácter. Nido para nuestro ángel fue el colegio San Pablo, dirigido por Rafael María de Mendive.

El pedagogo habanero había realizado su formación básica en las aulas del Seminario San Carlos, obteniendo una beca para alumnos pobres. Sus maestros fueron los seguidores del Padre Félix Varela. Miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, ganó

el afecto de don José de la Luz y Caballero, del que se consideraba discípulo. Incursionó con éxito en la poesía y el periodismo. Fue accionista y secretario de la Sociedad General del Crédito Territorial Cubano, banco que proporcionaba ventajosos medios para fomentar la agricultura, en detrimento del poder de los ricos comerciantes españoles.



Mendive pasó a la historia por su labor pedagógica. En 1864 fue nombrado director de la Escuela de Instrucción Primaria Superior Municipal de Varones y en 1867 fundó el colegio San Pablo, ambas instituciones docentes radicaron en la planta alta de su residencia

particular, sita en Prado número 88. En 1865 tenía cuarenta y cuatro años cuando conoció al niño José Martí, naciendo así una de las influencias decisivas en la vida de nuestro ángel.

San Pablo reprodujo la obra realizada por Luz en el colegio El Salvador. La escuela filosófica cubana, con su electivismo, nutría la sabiduría que en sus aulas explicaban destacados intelectuales. El patriotismo era la piedra angular de la educación en valores de aquel centro docente. Martí fue un alumno que aprendía tratando de imitar a su maestro que postulaba “por el dolor se entra a la vida; por la poesía se sale de ella”. Devoraba la biblioteca, tomaba al dictado dramas por la noche, en las tardes rondaba ávidamente las tertulias en las que se analizaba por un ilustrado grupo la política del país, era el alumno que más ayudaba, hasta en tareas administrativas. Casado en segundas nupcias, Mendive acogió en el seno de su familia al adolescente que vivió en 1868 junto a este, yendo a visitar los domingos a sus padres y hermanas que residían en Marianao.

Cuando la campana del ingenio La Demajaña cubrió de bronce el viento de la nación, ya la libertad anidaba en aquellas aulas. Preceptor y alumno se consideraban parte activa en la contienda. El día que Martí cumplió dieciséis años fue apresado Mendive, frecuentemente visitado por el joven en el Castillo del Príncipe antes de su destierro. San Pablo solo cerró sus puertas porque había abierto definitivamente el espíritu a la patria.

La antigua edificación de dos pisos se yergue todavía hoy en Prado número 266, esquina a la calle Ánimas. Es sede de Tecnomática, Empresa de Informática, Automática y Comunicaciones del Ministerio de la Industria Básica. Preciso es poner en letras de bronce, para llamar la atención del caminante, la excelsa significación del lugar.

Sutil y profunda frontera

En Mercaderes entre Obispo y O'Reilly, existe actualmente un sutil límite entre dos mundos dispares. Un hilo de agua, que corre a través del centro de la calle, alimenta una fuente en forma de orbe. Es una simbólica frontera entre la autoridad reaccionaria y conservadora que provenía del Palacio de los Capitanes Generales, y el espíritu progresista y renovador de la Universidad de La Habana y el Instituto de Segunda Enseñanza. Nunca antes habían estado más próximas dos concepciones del mundo diametralmente diferentes: solo las separaba el ancho de una calle.

En el convento de Santo Domingo se había fundado en 1728 la Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana, que había adoptado el nombre de Real y Literaria Universidad, después del proceso de secularización en 1842. Era lógico que allí se albergara también el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, ocupando la porción sur de la edificación que lindaba con la calle Obispo entre Mercaderes y San Ignacio.

El colegio dirigido por Mendive estaba incorporado al Instituto. Las clases de bachillerato eran recibidas por José Martí en Prado número 88, pero los exámenes de todas las asignaturas los tenía que rendir en el antiguo convento. El maestro se había comprometido en costearle los estudios. Al revisar el expediente marcado con el número 139 en el Instituto, que corresponde al de nuestro ángel, se encuentra una sola calificación, la de sobresaliente, repetida una y otra vez entre octubre de 1866 y marzo de 1869. Ello le abrió la posibilidad de obtener, con idéntico resultado, varios exámenes de premio.

El hecho de existir una sola universidad en la Isla, y un solo instituto en la capital, posibilitaba la cohesión y el reconocimiento de jóvenes estudiantes provenientes de diferentes regiones y sectores sociales. Ello redundaba en propiciar el germen de la rebeldía. No en vano Blas Villate, conde de Balmaseda, y que en su condición de Capitán General entró en el Bayamo reducido a las pavesas de un incendio patriótico, afirmaba “tengo a mis espaldas un nido de víboras”, refiriéndose al vecino convento. A pesar de la soez calificación, tenía la razón. En aquellas aulas circulaba, en 1869, un periódico manuscrito clandestino de carácter subversivo llamado *El Siboney*, donde Martí publicó el soneto “10 de Octubre”:

*No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo, enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido*

Cuanto de negro la opresión encierra [...]

Otro de los colaboradores de aquella publicación fue Anacleto Bermúdez y González de la Piñera, uno de los ocho estudiantes de primer año de medicina fusilados el 27 de noviembre de 1871.

Restituidos los símbolos arquitectónicos de la primera universidad cubana por la Oficina del Historiador de la Ciudad, en el otrora convento fue inaugurado en 2006 el colegio universitario San Gerónimo de La Habana, homenaje funcional a los alumnos, graduados y profesores que supieron unir ciencia, conciencia y docencia.

Los teatros

Acompañaron a nuestro ángel desde su infancia las musas de la tragedia y la comedia, Melpómene y Talía. Sitio de recreación colectiva en el siglo XIX fue el teatro, como en el siglo pasado lo fue el cine.

El Teatro Tacón, cuyo nombre fue tomado de un capitán general, desde 1838 era el principal de La Habana colonial y uno de los mejores de todo el hemisferio. En privilegiado sitio se encontraba frente al Parque Central, donde se ensanchaba el Paseo de Isabel II, principal arteria de extramuros, que recordaba al Prado español. Sus actores, protagonistas de obras clásicas, necesitaban de pelucas para el buen desempeño de su oficio. Un amigo de la familia Martí Pérez, el peluquero Enrique Bermúdez, se hacía acompañar por el pequeño Pepe a ese lugar, donde el niño disfrutaba de las funciones, tras bambalinas. A principios del siglo XX el Tacón quedó aprisionado dentro de las paredes del Palacio del Centro Gallego, conocido como Teatro Nacional.



Hoy es el Gran Teatro de La Habana “García Lorca”. Haría bien el Ballet Nacional de Cuba, en develar una escultura, a tamaño natural, del niño José Martí, vestido de traje y condecorado con su medalla esco-

lar, para tenerlo siempre sentado en el balcón más próximo a la escena.

El Villanueva, inaugurado en 1847, era diferente, por ser un teatro popular. Las obras vernáculas eran su fuerte. Estaba situado en Zulueta entre Refugio y Colón, donde durante mucho tiempo, en el siglo XX, se ubicó la fábrica de tabacos La Corona. Obtuvo notoriedad histórica el 22 de enero de 1869, cuando una manifestación pública de patriotismo cubano causó el primer desbordamiento de los voluntarios españoles, que dio inicio a una ofensiva de terror en la ciudad. A las ocho de la noche de ese día comenzó la función interpretada por los Bufos Habaneros. Las mujeres, provocativamente, llevaban el cabello suelto con lazos de los colores republicanos, rojo, azul y blanco, y por ello eran aplaudidas a su llegada. En medio de la obra *El perro huevero*, un actor exclamó: “¡Viva la tierra que produce la caña!”, expresión que fue respondida con vivas a Cuba libre y a Carlos Manuel de Céspedes. Inmediatamente se escuchó un disparo, señal que abrió numerosas descargas de fusilería sobre el público, que evacuó el teatro con rapidez y fue perseguido por la saña de los voluntarios a lo largo de varias cuerdas.

La poetisa Mercedes Matamoros, entonces adolescente, recordaba haber conocido a Martí, enarbolando una bandera cubana, en un portal de un edificio cercano al teatro. Podía ser ese sitio el colegio San Pablo, adonde lo fue a buscar doña Leonor en valiente gesto de amor materno, tal como lo describió su hijo en el poema XXVII de los *Versos sencillos*: “El enemigo brutal / Nos pone fuego a la casa: / El sable la calle arrasa, / A la luna tropical”

En aquella ocasión, las alas de nuestro ángel se salpicaron de sangre.

Los primeros periódicos

A inicios de enero de 1869 Domingo Dulce tomó posesión como nuevo Capitán General. Representante del gobierno provisional recién establecido en España, era íntimo amigo de prominentes figuras de la burguesía esclavista occidental. Para procurar el cese de la insurrección, traía la promesa de extender a Cuba las “bondades” del régimen liberal, entre ellas la libertad de imprenta y de reunión. La primera se decretó el 9 de enero y tuvo una efímera duración de diecinueve días. Se publicaron multitud de periódicos, la mayoría de ellos escasamente alcanzó el segundo número.

Cuando se realizan los análisis acerca de la juventud martiana, a menudo se encuentra la marcada

tendencia a ponderar los factores emocionales por encima de los racionales. Nada más alejado de la verdad. Lo prueba el primer proyecto periodístico del futuro apóstol, que constaba de dos periódicos dirigidos a dos públicos diferentes. Su fiel amigo Fermín Valdés Domínguez cubría el costo económico de la impresión.

El 19 de enero, de las prensas salió *El Diablo Cojuelo*, un pequeño pliego con doblez central que conformaba cuatro páginas. Dirigido a los sectores populares, su ágil redacción recurría al recurso satírico social característico de la picaresca española; hasta su nombre lo recuerda, pues proviene del título de la obra de Luis Vélez de Guevara, pieza teatral estrenada en el Liceo de La Habana por su Sección de Declamación. Por encima de ese componente externo, se proyecta su contenido en el artículo de fondo que constituye el primer escrito de carácter revolucionario elaborado por Martí, donde existe una auténtica crítica demoleadora del proyecto de la Junta de Notables, liderada por el Marqués de Campo Florido, que proponía el otorgamiento por la metrópoli de la autonomía política a Cuba. Ante esa solución reformista, que consideraba la guerra liberadora como ruina del país, se responde con una única disyuntiva: o Yara o Madrid. Ello demuestra, cómo diagnosticaba el autor, que “este Diablo, no es diablo, y que este Cojo no es cojo”.

El nombre del segundo periódico, *La Patria Libre*, era toda una declaración de principios. Con ocho páginas, se proponía ser un semanario dedicado a un público distinto, de mayor nivel cultural e información. Varios intelectuales, entre ellos Rafael María de Mendive, participaban en su redacción. Desde sus primeras líneas se proclamaba continuador de la escuela patriótica y renovadora de Luz y Caballero. En sus textos incluía respuestas a la pregunta ¿Por qué la revolución tiene derecho al orden?; argumentaba la necesidad de escuelas libres donde todo el que se sintiera apto como maestro, enseñara a leer y escribir, sin distinción de raza, a los cubanos analfabetos que totalizaban 1 128 293 personas en la Isla; también se reproducía íntegramente un discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid por el luchador puertorriqueño Eugenio María de Hostos. En esta publicación Martí dio a conocer una obra de teatro en versos, *Abdala*, donde de manera simbólica realiza una exaltación de la recién comenzada guerra de liberación nacional y, de forma luminosa y explosiva, confiesa el drama familiar que le atenazaba. *La Patria Libre* circuló por La Habana el 23 de enero de 1869: había que ser muy

valiente para hacerlo al día siguiente de los sucesos del Teatro Villanueva.

Poco antes de cumplir dieciséis años, con sus dos periódicos, nuestro ángel sacudió tinta con sus alas. Fue en la Imprenta y Librería El Iris, sita en Obispo entre Cuba y San Ignacio, a muy corta distancia del palacio donde el Capitán General de dulce solo tenía el nombre.

La academia de pintura

“¿Quién tiene ojos, y no es pintor?” se pregunta nuestro ángel, escribiendo la oración en la primera página de un cuaderno de apuntes de tapas verdes. Sus dibujos no fueron hechos para exhibición pública. Muchos aparecen en los márgenes o en páginas completas con el bosquejo de símbolos poéticos, reflexiones filosóficas o argumentos políticos.

Unas veces dibuja rostros de hombre o mujer, entre ellos el torso de una figura querida con alta frente surcada por varias líneas, Simón Bolívar. Otras veces, de visita a algún museo o exposición de arqueología, dibuja los objetos que más le impresionan: potes norteamericanos, vasos peruanos, cuchillos mexicanos, ídolos cubanos prehispánicos, pipas de barro o instrumentos musicales árabes. Cuando imagina nuevas columnas para la arquitectura latinoamericana, con capiteles que forman penachos de palma entrelazados entre sí, formando arcos de medio punto, las pinta también.

En 1891 Martí asiste como representante de Uruguay a la Conferencia Monetaria Internacional celebrada en Washington. Testimonio de su febril actividad antimperialista son los apuntes dibujados en una hoja de aquel evento, que a continuación describiremos: con la expresión “Por América”, varias veces repetida, aparecen cuatro libros abiertos y alados, que bien pueden ser diseños para un *ex libris*, la cabeza sin sombrero de un asombrado Tío Sam y lo que es más notable, el más famoso de sus autorretratos. El dibujo, muy conocido por ser el logotipo del Centro de Estudios Martianos, es muy pequeño (20 x 15 mm) y revela una extraordinaria lucidez plástica. Otro autorretrato, de su etapa de vida en México, presenta su rostro coronando el cuerpo yacente de Chac Mool, figura mítica con la cual se identificó, y que fue llevado a la escultura



en el año 2007 para ser emplazada a la entrada de la presidencia nacional de la Unión de Periodistas de Cuba, sita en la capital cubana, en 23 e I, El Vedado.

El inicio de este desvelo artístico se encuentra cuando matriculó Dibujo Elemental en el curso 1867-1968, en la Academia de Artes Plásticas “San Alejandro”, llamada en esa época Escuela Profesional de Pintura, Escultura y Grabado de La Habana. Tenía Martí catorce años y allí coincidió en la misma aula con Carlos Baliño, de diecinueve años. El plantel académico se encontraba entonces en Dragones no. 308, entre San Nicolás y Rayo, la instalación actualmente cobija a la Secundaria Básica Urbana “Sergio González” y a la Sede Universitaria Municipal de Centro Habana.

Varios profesores y graduados de la Academia “San Alejandro” realizaron a lo largo del siglo xx valiosos aportes a la recepción martiana. Entre ellos podemos destacar, en pintura, a Juan Emilio Hernández Giró, Esteban Valderrama, Jorge Arche, Eduardo Abela, Raúl Martínez, Manuel Mendive, Juan Moreira, Eberto Escobedo, Francisco Blanco Hernández, Umberto Peña y César Leal Jiménez. En escultura lo fueron Juan José Sicre, José Delarra, Esteban Betancourt, Jilma Madera, Rita Longa, Thelvia Marín, Tony López, Mario Santí García, José Manuel Fidalgo, Arnold Serrú y Pedro González Pulido.

Patrimonio intangible

Las ideas son patrimonio intangible por tener algo de ángel. Ello quedó demostrado a lo largo del siglo xix cubano. Desde 1790 se desarrolló en el país la modernidad ilustrada bajo el auspicio del obispo Espada, cuya aspiración era una reforma social controlada por la naciente intelectualidad. La cultura se veía como palanca del progreso económico y político.

La introducción de las ciencias se hizo notable a través de la Sociedad Económica de Amigos del País y el aprendizaje del debate público, mediante el surgimiento de la prensa periódica. Surgió la reforma filosófica con la modernización de la enseñanza de las ciencias naturales, sociales y exactas.

La filosofía electiva fusionó ciencia, ética, política y cultura con la selección de un sistema de ideas en función de los intereses cubanos. Es la época de la educación para la libertad y el patriotismo, de la amistad entre los grandes maestros con los aventajados alumnos: Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco, Antonio Bachiller y Morales y Domingo del Monte. Brillan la poesía y la literatura en las plumas de José María Heredia, José Jacinto Milanés, Cirilo Villaverde, Juan Clemente Zenea, Luisa Pérez de Zambrana, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Gabriel

de la Concepción Valdés (Plácido). Las artes plásticas tienen bellos exponentes como Juan Bautista Vermay y Miguel Teurbe Tolón. La música vibró con el talento de Nicolás Ruiz Espadero, Manuel Saumell, Ignacio Cervantes y José Brindis de Salas.

Entre 1821 y 1868 se produce la primera batalla de ideas que gesta los dos valores fundacionales de la patria cubana demostrados en la guerra emancipadora iniciada por Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte: la independencia nacional entendida como soberanía y la justicia social comprendida como abolición de la esclavitud.

Todas las figuras patricias mencionadas y otras más hasta el número de 67 se encuentran expuestas en un mural que, a manera de espejo, refleja la fachada del Liceo Artístico y Literario de la Habana, ubicado entre 1844 y 1869 en la casa del Marqués de Arcos, palacio dieciochesco sito en Mercaderes, entre Empedrado y O'Reilly, en La Habana Vieja. La obra fue creada por un equipo de realización dirigido por el escultor Andrés Carrillo, a partir de una idea del arquitecto Augusto Rivero.

José Martí es, en nuestro país, la cúspide de la obra política, de la cultura artístico-literaria y de la reflexión filosófica. Es el *sumum* de la nación cubana. Su genialidad se levanta sobre los hombros de las magnas figuras que integran ese mural. Es preciso sanar la omisión del hecho artístico poniendo su figura de niño, laureado con medalla de mérito escolar, siendo conducido, en la acera del Liceo, por la mano de su maestro Rafael María de Mendive.

Un hogar, varias casas

La vida de una familia muchas veces transcurre en varias casas. Es como si cada una de ellas dejara una huella distinguida para el hogar.

La familia Martí Pérez, que vivía en La Habana, tuvo su lugar fundacional en la calle Paula no. 41. Es cuando nace su primogénito, José Julián, y la primera de las hijas, Leonor, a quien decían La Chata. Por aquella época el padre era subteniente del Regimiento de Artillería. En 1856 mudaron su domicilio para una casa situada a poca distancia de la primera, en Merced esquina a Picota. En ese año nació Mariana Matilde, a quien sus familiares achicaban el nombre llamándole Ana. Aquella fue la hermana que por su sensibilidad poética y artística más quiso nuestro ángel. Tuvo Ana un corto tránsito por la tierra, falleció en Ciudad México en enero de 1875, poco antes de la llegada del hermano.

Licenciado del Ejército, don Mariano asumió el cargo de celador del barrio del Templete, en el primer distrito de la capital, por lo cual él y su familia en 1857 fueron a vivir a la casa que ocupaba su antecesor en el puesto, sita en Ángeles entre Corrales y Gloria. En 1859, al regresar de Valencia, la familia vive en Industria esquina a Colon. Ese año nace María del Pilar, aumentando a cuatro el número de hermanas, puesto que en España había nacido María del Carmen. El padre es nombrado celador del barrio de Santa Clara, en el segundo distrito de La Habana. El pequeño José comienza a asistir a una escuelita de barrio y posteriormente continúa sus estudios primarios en el colegio San Anacleto. La familia se completa con tres hermanas: en 1862 nace Rita Amelia; en 1864, Antonia; y en 1865, Dolores, a quien llamarán cariñosamente Lolita.

En 1866 viven en Refugio entre Prado y Consulado. El amor filial del ángel se expresa en su primera poesía: "A Dios yo pido constantemente / Para mis padres vida inmortal; / Porque es muy grato, sobre la frente / Sentir el roce de un beso ardiente / Que de otra boca nunca es igual." A inicios de 1867 residen en Peñalver entre Lealtad y Campanario y, a finales de 1868, en San José entre Gervasio y Escobar. Desde esta casa, en la noche trágica de la matanza del Teatro Villanueva, salió valerosa doña Leonor a buscar a su hijo a la morada del maestro Mendive, en Prado esquina a Ánimas. Posteriormente se mudarían para San Rafael entre Amistad e Industria.

Umbrales de varias casas habaneras tuvo que traspasar el hogar de Martí. Por ello se puede comprender el final de "Carta de madrugada a mis hermanas Antonia y Amelia": "¡No se corten las alas / Los angelillos, / Que cuando el cielo luzca / No podrían ya volar del pobre nido!"

El primer amigo

La amistad es la joya mejor para nuestro ángel. Desde la infancia supo tallar las fases diamantinas de esa relación humana.

Tuvo la suerte Fermín Valdés Domínguez y Quintanó de ser el más antiguo de los amigos. Había nacido también en 1853, el 7 de julio. Las amistades de mayor largueza siempre comienzan en las aulas de primeras letras. Ello se inició en el colegio San Anacleto y se desarrolló durante la segunda enseñanza en el colegio San Pablo.

Fermín era estudiante de primer año de Medicina cuando la Universidad de La Habana recibió el primer

zarpazo sangriento de la reacción colonialista el 27 de noviembre de 1871, y fue condenado a seis años de prisión, se convirtió en revindicador de los ocho proto-mártires universitarios. Indultado en 1872, viajó a España, donde se reunió nuevamente con Martí y juntos continuaron sus estudios en Madrid y Zaragoza. Graduado como médico cirujano, regresa a Cuba y ejerce en la región de Baracoa. Miembro de la Sociedad de Estudios Clínicos se dedicó a la investigación de enfermedades de origen bacteriano e incursionó en la labor arqueológica de la cultura indocubana.

En enero de 1894 Fermín se unió a Martí en Nueva York: Fue militante del Partido Revolucionario Cubano en Cayo Hueso. En julio de 1895 se incorporó a la Guerra de Independencia donde alcanzó el grado de coronel. Fue jefe de Sanidad del Primer Cuerpo de Oriente y del Cuarto Cuerpo de Las Villas en el Ejército Libertador. Participó como representante en las Asambleas Constituyentes de Jimaguayú y La Yaya, y fue elegido subsecretario de Relaciones Exteriores del gobierno en armas. No ocupó cargos públicos en la república neocolonial, donde ejerció el periodismo en *El Triunfo*, *El País* y otras publicaciones. Abrazó las ideas socialistas de su época y se opuso tenazmente al anexionismo durante la segunda intervención militar norteamericana.

Nuestro ángel se encariñó con el primer amigo en la quietud de un hogar habanero. En la casa de la familia Valdés Domínguez se podía disfrutar de comprensión, de buena lectura, de recreativa música, de ansias de patria y libertad. Aquella casa se encontraba en el lugar que hoy ocupa el alto edificio de Industria número 354 entre San Miguel y San Rafael, según indicios del investigador martiano Ramón Guerra.

Aunque ninguna tarjeta marca el sitio, la memoria siempre recuerda que fue allí donde un vuelo flamígero guió la mano justiciera de Martí, en octubre de 1869, al escribir a un joven que realizaba su entrada en las filas enemigas: "¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo en la antigüedad se castigaba la apostasía? Esperamos que un

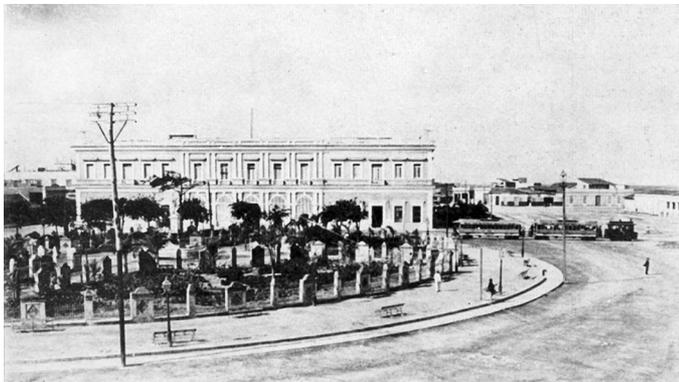


discípulo del Sr. Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.” En Grecia la apostasía, la traición a la patria, se pagaba con la muerte. Aquella misiva condujo a la cárcel a nuestro ángel.

La cárcel inmensa

Una vuelta en torno al Sol había realizado la Tierra desde el instante en que, en el ingenio La Demajagua, se declararon libres a la patria cubana y a los negros esclavos. Era octubre de 1869 y la represión paramilitar del Cuerpo de Voluntarios se acrecentaba en La Habana. En la noche del día 4 los uniformados detuvieron en su hogar a los hermanos Eusebio y Fermín Valdés Domínguez. Una carta encontrada en el registro de aquella morada condujo a los colonialistas hasta José Martí, que fue capturado el día 21 en su propia casa de San Rafael.

En la explanada de La Punta se erigía un macizo edificio de dos plantas que albergaba la Cárcel Nacional y el Presidio Departamental. En un consejo de guerra ordinario celebrado en ese lugar el 4 de marzo de 1870, fueron los jóvenes condenados por infidencia: Martí, a la pena de seis años de trabajos forzados en canteras; Fermín, a seis meses de arresto mayor; y su hermano Eusebio, a la deportación a España.



Exactamente un mes después, el 4 de abril, el futuro apóstol escribiría:

*Voy a una casa inmensa en que me han dicho
Que es la vida expirar.
La patria allí me lleva. Por la patria,
Morir es gozar más.*

Ese día a nuestro ángel le raparon el cabello, le coronaron la cabeza con un negro sombrero, le vistieron con el burdo uniforme del presidio, le fijaron un grillete en el tobillo de la pierna derecha y lo ciñeron a la cintura con una cadena. Pero sus alas no pudieron ser doblegadas. Así lo convirtieron en el preso número 113

de la Primera Brigada de Blancos, puesto que hasta en prisión la división del racismo continuaba.

En 1871 aquella cárcel cobijó las horas finales de vida de los ocho estudiantes de medicina inmolados el 27 de noviembre. En fecha similar, en el año 1925, ingresó en esta Julio Antonio Mella, y protagonizó allí la huelga de hambre que conmocionó a la nación entera para ganar la primera batalla pública a la tiranía machadista.

Del edificio solo se conservan hoy la capilla y cuatro celdas bartolinas en el centro del parque situado en Prado entre Cárcel y San Lázaro. En 1941 se decidió instalar una fuente de mármol cuya escultura, obra de Rita Longa, evoca a la madre patria en abrazo con sus hijos. Tristemente no se conservan los murales al fresco que realizó en ese año el pintor Domingo Ravenet para ambientar con motivos históricos la Capilla de los Mártires. Pero el recuerdo perdura en el mismo sitio donde se inicia la Ruta del Joven José Martí.

La escuela del martirio

Cada día, al amanecer y al atardecer, un ruido sordo y continuado quiebra la quietud de la Calle Ancha del Norte en La Habana. El arrastrar de los grilletes se confunde con el entrechocar de las cadenas y el lamento de los presos, cansados, adoloridos o enfermos, en su transitar por la calle ya conocida como San Lázaro, pues desembocaba frente el hospital de leprosos. El mismo nombre también lo recibían las canteras del presidio, ubicadas entre el cementerio Espada y la Batería de Santa Clara. Allí la vergüenza cotidiana del trabajo forzado se dirigía a arrancar la piedra necesaria para la pavimentación urbana y la obtención de cal. Los presos políticos trabajaban todos agrupados en La Criolla, primera sección de la cantera. La memoria estremecida de nuestro ángel recordaría después:

Dolor infinito [...] el más rudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella huellas que no se borrarán jamás [...] Dante no estuvo en presidio [...] ¡Horrorosa, terrible, desgarradora nada! [...] La fraternidad de la desgracia es la fraternidad más rápida. [...]

El prójimo doliente se le presenta en el niño Lino Figueredo, en el viejo Nicolás del Castillo, en el negro loco Juan de Dios Socarrás.

Durante cinco largos meses, entre abril y agosto de 1870, José Martí permaneció diariamente doce horas bajo el sol realizando las más duras faenas junto

a sus compañeros de prisión. De la escuela donde aprendía letras y ciencias había pasado rápidamente el excelente estudiante a la escuela del martirio.

En ese lugar, en la esquina de Hospital y Príncipe, en Centro Habana, se alza la Fragua Martiana, inaugurada el 28 de enero de 1952. Fue sede del Seminario Martiano de la Universidad de La Habana, dirigido por Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo del discípulo predilecto del Apóstol, y de la Asociación de Antiguos Alumnos del referido curso docente. Actualmente alberga un museo que atesora la segunda colección, en importancia, de objetos del héroe y a la Cátedra Martiana de ese centro de educación superior, gestada en 1984 bajo el influjo de los profesores Dolores Nieves Rivera, Oscar Valdés Carreras y Gonzalo de Quesada Michelsen.

Para evocar la senda de dolor de los presos políticos de la colonia, el 4 de abril de 2006 se inauguró la Ruta del Joven José Martí, y se develaron 15 tarjas conmemorativas a lo largo de 25 cuadras de la calle San Lázaro. El trayecto corresponde también al de las patrióticas manifestaciones de la Federación Estudiantil Universitaria, como la Marcha de las Antorchas de 1953, que se repite cada año. Esa ruta, que se inicia en la antigua cárcel, culmina en el Rincón Martiano de la Fragua donde se encuentran las imágenes del Apóstol Martí y del Preso 113, obras escultóricas de Teodoro Ramos Blanco y José Villa Soberón, respectivamente.

Muchas veces, guiados por sus maestros, niñas y niños pasan sus manos sobre la última piedra conservada de las canteras. Así, en sus palmas, llevan como lección que la gloria verdadera solo se conquista con la aspereza del martirio.

Promisoria dedicatoria

El fotógrafo abrió el trípode y sobre este puso la cámara de cajón. A prudencial distancia colocó la silueta de una columna hecha de cartón. La escena se organizaba en la Real Cárcel de La Habana, y el negocio parecía ser lucrativo, pues los presos enviaban sus imágenes como recuerdo a familiares y amigos.

Un joven quitó un negro sombrero de su cabeza y descubrió su frente, en la que imaginó “la estrella



que ilumina y mata”, erguido de pie sobre el yugo asido en su tobillo derecho. Al recibir la fotografía el 28 de agosto de 1870, José Martí estampó una dedicatoria:

Mírame, madre, y por tu amor no llores:

Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,

Tu mártir corazón llené de espinas,

Piensa que nacen entre espinas flores.

Varias veces se repitió el mismo acto en la antesala del despacho del Capitán General. Durante horas permanecía doña Leonor Pérez, acompañada de sus hijas, para lograr audiencia. Cuando la obtuvo, fue a rogar encañonadamente que sacara al joven hijo de las canteras. Martí había enfermado y tenía los ojos muy afectados por la cal.

Lo destinaron a la cigarrería de la cárcel donde adquirió la primera experiencia con la producción tabaquera, ámbito en el que muchos años después desarrolló su apostolado de redención patriótica. Posteriormente fue trasladado, en los primeros días de septiembre, a la Fortaleza de La Cabaña.

Conocía bien aquella institución castrense, sede del regimiento habanero del Real Cuerpo de Artillería. De niño la había visitado de la mano de su padre. Allí había presenciado la gala deslumbrante de las paradas militares y el trato rudo de los jefes con los humildes soldados. Su inteligencia infantil comprendió que aquellos hombres no gozaban de libertad. Cuba tampoco la tenía, por tratar de conseguirla, el ángel adolescente sufría entonces doloroso cautiverio.

Don Mariano Martí utilizó todos los recursos para salvar al hijo del presidio. Las relaciones de amistad no fueron suficientes. Como era conocedor de la corrupción de las autoridades españolas, se supone que haya comprado la conmutación de la pena que pesaba sobre el hijo. Seis años de trabajos forzados se convirtieron en igual tiempo de destierro. La suposición está basada en un indicio: don Mariano en ese momento había vendido varias casas de su propiedad que alquilaba en La Habana.

En espera de la salida a la península el joven fue deportado a Isla de Pinos, considerada la Siberia cubana. Permaneció en la finca El Abra entre el 13 de octubre y el 18 de diciembre de 1870. Todavía allí existe el reloj de sol que vieron sus ojos y que marca simultáneamente la hora de Cuba y de España. Hito horario que es símbolo del próximo período existencial de nuestro ángel: la vida en la metrópoli.

Acontecimientos

PALABRAS DE ARMANDO HART*

CASA / 50

CASA DE LAS AMÉRICAS 1959 - 2009

20 DE MAYO

El aniversario 50 de Casa de las Américas, institución emblemática de la obra de la revolución en el terreno de la cultura, nos convoca para la celebración jubilosa y también para la reflexión sobre los vínculos entre la política, entendida como categoría de la práctica, y la cultura apreciada en su integridad. La primera, caracterizada por Martí como un arte, y la segunda teniendo en cuenta que su aspiración superior es la justicia –“sol del mundo moral”– como postuló José de la Luz y Caballero.

Fue la visión de Fidel la que determinó haber situado a la heroína del Moncada, Haydée Santamaría, al frente de la institución. Ella, con refinada sensibilidad y lealtad a Fidel, poseía las virtudes necesarias para abrirle camino a los estrechos vínculos entre

la política y la cultura. Fue precisamente de esa extraordinaria sensibilidad de donde surgió su pasión por el arte y la cultura. Y así se comenzó a construir la maravilla que representa la obra de Casa de las Américas. En esa etapa inicial, le correspondió a Haydée establecer los estrechos vínculos entre la cultura cubana con la tradición intelectual y política latinoamericana y caribeña. En ella estuvo presente, desde el primer aliento de esta institución, una visión integral de la cultura que tiene en la justicia su primera categoría. Así también lo entendieron los verdaderos y genuinos intelectuales cubanos y latinoamericanos, y ella supo unir a prestigiosas figuras de Cuba y de Nuestra América en torno del trabajo de Casa de las Américas y en el apoyo a la Revolución cubana. Recuerdo a Mario Benedetti, a quien rendimos sentido homenaje de recordación por su reciente fallecimiento, a Roque Dalton, Ezequiel Martínez Estrada, Manuel Galich, Alejo Carpentier,

* Pronunciadas en el acto de homenaje de la Sociedad Cultural “José Martí” a Casa de las Américas, por el 50 Aniversario de esa institución.

Mariano Rodríguez, entre otros. Ello permitió a Casa de las Américas crear ese enlace original con todo el movimiento de la cultura en el siglo xx.

Hoy Casa de las Américas se ha convertido en un símbolo de la cultura cubana y de su entrelazamiento con la cultura latinoamericana y caribeña y universal. Esto no se podía alcanzar con una visión fragmentaria y distante de la integralidad de la cultura. Así lo entendieron los verdaderos y genuinos intelectuales cubanos y latinoamericanos, lo que permitió su enlace original con todo el movimiento de la cultura en el siglo xx.

Y ello fue posible porque los cubanos contamos con una tradición intelectual que se remonta a los tiempos forjadores de la nacionalidad. Luz y Caballero dijo que Félix Varela fue el hombre que nos enseñó primero a pensar. Podríamos agregar: Luz nos enseñó a conocer; y Martí, sobre la base de esta tradición y de su genio, a actuar. Por último, sobre estos fundamentos Fidel Castro nos ha enseñado, y nos continúa enseñando, a vencer. Pensar, conocer y actuar en función de los intereses de los pobres y de toda la humanidad están en la raíz de la cultura decimonónica cubana que constituye el fundamento de la cultura general integral que las más importantes figuras de nuestra intelectualidad han sustentado.

Como una singularidad de nuestro devenir histórico, en Cuba se produjo una vinculación muy estrecha entre el movimiento intelectual, artístico y literario, y el movimiento social y político. Cuando el movimiento artístico y literario se articula con el de carácter científico natural, aparecen con claridad ante nosotros los caminos políticos que requiere la nueva época.

Bien se sabe que he venido insistiendo siempre en ello y hoy lo hago, más que nunca antes, porque ahí está la clave de por dónde empezar para enfrentar el drama de nuestra época. Esto es hablar de Martí, de Mella y de otros muchos intelectuales y personalidades de la tradición cubana. Esta es una de las grandes enseñanzas válidas para los que crean arte, educación y cultura, y válida también para los que hacen política. Olvidar una de estas dos dimensiones o ponerlas en antagonismo y no relacionarlas, le hace daño al socialismo. Esta es la dolorosa experiencia de la historia socialista tras la muerte de Lenin. Articularlas debidamente es estar a la altura de Martí y de Fidel. De ahí nuestra insistencia en la necesidad de vincular el movimiento universitario y académico en general con el movimiento social y político.

Nuestro Apóstol dijo que honrar, honra, y siguiendo su ejemplo hoy la Sociedad Cultural José Martí

expresa con este acto el reconocimiento sincero al medio siglo de existencia de Casa de las Américas, a sus fundadores, a todos sus trabajadores y, de manera especial, a su presidente, el amigo, el hermano Roberto Fernández Retamar, que ha puesto su prestigio como destacado intelectual y su entrega apasionada a esta labor para engrandecer la obra recibida y ponerla en sintonía con los nuevos tiempos. Nuestra sincera felicitación por el otorgamiento de la Orden José Martí, que él merece tanto por su labor al frente de la institución como por su condición de estudioso y profundo conocedor de la obra martiana.

El aniversario 50 de la Casa es ocasión propicia para extraer las enseñanzas teóricas que nos brinda la rica experiencia acumulada para asegurar el desarrollo de la Revolución en la centuria que comienza.

Vivimos tiempos difíciles cargados de amenazas para la existencia de la humanidad y con una crisis económica capitalista muy profunda, de carácter internacional, que afecta en mayor medida a los países más pobres. Es en medio de estas realidades que nuestro pueblo lleva adelante su revolución y, desde luego, ellas marcan también el carácter de muchas de las dificultades que debemos enfrentar y superar.

Por ello, ejemplos como el que nos brinda Casa de las Américas deben ser tomados como bandera para que la cultura cubana continúe desempeñando, como hasta aquí, el papel de escudo de nuestra identidad y de sus componentes esenciales, y que hacen posible la existencia de Cuba como nación independiente y soberana.

Entre las enseñanzas que este aniversario nos brinda, figura la certeza de las ideas de Fidel, el Che, y otros revolucionarios y combatientes que propiciaban los caminos de la revolución socialista. No les hicieron caso, y ahí está la esencia del disparate que desembocó en el colapso del llamado "socialismo real".

La transformación revolucionaria no puede hacerse sin concebir los métodos y modos de alcanzarla, y estos constituyen fuentes esenciales del pensar filosófico que se requiere hoy. De otro modo nos quedaríamos en simples formulaciones. Se necesita, por tanto, de la práctica educacional y de la práctica política, específicamente lo que he llamado cultura de hacer política. Distanciar la filosofía de la educación y la política no nos permitirá jamás arribar al pensamiento filosófico que, partiendo del inmenso saber de Marx, Engels y Lenin, constituya una guía certera para interpretar los complejos fenómenos de los albores del siglo xxi. Y hacerlo sin ismos excluyentes con el método filosófico de la mejor tradición espiritual

cubana, es decir, el electivo, que tiene como guía la justicia, principal categoría de la cultura.

En esta nueva época la clave está en probar que el hombre solo puede enfrentarse a los dramas de nuestra época con la cultura, y específicamente con la ética y la práctica política fundamentada en ella.

Reitero mi homenaje a Casa de las Américas con el recuerdo emocionado de su fundadora Haydée Santamaría y les deseo a todos los que integran su colectivo de trabajo, encabezado por Roberto Fernández Retamar, muchos éxitos en los empeños presentes y futuros de Casa de las Américas.

Mensaje al Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba

ARMANDO HART

El momento que viven Cuba, Nuestra América y el mundo exige de los escritores y artistas una vinculación, de manera creadora, con la política culta fundamentada en la tradición intelectual de la nación cubana con su aspiración a una cultura general integral. Ahí está la clave de lo que Martí llamó el arte de hacer política y que él define de la manera siguiente:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reverses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación, cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.¹

Investigar, estudiar y promover iniciativas que se correspondan con esa tradición intelectual constituye hoy un imperativo que se corresponde con las enormes responsabilidades que tenemos porque no estamos defendiendo solo la cultura cubana, sino también su influencia necesaria en la cultura latinoamericana, caribeña e incluso mundial. La cultura que representan Martí y Fidel tiene responsabilidades universales.

Esa articulación entre cultura y política se fundamenta en sólidos principios éticos que nos vienen de una larga tradición que no puso en antagonismo la ciencia con los principios éticos cristianos y que permitió que estos últimos fueran asumidos tanto por creyentes como por aquellos que no lo son.

He ahí uno de los aspectos esenciales para abordar el tema del nuevo pensa-

miento filosófico que requiere el siglo XXI y que debe servir de punto de partida para alcanzar ese mundo mejor al que aspiran millones de seres humanos en todo el planeta.

Para ello debemos desterrar definitivamente los ismos que debilitan la actividad creadora del hombre y apoyarnos en el método electivo de la tradición filosófica cubana del siglo XIX, que se sintetiza en aquella fórmula del propio Luz y Caballero: "Todos los métodos y ningún método, he ahí el método."

Como he repetido en diversas ocasiones, en Cuba los pensadores de las ciencias sociales y humanistas, y los artistas que se han acercado al ideal de justicia universal han alcanzado una alta dimensión. Los modernos avances de las ciencias del hombre han probado que aquellos que abrazaron con pasión el ideal de hacer un buen arte lograron alcanzar lugares sobresalientes.

Partiendo de estas ideas proponemos diseñar en el seno de la UNEAC un programa martiano con el nombre "El arte de hacer política" dirigido a promover la articulación entre cultura y política, y para que sirva de vehículo organizador fundar un club martiano que auspiciará esa línea de trabajo y tendrá por nombre "La idea del bien".

Este nombre se inspira en lo expresado por el Apóstol en *El presidio político en Cuba* que redactó y publicó con dieciocho años, durante su primera deportación a España, después de haber sufrido la experiencia terrible a los dieciséis de la cárcel y los trabajos forzados en las canteras de San Lázaro. Allí señaló:

Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. [...] La lágrima es la fuente de sentimiento eterno.²

El programa de trabajo del Club debe estar encaminado a exaltar el valor de la subjetividad en los procesos sociales, culturales y políticos, y a subrayar el acento utópico presente en la tradición intelectual de Nuestra América y, dentro de ella, la importancia de la ética y la juridicidad. Como prueba de ello, mostrar que las corrientes más universales de la cultura que llaman de occidente se produjeron en la segunda mitad del siglo XX en América Latina y el Caribe enfatizando el alcance universal del pensamiento latinoamericano y su vínculo con las figuras más importantes de la historia de la humanidad que le precedieron o fueron sus coetáneos.

Tendría también como líneas propias de trabajo el principio de que la cultura es el motor principal de la economía y el estudio de los fundamentos históricos y perspectivas de lo que hemos llamado la cultura Maceo-Grajales que es la visión que nos aporta de los ideales de la modernidad la población de origen africano del Caribe.

Por último, sugiero aunar esfuerzos para erigir un monumento a Mariana Grajales, madre de la patria, en los alrededores del aeropuerto de Santiago de Cuba e incluir en su entorno a tres mujeres hijas de Mariana: Celia Sánchez, Haydée Santamaría y Vilma Espín.

7 de julio de 2009

¹ José Martí, *Obras completas*, t. 14, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 60.

² J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 45.

La Edad de Oro, empresa editorial martiana*

MISAEEL MOYA MÉNDEZ Y YOSBANY VIDAL GARCÍA



José Martí llegó a la edición muy tempranamente, en vínculos, sobre todo, con sus empresas de carácter periodístico (revistas y diarios). Por esa misma vía, su labor editorial se relacionó con sus caros objetivos de desarrollo cultural para los pueblos latinoamericanos.

La revista *La Edad de Oro* –publicación mensual de recreo e instrucción dedicada a los niños de América, en la cual se potencia el didactismo y se hace evidente la capacidad para materializar su “tentativa de editor”– se edita en una época en la que lo usual

A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.—Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.

JOSÉ MARTÍ

Carta a Manuel Mercado (3 de agosto de 1889)

y cotidiano respecto a publicaciones infantiles carecía, de cierta forma, de un objeto editorial de mayor envergadura; por ello, en función de su objetivo revolucionario, vinculado a empeños de carácter intelectual, también concibe la educación cultural del niño. Su actividad editorial constituía un arma en función de dicho propósito.

En el ámbito vital de Martí se produjo más de una fundación editorial, pero no existirá en toda su trayectoria creación más perfecta ni más trascendente para las letras hispanas que la revista *La Edad de Oro*. Como parte de su fundación, resulta necesario acercarse al texto martiano con el cual se le dio promoción desde antes de que sus cuatro números fueran una realidad palpable. Texto en el que se revelan casi todos los puntos clave de la concepción y el proyecto de la revista, y que constituye todo un manifiesto de tipo editorial.¹ Por tal motivo, merece un despiece y comentario particular párrafo por párrafo.

Primer párrafo. Anuncia su salida, frecuencia, contexto geográfico y cultural al cual va dirigida, utilidad y carácter didáctico ligado a la necesaria consecución del goce estético:

Cada día primero de mes se publicará en Nueva York un número de LA EDAD DE ORO, con artículos completos y propios, y compuesto de manera que responda a las necesidades especiales de los países de habla española en América, y contribuya todo en cada número directa y agradablemente a la instrucción ordenada y útil de nuestros niños y niñas, sin traducciones vanas de trabajos escritos para niños de carácter y de países diversos.

Segundo párrafo. Reconoce el carácter comercial de la revista dado que la asume como una “empresa”, enfatiza en su público infantil americano y en los

* El presente texto constituye una versión abreviada de Misael Moya y Yosbany Vidal, *Martí, editor*, Letras Cubanas, La Habana, 2008, a propósito de celebrarse el 120 Aniversario de *La Edad de Oro*.

¹ José Martí, *Obras completas*, t. XVIII, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1966, pp. 295-296.

objetivos instructivos, al particularizar en los efectos esperados en los infantes (ocuparlo, regocijarlo, enseñarle, contarle, estimularle...) y en aspectos clave de su interés (historia pasada y contemporánea, el sentimiento, la poesía y la creación, las “leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar”):

La empresa de LA EDAD DE ORO desea poner en las manos del niño de América un libro que lo ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boya, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo; a estudiar de preferencia las leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar por la gloria de su nombre y las necesidades de sustento.

Tercer párrafo. Prosigue la relación del párrafo anterior; agrega ahora otros elementos que, unidos a los anteriores, cierran una exposición detallada acerca del contenido y su balance general en la revista, tanto temático como genérico; declara la política editorial en lo concerniente a los títulos como aspecto clave para la publicación de un texto, y considera para ello un motivo esencial que ha de cuidarse y que es la conservación del joven lector a toda costa, para lo cual se harán las debidas concesiones:

Cada número contendrá, en lectura que interese como un cuento, artículos que sean verdaderos resúmenes de ciencias, industrias, artes, historia y literatura, junto con artículos de viajes, biografías, descripciones de juegos y de costumbres, fábulas y versos. Los temas escogidos serán siempre tales que, por mucha doctrina que lleven en sí, no parezca que la llevan, ni alarmen al lector de pocos años con el título científico ni con el lenguaje aparatoso.

Cuarto párrafo. Comunica que la revista contempla ilustraciones, como elemento de peculiar atractivo para toda empresa editorial dirigida a los niños, y enfatiza en la calidad tanto de la selección como del cuidado en la reproducción, en busca, supuestamente, de atraer a los padres, que suelen

ser el público que compra los libros y revistas para los infantes, y que estiman grandemente el aspecto visual; asimismo, hace énfasis en el logro de valores como la “limpieza”, el “orden” y el “arte” desde la imagen de la publicación:

Los artículos de LA EDAD DE ORO irán acompañados de láminas de verdadero mérito, bien originales, bien reproducidas por los mejores métodos de entre las que se escojan de las obras de los buenos dibujantes, para completar la materia escrita, y hacer su enseñanza más fácil y duradera. Y el número será impreso con gran cuidado y claridad, de modo que el periódico convide al niño a leerlo, y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte.

Quinto párrafo. Describe las características morfológicas del producto editorial, a partir de la cantidad de páginas, la disposición del texto en columnas, los aspectos tipográficos y del papel; e insiste nuevamente en el dato comercial relativo a la inclusión de ilustraciones, algunos de cuyos temas precisa:

El número constará de 32 páginas de dos columnas, de fina tipografía y papel excelente, con numerosas láminas y viñetas de los mejores artistas, reproduciendo escenas de costumbres, de juegos y de viajes, cuadros famosos, retratos de mujeres y hombres célebres, tipos notables, y máquinas y aparatos de los que se usan hoy en las industrias y en las ciencias.

Sexto párrafo. Explica lo relativo a la comercialización de la revista, y realza el nivel de la publicación al enfatizar acerca de su destino multinacional. Cierra con todo un comercial sobre las facilidades de venta y adquisición para públicos diversos:

Los números se venderán sueltos en las agencias del periódico, y en las principales librerías de cada país, a 25 centavos. Se reciben pedidos por semestre en la administración, *New York, William Street 77*, acompañados de su importe, para facilitar la adquisición del número a los que residan en lugares donde no haya librerías, o en cuyas librerías no esté de venta LA EDAD DE ORO.

En ese texto de objetivo comercial se ha reiterado cuatro veces el título, de modo que es clara la intención de fijarlo rápidamente en el público. Lo anterior da prueba de las dotes martianas para la



redacción de tipo publicitaria, que es parte también del ejercicio del editor, y posibilita despertar la curiosidad del niño por la siguiente edición y garantizar la insistencia infantil sobre el público adulto que le procura la revista.

La empresa que constituyó *La Edad de Oro* ofreció al héroe, incluso, la posibilidad de desempeñarse como editor en lo relativo a la selección, preparación, redacción y otros aspectos del proceso editorial que suponen trabajo directo con el texto. (Al parecer, en manos del editor Da Costa Gómez quedó únicamente lo relativo al respaldo financiero del proyecto. Si llegó a intervenir o no en lo relativo a la gestación y concepción de algún número, no se han encontrado testimonios que lo respalden.)

Las funciones de dirección, selección y presentación se manifestaron con resultados de gran excelencia. Dirigió la concepción de cada uno de los cuatro números y seleccionó los materiales que debían conformar cada entrega –ejercicio en el cual tuvo que enfrentar los imprevistos propios de esta profesión– y redactó no solo la presentación, sino también la despedida. La presentación no se limitó solamente a introducir los materiales como tal, sino a contribuir al objetivo de colaborar en la educación más plena del joven lector, ayudando –a manera de un editorial periodístico– a crear modos de mirar, de pensar y de actuar. La revista demostró que *seleccionar* exige no solo del complemento *presentar*, sino también del complemento *concluir*.

Al seleccionar, era necesario ordenar los textos de manera práctica y, en casi todas las ocasiones, redactar esos textos complementarios que suelen denominarse notas, prólogos, advertencias, sumarios...; es decir, los paratextos, como “La última página”, tipo epílogo. Más que la óptica editorial de presentación, estamos en presencia de una larga carta, por el lenguaje que se emplea, por el tono de intimidad y confianza con que se conversa, y por el cúmulo de novedades que les promete a los niños:

LA EDAD DE ORO se despide hoy con pena de sus amigos. Se puso a escribir largo el hombre de LA EDAD DE ORO, como quien escribe una carta de cariño para



personas a quien quiere mucho, y sucedió que escribió más de lo que cabía en las treinta y dos páginas.²

Cada “última página” es en sí un recuento de lo anterior, y a la vez que abre nuevas expectativas en torno al número siguiente, comienza y redondea motivos que son interesantes por sí mismos; pero que, quizás, por razones editoriales no pueden desarrollarse en un artículo, crónica o cuento en sí. Todas ellas conforman un sistema, un código que reclama y viabiliza la lectura.

Con la presentación de cada número de la revista Martí contribuye a la educación y superación del joven lector. La originalidad se muestra en el modo epistolar elegido por el redactor. Pero la más completa presentación es la que aparece en el primer número, bajo el título “A los niños que leen *La Edad de Oro*”:

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. [...] Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora.³

Como se aprecia, en esa presentación se dirige en tono conversacional a los niños y les hace partícipes de sus propósitos; los mismos que había difundido antes en la nota promocional, cuyo público no eran



² *Ibidem*, p. 349.

³ *Ibidem*, p. 301.

entonces los niños, sino los padres y adultos. Ahora la originalidad se muestra en el ajuste del tono.

El más serio problema de dirección se le presentó a Martí cuando el financista, el brasileño Aarón Da Costa Gómez, pretendió que se introdujeran en las páginas –por exigencias que le formularan desde algunos sectores sociales, o también por sus propias convicciones y por el miedo al descenso de las ventas– ideas oscurantistas como el temor a Dios. En ese momento, el editor-director que es Martí entra en desacuerdo con el editor-financista que es Da Costa y se impone la voluntad martiana; pues la revista era el intento de desarrollar en los niños una moral basada en el deber y no en el temor.

Al analizar este suceso habría que preguntarse por qué, en una empresa bien nacida e instaurada, una desavenencia que se relaciona con los objetivos centrales de la publicación –dirigida a llevar la luz del conocimiento y no del oscurantismo a los niños– es ganada por el editor-director, que sería fácilmente sustituido por decisión de los financistas. La respuesta es sencilla: *La Edad de Oro* no es la revista de Da Costa sino de José Martí, que incluso escribe: “Es la primera vez, a pesar de lo penoso de mi vida, que abandono lo que de veras emprendo”.⁴

En la suspensión de la salida de la revista dos aspectos se hicieron evidentes: uno, que Martí era en sí mismo el “todo” de la publicación seriada y su labor multifacética era insustituible; y el otro, que era un editor con carácter, un revolucionario con personalidad que no hacía concesiones ni a un proyecto editorial, si en él cifraba esperanzas tan grandes como las que albergaba en torno a la educación y la cultura del hombre nuevo de la América Latina.

Debemos señalar, además, que Martí era el punto de partida de su propia gestión editorial; es decir, la primera garantía de fuentes abastecedoras de textos para su revista. Pero también admitía la presencia de textos traducidos o escritos por otros autores, algunos de ellos tomados de fuentes diversas ya públicas como por ejemplo: “Meñique” y “El camarón encantado”, de Laboulaye (traducción del francés); “Cada uno a su oficio”, de Emerson (una versión nueva); “Los

dos príncipes” (idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson); “Músicos, poetas y pintores”, de Samuel Smiles; “Los dos ruseñores”, de Andersen (una versión libre)... En el texto promocional analizado antes, alude a “temas escogidos” y a ilustraciones lo mismo “originales” que “reproducidas”.

Para Martí, traducir no se limitaba solamente a transcribir de un idioma a otro y dar muestra de las dotes en el conocimiento del lenguaje ajeno; en carta a María Mantilla desde Cabo Haitiano, el 9 de abril de 1895, expone claramente que la traducción que se realice de cualquier texto, sea en prosa o en verso, ha de ser natural y en un castellano sin manchas, para que parezca como si el texto hubiese sido escrito en la lengua a la que se traduce: “Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música.”⁵

Sobre el proceso de gestión editorial, en “A los niños que leen *La Edad de Oro*” sobresalen apuntes que comunican una intención enteramente revolucionaria para las letras de su época; hace claro su propósito de obtener colaboraciones propiamente infantiles, valga decir: producidas por los propios niños, lo cual forma parte del proyecto de gestión editorial por medio del cual todo editor tiene previstas las fuentes nutrientes para su editorial o su revista. Martí

eleva a los lectores al nivel de productores culturales, y su propósito de gestar ediciones con textos de tal origen –que no suele enfocarse como parte de su gestión editorial– sí ha sido, de cualquier modo, notablemente estimado.

Una relectura al texto promocional permite advertir el interés martiano en la calidad del componente visual de la revista. En *Ismaelillo* Martí propició sobre todo la realización de dibujos y viñetas más metafóricas que ilustrativas. Ello se debió, sin duda, al hecho de ser un poemario; pero en *La Edad de Oro* las ilustraciones muestran intenciones distintas y una selección a partir de criterios muy firmes, que solo podían ser del propio redactor que incluso hace públicas tales intenciones. La correspondencia texto-ilustración muestra una intención más didáctica (donde las ilustraciones buscan esa



⁴ *Ibíd.*, p. 154.

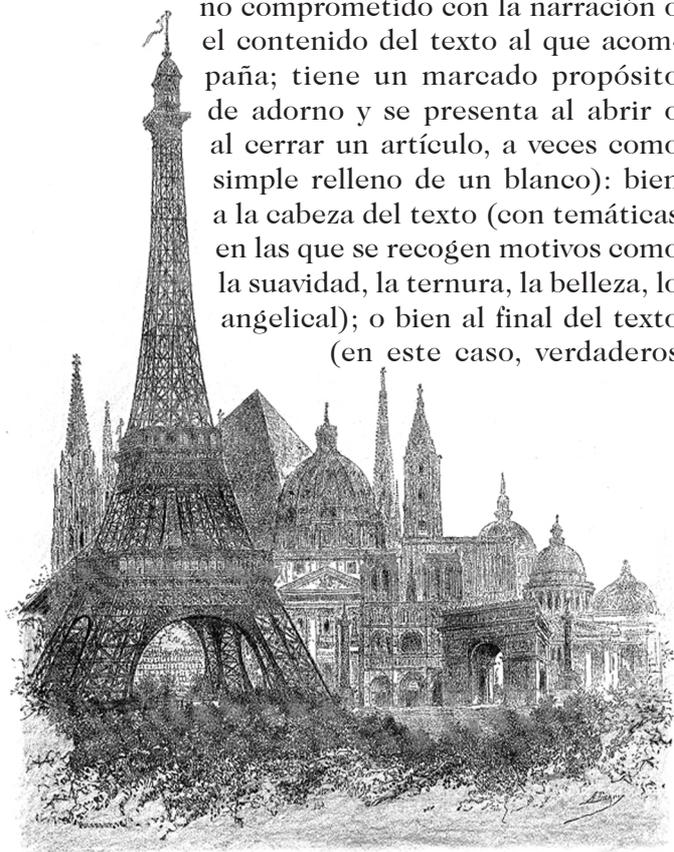
⁵ *Ibíd.*, t. XX, p. 217.

relación con la narración o el motivo que se describe o expone, porque intentan potenciar el didactismo de la revista). Habría en Martí, entonces, una clara distinción entre el valor sugestivo y metafórico de una ilustración concebida para un poema, y entre la lámina puramente educativa, aunque porte también valores artísticos.

Con excepción del grabado de la pintura titulada *La Edad de Oro*, obra original del pintor alemán Edward Magnus, la cual se afirma fue sugerida por Aarón Da Costa para el primer número de la revista (a la que propuso el mismo título), el resto del material gráfico fue seleccionado por Martí a partir de obras conocidas del arte internacional, aprovechando sus valores didácticos, sus posibilidades propiamente ilustrativas, documentales y educativas. Para el caso concreto del texto “La exposición de París”, utilizó las ilustraciones de un ejemplar de la revista *La exposición de París*, que circuló contemporáneamente y a la que debió tener acceso en su tiempo.

La revista posee alrededor de 89 imágenes distribuidas en viñetas, grabados, retratos y dibujos; todas ellas con una calidad ilustrativa y estética significativa. En el primer número, correspondiente al mes de julio de 1889, se aprecian dos ubicaciones de las viñetas (ilustración alegórica o, simplemente, dibujo

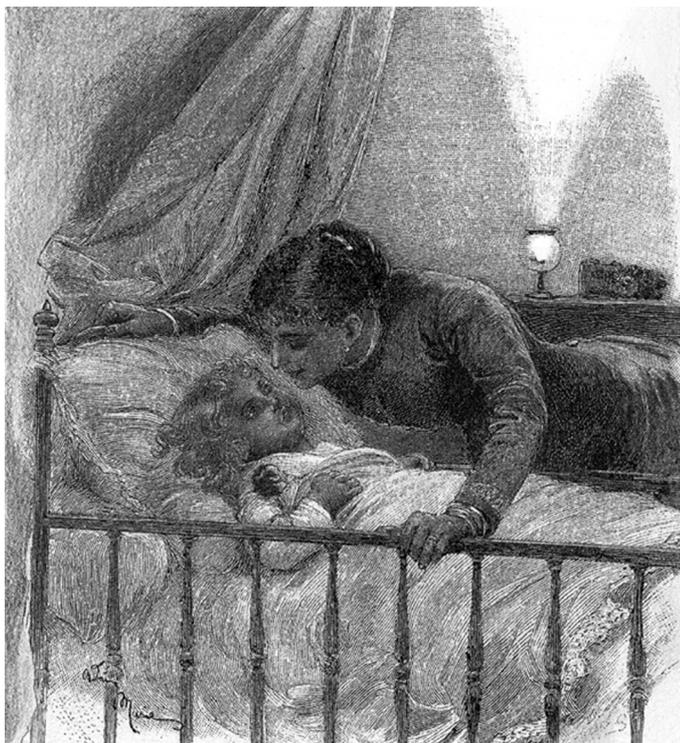
no comprometido con la narración o el contenido del texto al que acompaña; tiene un marcado propósito de adorno y se presenta al abrir o al cerrar un artículo, a veces como simple relleno de un blanco): bien a la cabeza del texto (con temáticas en las que se recogen motivos como la suavidad, la ternura, la belleza, lo angelical); o bien al final del texto (en este caso, verdaderos



decorados florales que resaltan dragones o ramos de flores). Los próximos números mantienen esa preferencia por el empleo de las viñetas al final de los textos.

Los cuatro ejemplares de la revista poseen la misma tipología de imágenes: grabados, retratos y dibujos, aunque entre ellos existen algunas diferencias, que dependen sobre todo de la temática del texto que se ilustra. Martí poseía gusto por lo artístico y una preocupación por la realización gráfica y el diseño del texto. Sobresalen los grabados que constituyen maravillosas reproducciones de cuadros de artistas célebres, como el de *Las hermanas floristas*, a partir de la obra de Luis de Becchi (frontispicio de la revista del mes de agosto). Aunque todas las ilustraciones tuvieron técnicamente que ser convertidas en grabados para los fines editoriales, se clasifican como tal aquellas que, siguiendo la tradición de la época, reproducen grandes cuadros de la pintura universal.

Los retratos, concentrados principalmente en las dos primeras publicaciones, regalan las imágenes de hombres ilustres y valientes de todos los tiempos, como se muestra en “Tres héroes”, en “Músicos, poetas y pintores”... Constituyen ilustraciones, aquellas que retratan personalidades trascendentales del arte o la historia; tienen un claro propósito de familiarización del joven lector con dichas figuras. Los dibujos destacan las relaciones que se establecen entre la imagen y el texto; se refuerza el interés educativo y se viabiliza la atracción por este periódico en los niños americanos. Por tal motivo, se encuentran dibujos de temáticas infantiles; así, los de Adrien Marie, en



actitudes fantásticas o reales como los de “Nené traviesa” o “La muñeca negra”.

Aunque Martí no quiso comercializar una de sus obras más queridas —el *Ismaelillo*—, no cabe duda de que esa constituyó una excepción a la regla; pues, recurrentemente, ofrece testimonios de la importancia que atribuye en el plano económico a las inversiones que hace con el fruto (honorarios) de su labor como autor y como traductor. Comercializar era imprescindible tanto para rescatar la inversión que Da Costa realizaba como para sostener todo el aparato de distribución. (Mientras que distribuir supone un plan de áreas que deben ser cubiertas, es decir, responde a un proyecto, comercializar supone venta en moneda para rescatar inversiones y obtener ganancias que permitan el sostenimiento y crecimiento de una empresa. Esta diferencia debe tenerse en cuenta.)

La distribución era un punto al cual había que dedicar atención, como acción casi última del ejercicio de la edición, y es por eso que no parece pretender que quede un solo país latinoamericano sin acceso a su revista, ni un solo lector potencial sin la oportunidad de leerla. Recuérdese que desde el texto promocional ya aludía a ello y explicaba las posibilidades y garantías que estaban dispuestos a ofrecer como empresa.

La comercialización, entonces, tenía que ir de la mano de la distribución; y distribuir, que suponía

estudiar al receptor de la obra y favorecer el acceso de manera equilibrada y justa, tenía que implicar a la vez el comercio o la venta del producto editorial. Así, en carta a Manuel Mercado, fechada en New York el 3 de agosto de 1889, expone aspectos comerciales con los que la venta podría rescatar inversiones, aportar ganancias de empresa a unos y otros participantes en el negocio (distribuidores del producto):

[...] hoy quedan puestos en el correo a su dirección —nombre sin señas— quinientos ejemplares del primer número de “La Edad de Oro”. [...] le ruego que, en su capacidad personal, ayude a “La Edad de Oro” en México como si fuera cosa de Ud., pero de manera que no le emplee tiempo, sino vigilancia y cariño;—que le haga, al editor y a mí, el favor de poner sin demora estos 500 números, menos los que Ud. quiera distribuir por sí, en manos de un agente central que los reparta por las ciudades principales [...] que con la ayuda de las circulares y cartelones que por separado le envío, vigile porque el agente haga de modo que sus esfuerzos coadyuven a los que desde aquí hará la Administración para atraer la atención del público y de los gobiernos sobre una empresa en que he consentido entrar [...]

[...] Sobre condiciones de Agencia, la Admón. dará el 25 % del producto de la venta. Y si pasaren de 1,000 los ejempl. vendidos, ofrecerá mejores términos.⁶

Como se ha podido evidenciar, en la cita anterior se insiste en las facilidades de adquisición que ofrecen debido a las distancias existentes entre unos y otros países, con sus lógicas dificultades para el comercio rápido; en ella queda clara la imposición de un precio, elemento básico de toda comercialización, y las facilidades para que no se vea obstaculizada la

⁶ *Ibidem*, t. XX, pp. 146-147.



correcta distribución (en tanto acceso) del producto aún en territorios y sectores sociales donde el poder adquisitivo no muestre una solvencia adecuada.

Cada número de *La Edad de Oro* posee, además, un sumario en el que se recogen los textos que aparecen publicados, pero también se alude (a manera de anuncios) a otros que aparecerán en próximos números; excepto la última entrega, correspondiente al mes de octubre de 1889. Si bien en cada revista se exponían los textos que serían de utilidad y disfrute para sus lectores, no en todos los números esa planificación trazada de antemano fue respetada al ciento por ciento. Hubo una situación muy especial en la cual lo imprevisible se hizo presente y el editor tuvo que hallar soluciones adecuadas.



Ya en el primer número se anunciaba que en el siguiente sería publicado el trabajo “Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo”, pero llega ese segundo número y no aparece el artículo prometido. No aparece ninguna nota explicativa, y nuevamente se anuncia la publicación del trabajo, calzado con ilustraciones, en el tercero. Se hace realidad esa tercera entrega de la revista y se nota mucho más la falta de dicho trabajo en sus páginas. Ahora sí el editor no puede ignorar la situación, en la cual el texto más prometido y anunciado no se hace presente, y resuelve dirigirse de manera respetuosa al pequeño lector para las debidas explicaciones.

Es evidente que el incumplimiento reiterado de su promesa podía adquirir para los niños los visos de una mentira, por ello asume la sinceridad como única justificación. A la vez, con su explicación consigue

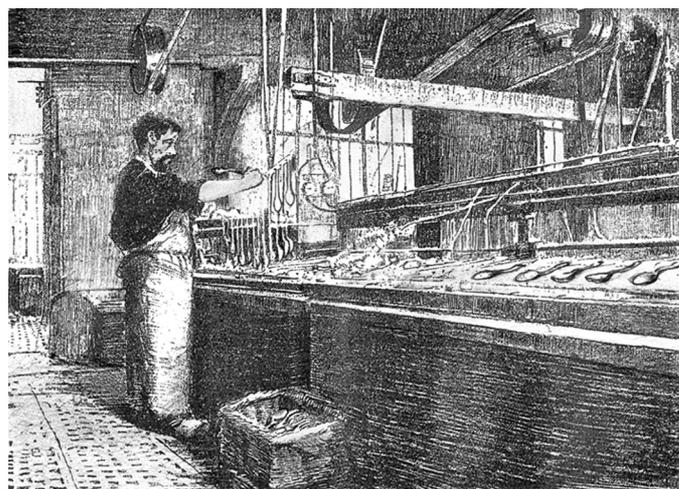
introducir al niño en el mundo de la edición y sus problemas, lo hace partícipe de la situación creada por la necesidad de mucho espacio para el artículo prometido, es decir, le presenta el problema tal cual es y lo hace pensar como piensa él mismo, para que el niño entienda y acepte el proceder por medio del cual se ha generado ese incumplimiento.

Sólo que en todo lo de esta vida hay siempre un desventurado. Y el desventurado de LA EDAD DE ORO es el artículo sobre la *Historia de la Cuchara, el Tenedor y el Cuchillo*, que en cada número se anuncia muy orondo, como si fuera una maravilla, y luego sucede que no queda lugar para él. Lo que le está muy bien empleado, por pedante, y por andarse anunciando así.⁷

La explicación deviene entonces muy educativa; ha conseguido que el anuncio reiterado de la historia en cuestión, y su continua ausencia en la revista, funcionaran a favor de dicho trabajo, al hacer crecer insistentemente el interés del lector por su lectura; dicho de otro modo, funcionó desde un punto de vista comercial, publicitario.

Como se ha podido corroborar, *La Edad de Oro* constituye una de las mejores pruebas de las dotes martianas como escritor y de su capacidad para emprender proyectos editoriales con un objetivo general (en este caso, la educación y superación del hombre latinoamericano desde su niñez) y varios objetivos particulares, sobre la base de un conjunto de principios de trabajo bien definidos que atañen al funcionamiento de una empresa. La revista para los niños de América evidencia que Martí es el vivo ejemplo del editor ideal: culto, emprendedor y laborioso, comprometido políticamente con los más caros valores morales y culturales del hombre.

⁷ *Ibíd.*, p. 455.



Panchito Gómez Toro sus vínculos con Martí

RAMIRO VALDÉS GALARRAGA

Francisco Gómez Toro, *Panchito*, es conocido por el pueblo cubano como el ayudante de Antonio Maceo que murió asesinado junto a él, en el combate de San Pedro, en Punta Brava; pero apenas se sabe que fue el revolucionario más valioso y útil con que contó Martí en su último viaje de organización de la “guerra necesaria”, en 1894, por las Antillas y Centroamérica y que fue su valiente secretario.

Se conocieron en 1892, en la primera visita de Martí a Santo Domingo. Panchito era entonces un adolescente de dieciséis años. Había nacido en Cuba, en plena guerra, en una zona conocida como La Reforma, Sancti Spiritus, el 11 de marzo de 1876. A pesar de sus pocos años, era prácticamente un hombre. Poseía un carácter noble y una gran disposición para el trabajo, lo que unido a su jovial pero respetuoso comportamiento, produjo una grata impresión en Martí. Más tarde entre ambos creció una profunda amistad. Este mutuo entendimiento y cariño tenía sus antecedentes: Martí había vivido muy poco junto a su Ismaelillo, a quien dejó de ver para siempre en 1891, cuando tenía doce años.

La preparación de la guerra se estaba desarrollando exitosamente y Gómez decidió viajar a Nueva York para comprobar personalmente cómo estaba la situación. Llegaron él y su hijo Panchito el 8 de abril de 1894. Martí los recibió personalmente. Se dirigieron a la casa de la familia Mantilla, donde se alojaron. Después de un breve descanso, partieron hacia Central Valley para analizar la situación con Tomás Estrada Palma, quien dirigía una escuela en ese lugar.

El siguiente paso fue visitar Philadelphia donde se estaba organizando un fuerte movimiento de apoyo a los ideales libertarios. Fueron recibidos con grandes muestras de solidaridad y simpatía, y de allí regresaron a Nueva York. Después de este recorrido, Gómez se veía muy regocijado y Panchito comenzaba a recibir sus primeras experiencias revolucionarias.

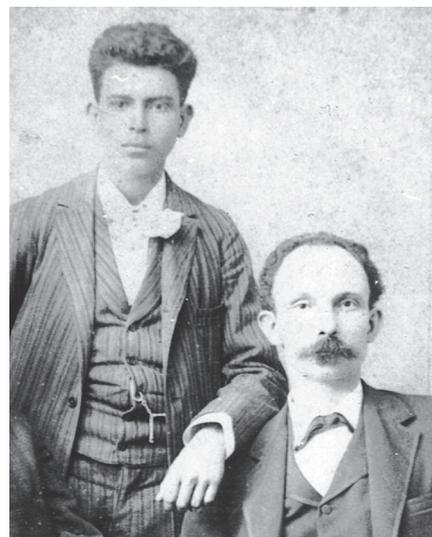
Martí le había pedido a Gómez que le dejara a su hijo Panchito para que lo acompañara en un recorrido que haría por Centroamérica, por lo que Gómez, después de comprobar la gran organización y apoyo que tenía la revolución, regresó a Santo Domingo el día 21 y dejó a Panchito con Martí.

Durante casi un mes, Panchito y Martí permanecieron en Nueva York, tiempo que aprovechó Martí para confiarle sus planes al joven e ir introduciéndolo en la vida revolucionaria. Pudo comprobar hasta qué punto Panchito amaba la revolución y las excelentes condiciones personales que poseía, así como la manera en que coincidía con sus propósitos e ideales.

El día 21 de mayo, se hicieron a la mar rumbo a Cayo Hueso en el vapor *Mascotte*, para comenzar la gran tarea de propaganda que les aguardaba. Cuando llegaron, Martí puso al corriente a Panchito de todo lo sucedido a principios de año en aquella ciudad, construida por los cubanos y que ya se había convertido en un dolor de cabeza para los yanquis. Como resultado de una huelga, provocada por el gobierno americano, varias empresas tabacaleras se habían trasladado hacia Tampa. En parte, se había logrado el objetivo principal, es decir, eliminar la contribución de los trabajadores, que ya era considerable. En el mitin de masas que se produce en el Liceo Cubano, Martí, en una extensa intervención, informa a los trabajadores la necesidad de continuar sus esfuerzos y advierte sobre la proximidad del estadillo de la guerra.

En visitas a varios centros tabacaleros, Panchito se dirigió a los trabajadores y les explicó los problemas de tal forma, que Martí ya no tuvo dudas de la elocuencia y capacidad de persuasión que poseía el joven.

La salud de Martí seguía presentando dificultades. Ya antes de partir de Central Valley, se había enfermado por varios días y Panchito lo atendió personalmente, tal como lo haría después en Cayo Hueso, cuando de nuevo Martí se siente mal. Por su parte, Martí, aprovechando que Fermín Valdés está en Cayo Hueso, se retrata con él y Panchito en la Fotografía de Estévez. De allí se dirigieron a Tampa, donde se entrevistó con los revolucionarios y visitó todas las empresas trasladadas. Como de costumbre, Panchito, adentrado ya en el proceso revolucionario de Martí, lo acompañó a todos los



lugares. Sus palabras encendieron más aún el fervor patriótico de los trabajadores.

Terminados sus trabajos, partieron rápidamente, rumbo norte. Se detuvieron brevemente en Ocala y siguieron hacia Jacksonville. Ya Panchito conocía los secretos de la “guerra necesaria”, pero cerca de Fernandina, lugar de donde partirían las expediciones que casi estaban preparadas, Martí le dio detalles del plan.

Aunque Martí deseaba llegar pronto a Nueva Orleans, decidió pasar primero por Thomasville —el sitio donde se produjo la notable protesta por los sucesos de Cayo Hueso—. Después se dirigieron a Waycross, donde tomaron el tren que los llevaría a Nueva Orleans, lugar adonde arriban el 30 de junio de 1894.

Desde la llegada de Gómez y Panchito a Nueva York habían transcurrido cincuenta y dos días. En ese tiempo Martí le mostró a Panchito todos los lugares donde la conspiración revolucionaria se estaba llevando a cabo. Ahora también aprovechó para que recorriera los sitios más destacados de esta ciudad del sur de Estados Unidos, a la cual llegaba Panchito convertido ya en un verdadero revolucionario.

Martí demostraba cómo organizaba el tiempo: del día 30 al 31 llevó a cabo el esfuerzo inaudito de escribir más de cincuenta notas y cartas. El propio día 31 partieron hacia Costa Rica en el vapor *Albert Dumois*. Panchito ya estaba en condiciones de hacerle frente a los momentos difíciles que se presentaran. Martí, por su parte, sabía que tenía que estar en condiciones de absoluto dominio. Su viaje era prácticamente el último que haría antes de partir hacia Cuba y resultaba necesario resolver definitivamente algunos asuntos personales y otros relativos a la invasión. Cuando llegaron a Puerto Limón, el general Cebreco los esperaba y sostuvieron las primeras conversaciones, luego se dirigieron a San José. Cebreco se quedó en Puerto Limón.

El general Antonio Maceo los recibió en la estación de Cartago. Mantuvo conversaciones con Martí, quien se encontraba entusiasmado con los planes de reiniciar la guerra. En su entrevista con Maceo, como se trataba de asuntos muy delicados, este le preguntó quién era el joven que lo acompañaba y cuando Martí le respondió que se trataba del hijo del general Gómez, Maceo abrazó fuertemente a Panchito y lo levantó en vilo por los codos. Después, en una reunión con los cubanos de Costa Rica, Martí les habló de la guerra que se avecinaba y junto con Panchito prosiguió viaje. En Punta Arenas se entrevistó con los generales José Maceo y Flor Crombet, y con dirigentes de la colonia Nicoya, dirigida por Maceo. Sostuvieron reuniones durante cuatro días,

en presencia de Panchito, que no faltó a ninguna. En esas conversaciones, evidentemente fructíferas, se trataron todos los aspectos de interés para reiniciar la guerra, incluso, se habló del proyecto de Martí de venir a recogerlo en una de las embarcaciones que preparaba. No quedó nada pendiente y continuaron el recorrido.

En Punta Arenas, el encuentro con José Maceo y Flor Crombet, tuvo un éxito completo, pues además de aclarar lo relativo a las expediciones que proyectaba, logró demostrarle a José que no existía ninguna razón para que se sintiera desdeñado, como tampoco había razones para que existieran diferencias personales entre ellos dos. Ambos quedaron satisfechos y unidos. Se refirió también al grato recuerdo que tenía de su encuentro con el general Cebreco.

Satisfecho del resultado de su trabajo en Costa Rica, Martí y Panchito se dirigieron a Panamá, donde sostuvo conversaciones con Manuel Coroalles, quien estaba a cargo de la colecta que se realizaría en ese país.

El día 22 desde Colón emprendieron su viaje a Kingston, Jamaica. Sostuvo varias reuniones donde se estableció el compromiso de elevar una amplia recaudación. La actuación de Panchito fue tan notable que en carta a su padre, refiriéndose a su hijo le expresó:

Él reposa a mi lado. Ni un gesto ni un pensamiento tengo que reprocharle en esta continua y seria intimidad. Todo lo puedo dejar en sus manos, y me arrebató el quehacer. Esta misma noche en el fuego y arrebató de la reunión de los jamaquinos se condujo con toda hombría. ¿Y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser, y será para mí gran soledad. Aquí termino para despachar todo el correo menudo. De su casa no le escribiré, porque desde que le tengo a Pancho estoy como viviendo en ella. Ya no tienen Vds. secretos para mí—ni hay hijo más que Pancho fiel y piadoso. Nada de él, en donde llega, antes que de la casa donde con Vds. vivió, y se le ve el culto grave a los años de estrechez y padecimiento. Nada, General, pudo ponerme cerca que, por dicha que es como providencial, contribuyese tanto a que lo ame aún más.¹

En el vapor *Ailsa*, parten para Nueva York. El 2 de julio arriba a esta ciudad. Se dirigen después a Central Valley para comentar los resultados del viaje con Tomás Estrada Palma.

Así terminaba aquella histórica jornada de trabajo. En su recorrido por Nueva York, Philadelphia, la Florida, Georgia, Luisiana, Costa Rica, Panamá y Jamaica,

¹ José Martí, *Epistolario*, comp. y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, t. IV, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 200.

Martí había concretado los planes finales para la “guerra necesaria”. Esta fue la ocasión que le proporcionó el conocimiento completo de la valentía, eficacia, lealtad y patriotismo de Panchito. Quedó demostrada la utilidad y el valor de su acompañante. Faltaba muy poco, la guerra estaba al borde de estallar.

El 12 de enero de 1895, en carta a Máximo Gómez, Martí le comunica: “La cobardía y acaso la maldad de López de Queraltá, escogido por Serafín Sánchez para guiar su expedición”, destruyó el plan de la Fernandina para la salida de los barcos expedicionarios. Martí, aunque abatido por el desastre, lejos de amilanarse por el fracaso, se había reunido con el Dr. Ramón L. Miranda y varios amigos le celebraron lo que sería su último cumpleaños, sus cuarenta y dos años; al día siguiente firmó con Enrique Collazo y Mayía Rodríguez el plan de levantamiento que fue enviado a Juan Gualberto Gómez en La Habana.

El día 7 de febrero fue recibido por Gómez, a quien le informó los detalles de lo ocurrido. Enseguida comenzaron los preparativos para llegar a Cuba, que ya estaba en guerra. A partir de entonces, Panchito se puso enteramente al lado de Martí y contribuyó eficazmente al éxito del viaje, e incluso le regaló el revólver de culata anacarada que esgrimió en Dos Ríos.²

Panchito insistió fuertemente con su padre para que lo dejara ir con él, a lo cual Gómez se opuso, por lo que el hijo, argumentando cada vez más sus razones, le dijo: “El deber me manda ir a tu lado; no es posible que yo me concrete a empujar la barca que te ha de llevar a ti al sacrificio de la tierra que guarda mi cuna quedándome aquí como una mujercilla”, y acercándose le dijo con fuerte convicción: “Muerto o a tu lado”.³

Luego de vencer todos los obstáculos, Panchito se incorporó a la expedición del barco *Three Friends*, que conducía Rius Rivera, y que atracó el 8 de septiembre de 1896 en la península de Guanahacabibes, en la ensenada de Corrientes, cerca de punta María la Gorda. Fue llevado ante Antonio Maceo, quien lo recibió con un fuerte abrazo. Su bautizo de fuego se produjo en el combate de Montezuelo, y siguió con Maceo en el resto de los combates. Su actuación fue tan audaz y valiente, que pronto fue ascendido al grado de capitán.⁴ Maceo que lo consideraba muy

belicoso, había decidido mandarlo con su padre para evitar lo peor.

Para burlar la trocha de Mariel a Majana, Maceo cruzó la bahía de Mariel en bote y llevó a Panchito con él. El 7 de diciembre, abrazado al cadáver de Maceo, Panchito fue herido y degollado a machetazos.

El 31 de mayo de 1894 Martí, en carta dirigida a Máximo Gómez, había inmortalizado al valiente joven con el profundo análisis que hizo de su persona. Como tributo a la memoria de Panchito, reproduzco un fragmento en el presente trabajo.

Ahora, con la mano entumida, pero con el corazón más lleno de lo que en mucho tiempo lo sentí, le hablaré de Pancho. De tanto que le dijera no tengo cómo empezar. Del regazo de Vds. ha salido este niño a muchedumbre de hombres, al desvanecimiento del aplauso que en su persona a su padre se tributa, y a la inevitable exhibición que no he tenido necesidad de reprimir, porque su natural decoro le sirve de suficiente consejo; y en las situaciones más tentadoras y difíciles no le he visto una sola vanidad, ni una sola falta de tacto. Enseguida, y sin prédica mía, entendió el valer de los humildes, y se estremeció ante su grandeza. Vibra, callado, a cada referencia a Vd. Jamás habla, ni me hubiera parecido bien que hablase, sino con viril brevedad, en pago inevitable del saludo, y en nombre de Vd., pero como hijo conmovido, y no como patriota vocinglero. Si cree que me hacen sufrir, o que no me entienden pronto, se encrepa, pero no reprime, porque ya sabe lo que pocos hombres logran: administrar su pensamiento, reservar su fuerza y dirigir su cariño. De su elocuencia verdadera, y en su edad por lo sobria sorprendente, es justo que le diga algo. Alguna vez puso en el papel, como correderas por donde guiarse, unas frases esenciales, pero la busca de la palabra, perdida en la emoción, lo puso pronto en guardia contra la memoria, y ha sido bello oírle hablar de súbito, componiendo con singular concisión de voces el pensamiento sincero y oportuno, sin un solo florero o tono violento, ni esos giros traspuestos y aprendidos que en los mismos que pasan por maestros quitan fuerza y hombría a la oratoria. Sin vacilar, y al correr de la mente, hace él ese trabajo, rudo aun para los expertos, de ir escogiendo las palabras vigorosas y propias; y cesa cuando el pensamiento cesa. Escribiendo, todavía rebusca un poco, lo que a sus años no es más que el sano desdén de lo común, y el prurito loable de la superioridad; pero hablando es dueño entero de sí, y ni temerá, ni adulará, ni fatigará a las asambleas. Y de su corazón, tan pegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré, por no parecerle excesivo; ni de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber: y en lo que hace como en lo que dice, no domina el deseo de parecer bien, ni el miedo de parecer mal; sino la determinación de prestar el servicio necesario a la hora en que lo hace o lo dice. No creo haber tenido cerca de mi lado criatura de menos imperfecciones.

² Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, Impresora Úcar, García, S. A., La Habana, 1953, pp. 153-465.

³ *Ibidem*, p. 133.

⁴ José Luciano Franco, *Antonio Maceo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, t. 3, p. 334.

Félix Varela y Morales: música, razón y educación popular

ROBERTO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

A ciento cincuenta y seis años de la muerte del padre Félix Varela (1788-1853), honramos su memoria con un acercamiento a su ejemplar obra patriótica, científica y humanista, con el propósito de incentivar a los jóvenes el estudio de su excepcional magisterio. Variados y sugestivos aspectos muestra su precursora y revolucionaria obra, elogiada por biógrafos, historiadores, ensayistas, religiosos, periodistas, políticos, educadores y otros estudiosos.

Varela y la música

En 1808, en unión de otros jóvenes diletantes habaneros, Varela funda la Sociedad Filarmónica, donde ejerció una positiva influencia cultural, pues esta sociedad proporcionó luces a sus asociados, desconocedores de la notación musical, los inició en el estudio sistemático del pentagrama, las relaciones numéricas entre los sonidos y los silencios, y el sentido armónico de un lenguaje comprendido por todos los pueblos, que no precisa de traductores.

La enseñanza artística de las octavas musicales pitagóricas en Cuba estaba limitada a la esfera de la Iglesia Católica y a instituciones con apoyo privado o de patrocinio oficial. En las capillas y templos religiosos se ejecutaban sentidas composiciones dedicadas al culto divino, atesoradas en partituras manuscritas. También en los teatros e instituciones artísticas, músicos profesionales, interpretaban óperas sinfónicas procedentes de Europa, cuyos lejanos inicios se encuentran en las representaciones dramáticas callejeras.

Al crear la Sociedad Filarmónica, dedicada a impartir los fundamentos del dialéctico y bello arte a la variopinta comunidad habanera,¹ Varela dio un vuelco liberador a la instrucción musical, llevándola al alcance del pueblo. La nueva opción proporcionó vías a los creadores frente al habitual señorío del bel canto. Como respuesta alternativa, echa anclas el popular género musical: la guaracha,² mezcla de varios



ritmos cubanos caribeños, acompañados de bailes y cantos que reflejan con velada intención crítica la inhumana realidad política y social de la época.

Esta primera asociación participativa fue bien recibida y pronto alcanzó prestigio e influyó en la inauguración de nuevas sociedades y academias filarmónicas, que contribuyeron a perfeccionar las facultades físicas y espirituales del pueblo con composiciones, canciones y bailes, acompañados del picaresco gracejo criollo, en ritmos de músicaailable plena de sonoridades caribeñas.

A partir del dominio de los principios físicos de la acústica³ por un amplio grupo de apasionados participantes, fue posible la incorporación gráfica de las esencias rítmicas de los cantos y bailes de esclavos y libertos, avalando la identidad de nuestra música popularailable, aquilatada internacionalmente.

Alejo Carpentier se refirió a este intercambio cultural en términos que muestran su extensión, causas y consecuencias, aspectos que complementan y/o ratifican lo expuesto:

Hay un hecho cierto: las primitivas danzas, traídas de la Península, adquirirían una nueva fisonomía en América, al ponerse en contacto con el negro y el mestizo. Modificadas en el *tempo*, en los movimientos, enriquecidas por gestos y figuras de origen africano, solían hacer el viaje inverso, regresando al punto de partida con caracteres

¹ Radamés Giro, *Diccionario enciclopédico de la música en Cuba*, Letras Cubanas, La Habana, 2002, t. 2 p. 229.

² *Ibidem*, p. 179.

³ La acústica musical aborda las relaciones entre las vibraciones sonoras y la percepción musical.

de novedad. También nacían, en el calor de los puertos, bailes que no eran sino reminiscencias de danzas africanas, desposeídas de su lastre ritual.⁴

El historiador Ramiro Guerra⁵ expresó en *La Historia de la Nación Cubana*: “Al mejoramiento artístico y musical de La Habana contribuyó, en primer término, la Sociedad Filarmónica, fundada gracias al entusiasmo y espíritu superior que fue el P. Félix Varela, quien tocaba el violín a la perfección.”

En 1812, después de decretada la primera libertad de prensa, se publica *El Filarmónico Mensual*⁶ (o cartilla para aprender con facilidad el arte de la música). Esta divulgación constituye un inicial aporte a la pedagogía de su tiempo.

En 1816 se funda en La Habana la Academia Filarmónica Santa Cecilia,⁷ bajo la tutela de la Sociedad Patriótica, que con anterioridad había instaurado en los barrios pobres algunas cátedras de música en los distintos centros de enseñanza pública.

El profesor del Real y Conciliar Seminario de San Carlos y San Ambrosio, Félix Varela y Morales,

[...] además de los cursos regulares en San Carlos, ofrecía clases gratuitas a jóvenes pobres que no podían dedicarse a estudiar sistemáticamente debido a sus obligaciones laborales y a otros estudiantes de San Carlos con dificultades en algunas asignaturas, que no podían costear clases particulares.⁸

Nuestro filósofo educador también era miembro de la Sociedad Patriótica y, por encargo de esta, había aceptado la designación de curador⁹ en las escuelas de la ciudad.

La Academia Filarmónica Santa Cecilia estaba compuesta por aficionados, reunidos por suscripción. Entre sus objetivos señalaba: “[...] no solo útil y laudable por la excelencia del arte combinador del tiempo y el sonido, sino como parte esencial de la buena educación y principalmente por su influencia en las costumbres de la juventud [...] que une a la utilidad el recreo”.

En la clásica novela costumbrista *Cecilia Valdés* que transcurre entre los años 1812 y 1831, su autor,

Cirilo Villaverde, narra la pasión de las parejas habaneras por el baile popular llamado *cuna*,¹⁰ y por otros dos bailes más: uno de etiqueta para gentes de color, y el otro ejecutado por integrantes de la burguesía esclavista, amenizados por músicos de la Sociedad Filarmónica.

El profesor Antonio Hernández Travieso en su obra *El Padre Varela. Biografía del forjador de la conciencia cubana*,¹¹ dedica el capítulo “Música a bordo,” a comentar sobre una orquesta de aficionados creada por Varela, con pasajeros de un barco durante la travesía hacia las Cortes de Cádiz, ya que algunos de ellos habían estudiado bajo su dirección en la Sociedad Filarmónica, que amenizaron el largo viaje con música y la improvisación de ocurrencias décimas. La integraban, entre otros, Adolfo Quesada, en el clavicordio; Fernando Adot, en la flauta; y Félix Varela, en el violín.

Pensamiento pedagógico

Varela fue un hombre de gran sensibilidad, amplio conocimiento y experiencia en la enseñanza del arte musical y la filosofía, esto le permitió, concebir un método propio para el estudio del violín, y aplicar con éxito el integral método activo basado en el análisis y en la reflexión: “Que ofrece un instrumento teórico, en forma pedagógica [...] que asume lo universal y lo refracta a nuestra realidad para producir, dentro de un contexto singular, nuestras propias respuestas.”¹² En la etapa en que concibió y llevó a la práctica el integral método explicativo, en Europa se empleaba el sistema del educador suizo Enrique Pestalozzi (1746-1827) y el del pedagogo inglés Joseph Lancaster (1778-1838), cuyas experiencias fueron trasladadas y difundidas en Iberoamérica.

Los mencionados procedimientos metodológicos, aplicados miméticamente a un alumnado con evidentes diferencias socioambientales, no fructificaron; en contraposición, el modelo autóctono, no clasista, concebido en armonía con el entorno sociocultural, inauguró las bases de nuestra pedagogía:

⁴ Alejo Carpentier, *La música en Cuba*, Lux-Hilo, La Habana, 1961.

⁵ R. Guerra, *Historia de la nación cubana*, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952.

⁶ Radamés Giro, ob. cit., t. 2, p. 111.

⁷ *Ibidem*, p. 131.

⁸ Mons. Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, *Señal en la noche*, Oriente, Santiago de Cuba, 2003, p. 63.

⁹ Persona elegida o nombrada para cuidar de los bienes o negocios del menor o de algunos incapacitados.

¹⁰ Reunión de gente de color criolla, o gentualla, para bailar y muchas veces para jugar: casita reducida, pocos músicos, arpa y guitarra, todo pequeño y nada de etiqueta (Esteban Pichardo, *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* (1836), p. 200.

¹¹ Publicada por Editor Jesús Montero, La Habana, 1949.

¹² Eduardo Torres Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta y Mercedes García Rodríguez, *Félix Varela. Obras*, t. 1, Cultura Popular, La Habana, 1997, p. 312.

El pensamiento pedagógico vareliano se constituye, a diferencia de sus predecesores metropolitanos y americanos, en un verdadero sistema filosófico. Mientras aquellos introducen su reflexión acerca de la enseñanza en textos dispersos o en proyectos que tienen una destinación puntual, el discurso pedagógico de Félix Varela forma parte de una reflexión cuya coherencia se funda en una teoría general del conocimiento y de la ética.¹³

Las coincidencias y el distanciamiento en los procedimientos tácticos de la escuela del maestro Varela con los métodos europeos, se pueden apreciar en el contenido de la filosofía electiva, que toma como norma la razón y la experiencia, aprender de todas y no adherirse con pertinencia a ninguna.

La concepción pedagógica de Pestalozzi, seguidor de Juan Jacobo Rousseau, coincide con Varela en la experiencia y se distancia de la intuición, pero el cubano prefiere la razón.

Varela toma del *Contrato social* de Rousseau el concepto de libertad y lo aplica creadoramente a la contradicción existente entre colonia y metrópoli, también encontramos acercamiento en la práctica musical y en el criterio de que el niño nace bueno por naturaleza. Empero, Varela refuta el discurso de Rousseau, “contra el estudio de las ciencias”.¹⁴

El modelo de Lancaster en nuestro continente, obtuvo evidentes resultados con modestas inversiones. Presenta aristas compatibles con el método explicativo, no obstante la diferencia radica en el carácter memorístico, no compartido por Varela, ya que él consideraba la enseñanza “totalmente analítica, en que la memoria tenga muy poca parte y el convencimiento lo haga todo”, en beneficio de la creación de las ideas.

El Padre Varela integra orgánicamente la apreciación musical y la práctica instrumental en su método de enseñanza activo, sobre este aspecto señala: “La influencia de la música en los jóvenes los ayuda a sobrepasar el período crítico de la adolescencia, o sea de 15 a 18 años [...] evitar la imposición y las cuestiones especulativas.”¹⁵ Según Eduardo Torres

Cuevas, Varela consideraba que ese era el momento de llevarlos a ejercitar materias prácticas como la música, el dibujo, las matemáticas y otras, y que reconocía así, la experiencia de uno de sus profesores, a quien nada le tranquilizaba tanto como el sonido de un instrumento tocado por alguno de sus alumnos cuando decía: “Este sonido me indica lo que piensa y lo que hace el que lo produce y acaso muchos de los que le rodean, y mientras un muchacho está tocando su instrumento yo no necesito cuidarlo. Yo respondo de su cuerpo y de su alma.”¹⁶

En *Lecciones de filosofía*, escribió Varela:

[...] La música tiene entrada libre en el corazón humano, [...] como la música copia las modulaciones de la voz humana y de otros objetos de la naturaleza tiene mucho dominio sobre nosotros [...] la música no copia sino las cadencias de un lenguaje apasionado o algunos particulares de la naturaleza y este modo de imitar, siendo más nuevo y más ingenioso, tiene mucho atractivo.¹⁷

Los estudios psicomusicales actuales aplicados al campo pedagógico, muestran lo acertado que estuvo el maestro habanero al diseñar y aplicar el sistema de su autoría, en la primera mitad del siglo XIX.

Los frutos de la integral escuela pedagógica iniciada por Varela en el siglo de oro de la cultura cubana, se hacen evidentes en la formación de sus alumnos y seguidores: José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco, Felipe Poey Aloy, José María Heredia y muchos otros.

La consagración intelectual del joven Varela por la práctica de una educación e instrucción musical, de amplio alcance social, fue iniciada con la creación de la Sociedad Filarmónica y continúa con el *Discurso sobre la influencia de la ideología*.

El objetivo del discurso era sentar las pautas de cómo crear una pedagogía nueva que tuviera por base el origen de las ideas, esto es la ideología. En esa concepción, las ideas son un resultado de la realidad por lo que es la experiencia pedagógica propia, el experimentar en las condiciones cubanas, lo que permitirá crear un sistema educacional verdaderamente útil.¹⁸

La argumentación que propone Varela difiere de las presentadas por algunos de los miembros de la Sociedad Patriótica, proclives al establecimiento de métodos foráneos, aplicables a minorías privilegiadas, mientras

¹³ Pablo Berchenko (Chile), “Félix Varela ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana”, en *Memorias. Coloquio Internacional de La Habana*, Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, p. 260. Entre los predecesores metropolitanos cita a: Benito Jerónimo Feijóo, Gregorio Mayans Siscar, Pablo de Olavide Jáuregui y Juan Francisco Chacón, y entre los americanos, a Francisco Eugenio Santa Cruz Espejo, José Pérez Calama y Simón Rodríguez.

¹⁴ E. Torres Cuevas, J. Ibarra Cuesta y M. García Rodríguez, ob. cit., p. 388.

¹⁵ *Ibíd.*, t. 3, p. 66.

¹⁶ *Ídem.*

¹⁷ *Ibíd.*, t. 1, p. 252.

¹⁸ E. Torres Cuevas, *Félix Varela los orígenes de la ciencia y conciencia cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, p. 164.

que el maestro cubano proyectaba la enseñanza para las mayorías.

En 1818, se publica la obra *Máximas morales y sociales* que contiene sentencias y fábulas educativas para el uso de las escuelas y el pueblo, escrita con Justo Vélez por encargo de la Sociedad Patriótica. La obra es todo un código ético que pretende influir en la vida social del país, y su aceptación fue notable, ya que por más de veinte años se imprimieron nuevas ediciones.

Cuando Varela obtiene por oposición la cátedra de Constitución o Cátedra de la Libertad de los derechos del hombre, en San Carlos, de inmediato abre sus puertas con asistencia libre. Como contenido complementario al curso, escribió el texto *Observaciones sobre la constitución española*, obra considerada como la primera respecto al tema constitucional en nuestro continente.

Durante su largo destierro en los Estados Unidos, funda *El Habanero*, en 1824, primer periódico independentista cubano, distribuido clandestinamente en la Isla de forma gratuita, y crea escuelas parroquiales y orfanatos para niñas y niños pobres, así como una escuela para jóvenes mujeres inmigrantes irlandesas. Además, colabora en diferentes revistas y periódicos.

Lo más relevante de sus escritos literarios y filosóficos se encuentra en *Las cartas a Elpidio*, obra de contenidos moral y educativo, destinada a la juventud de la patria, reconocida como antecedente de la amena y formativa revista martiana *La Edad de*

Oro, dedicada a llevar a los niños y niñas de América los paradigmas sociales y científicos de la creación humana.

En el año de 1849 retorna con 61 años cumplidos a su amada tierra de San Agustín de la Florida, enfermo y en la más absoluta miseria. [...] Su actividad se limita: culto religioso, visitas a la escuela y al cementerio, escribir y pensar en Cuba. Toca el violín para los niños de la parroquia. [...] Mantuvo hasta el último momento lucidez mental, la fe en Dios y en la juventud cubana.¹⁹

Este triste y duro final del patriota entero y maestro de la pedagogía cubana, lo conocemos hoy por la carta de Lorenzo Allo, enviada al Padre Francisco Ruiz –ambos discípulos del profesor de filosofía– después que el primero visitara a Varela en San Agustín: “Ese hombre me dijo entre otras cosas, que nadie le escribía.”²⁰

Varela muere el 25 de febrero de 1853 asistido material y espiritualmente por el padre Edmund Aubril, acompañado de los humildes feligreses de la parroquia. Las tardías gestiones de los desmemoriados Elpidios habaneros, no llegaron a tiempo para despedir al virtuoso maestro de generaciones, que pervive en el pensamiento y el sentimiento de su pueblo.

¹⁹ Perla Cartaya Cotta, *El legado del Padre Varela*, Impreso en Talleres de Offset Santiago, México, DF, 1998, pp. 238 y 239.

²⁰ Heriberto Hernández González, *Félix Varela. Retorno y presencia*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, p. 27.



Un lugar importante, pero olvidado de la vida de José Martí

ERNESTO FERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ Y RAMIRO VALDÉS GALARRAGA

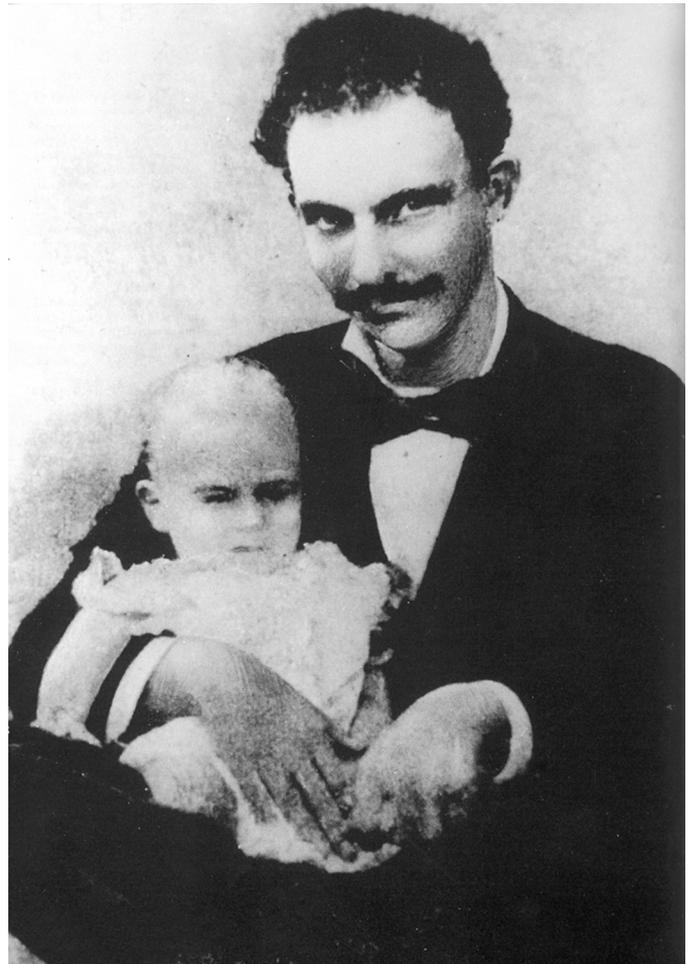
La vida y obra de José Martí es posiblemente la más estudiada de todos nuestros grandes héroes: su grandeza se ha plasmado en biografías, epistolarios, obras completas, selecciones, ensayos y artículos. No obstante, en las acuciosas investigaciones que se han realizado sobre el Apóstol a través de la historia no aparece un detalle: el lugar donde nació el único hijo de Martí, José Francisco Martí y Zayas-Bazán, a quien el Héroe Nacional dedicó su libro de versos, *Ismaelillo*, publicado en 1882, pero escrito un año antes en Venezuela, cuando el niño tenía apenas cuatro años.

“Hijo: espantado de todo, me refugio en ti”. Con esta confesión terrible comienza *Ismaelillo*, en una etapa en que el Maestro se encuentra sufriendo su segunda deportación y una difícil situación familiar, pues su esposa, Carmen Zayas-Bazán, le reclama con insistencia su presencia en el hogar.

Martí puede estar con José Francisco, en conjunto, tres años y diez meses aproximadamente. El 27 de agosto de 1891, fue probablemente el último día que vio a su único hijo. Su inteligencia, sabiduría y dedicación están ahora al servicio de su magna creación política: el Partido Revolucionario Cubano.

José Francisco Zayas y Bazán nació el 22 de noviembre de 1878. La familia Martí Zayas-Bazán recién había regresado de Guatemala acogiéndose a disposiciones derivadas de la Paz del Zanjón. En este punto, el movimiento de esta familia por La Habana es difícil de seguir. De acuerdo con la obra *Ámbito martiano*, del historiador Guillermo de Zéndegui, es “en el rinconcito blanco de la calle Industria donde se aloja el matrimonio Martí a su regreso de Guatemala”.¹ Sin embargo, el propio Martí, en carta dirigida a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado en octubre de 1878 apunta:

Carmen no escribe aquí, porque ella está en el Tulipán, delicioso lugar, como una Tacubaya suiza, *donde vivimos*, y yo escribo en la Habana, sobre una mesa que está esperando pleitos.—Tulipán 32 es su casa; pero Industria 122 es más seguro para la dirección de las cartas.²



Es posible que, tras breve estancia en Industria 122, lugar donde se encontraba el bufete de Nicolás de Azcárate, la familia Martí se haya trasladado a Tulipán 32. De otra parte, dos meses después de nacido José Francisco, Martí y su familia van a vivir a Industria 115, como indica un fragmento de la carta enviada a Mercado el 17 de enero de 1879: “Vivo ahora [en] Industria 115.”³ Que es quizás a lo que se refiere Guillermo de Zéndegui en el documento anteriormente citado.

En otro fragmento de la misma misiva, Martí se queja: “U. habrá leído en mi carta anterior los dolores que, para dar vida a mi hijo, sufrió mi Carmen.—Con

¹ Guillermo de Zéndegui, *Ámbito martiano* [s.e. y s.l.], 1952.

² José Martí, *Obras completas*, t. 20, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 57.

³ *Ibidem*, p. 59.

gran cuidado la operaron; pero temo que viva por algún tiempo enferma.”⁴

Los autores del presente trabajo, tras revisar en la Dirección Provincial de Planificación Física de la capital del país los movimientos lógicos de urbanización, pudieron observar que en 1938, los números de las casas de la calle Tulipán se corrieron, y que el Tulipán 32 de 1878 es ahora Tulipán 410, un edificio de dos plantas en el Cerro, a cien metros de la calzada de Ayestarán, en muy malas condiciones constructivas.

Es en este sitio donde Carmen Zayas-Bazán sintió los terribles dolores que anunciaban la llegada al mundo del Ismaelillo. Sin embargo, en los alrededores de Tulipán 32 no existía ningún hospital donde la esposa de Martí pudiera ser operada, lo cual explicaría que el Maestro –o ella misma–, tratase de ir hacia el centro de La Habana para el alumbramiento del hijo.

A solo cien metros de Tulipán 32 corría una línea férrea denominada Ferrocarril de Marianao, cuyo destino final era el paradero de Concha, en el barrio El Retiro, según el plano de La Habana del agrimensor y maestro de obras, Esteban Pichardo, de 1881, exactamente en lo que hoy conocemos por la avenida Reina y Árbol Seco. Esta misma indicación sobre el final de la línea férrea del tren de Marianao lo subraya el plano de La Habana de Federico Caine, de 1877, quien en uno anterior, de 1874, dice lo mismo sobre esa vía de trenes, así como también lo señala Elías Fernández Casona en el plano de La Habana, de 1881.

A un costado de la estación de Concha, se encontraba la entonces famosa clínica de Garcini entre las calles Sitios, Franco, Tropezón y Santa Rosalía, cerca de la antigua Academia de Cadetes.

Si, como parece factible, Martí o su esposa embarazada decidieron tomar el tren en el Crucero Cerro –a cien metros de Tulipán 32–, esta institución asistencial pudiera haber sido la que acogiera el parto del hijo del Apóstol. Pero existía otra posibilidad de asistencia médica especializada, la llamada Quinta del Rey, situada en el barrio de Atarés, Cerro, que tenía dos entradas: una por el frente de la Calzada de Cristina y otra por la Calzada de Monte. De acuerdo con la *Recopilación histórica y estadística de la juris-*

dicción de La Habana por distritos, de Francisco Cartas, este comenta: existen “instrumentos para toda clase de operaciones conocidas en cirugía”.⁵ Pero el tren de Marianao no cruzaba cerca de la Quinta del Rey. Se hacía necesario tomar otro tipo de vehículo. Según la misma *Recopilación*, “hay dos empresas de diligencias las que salen... [del Cerro] para la capital cada 8 minutos y medio [con un total de 14 coches]... por el ínfimo precio de un real fuerte”.

Una de esas cocheras quedaba a solo unos metros de la casa de Tulipán. Existe la posibilidad de que la esposa de Martí tomara una de esas diligencias para dirigirse a la Quinta del Rey, aunque viajar en coche por calles empedradas o de tierra sería una empresa difícil para una mujer con fuertes dolores de parto.

De otra parte, un artículo de Rafael Esténger, aparecido en la revista *Avance*, del 25 de octubre de 1942, indica que en tiempos de Martí “la persona que solicitaba el bautismo de un niño tenía que llenar y firmar una boleta donde constaba la vecindad del solicitante y el lugar donde naciera la criatura”. José Francisco Zayas-Bazán fue inscrito en la parroquia de Monserrate, ubicada en la hoy conocida como calle Galiano. El original de la inscripción del hijo de Martí fue sustraído y solo existe allí una copia que, según el archivero de la parroquia, señor Raúl Ballate Fernández, es copia fiel de aquel. Esta copia, como la que aparece en la parroquia del Cerro, no indica el lugar de nacimiento de José Francisco, contradiciendo lo apuntado por Esténger. También es difícil establecer si, después de la operación cesárea, Carmen haya regresado a Tulipán 32 o si se dirigió a Industria 115 o cualquier otro lugar.

Si se tiene en cuenta que los dolores de parto comenzaron en Tulipán 32, y que existe la probabilidad de que Carmen fuera atendida en un centro asistencial no lejos de su morada, por lo delicado de su estado, todo parece indicar que el nacimiento de José Francisco Martí Zayas-Bazán fue en el Cerro y que en sus inicios su vida se desarrolló alrededor de Tulipán 32, la Tacubaya suiza del Maestro.

⁴ Ídem.

⁵ Francisco Cartas, *Recopilación histórica y estadística de la jurisdicción de La Habana por distritos*, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1856, p. 133.





Presencia

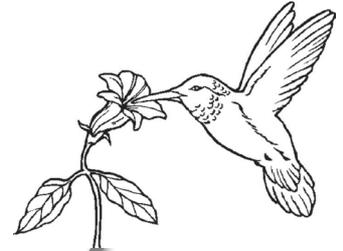
Martí sobre La Habana

La Habana no peca de miedo. Una puerta a la guerra, y la Habana se va por ella. Armas: y es soldado la Habana, como la isla toda. Arde la Habana en impaciencia de salvarse de la ignominia que se la come. Es mucha la vergüenza, para que no sea mucho el deseo de rescatarla. ¿A quién respeta la Habana, y a quién ama de veras, sino a los que te dicen la palabra santa? No ven aún tamaño y conjunto, y se hacen atrás; y por eso acá levantamos tamaño y conjunto; pero la Habana, hoy como ayer, se bajará de los cupés como se bajó nuestro médico Lebredo, para acompañar al cementerio el cadáver del cubano oculto que murió de una herida de la revolución. La Habana es el entierro de Don José de la Luz, el de Ramón Zambrana, el de José Antonio Cortina: ¡ciudad infeliz, que sólo ha podido hasta ahora enseñarse entera en los entierros! La Habana llenó la cárcel del cubano previsor, le enseñó toda su alma valiente, le ofreció su bolsa rico, que el preso no quiso aceptar, rompió las copas en silencio al decirle al preso adiós. Y estos recuerdos vienen a su hora, porque acaba de morir, ya muy anciano, el abogado principío que iba todos los días, a eso de las diez, a ver, lleno ya él de canas, al joven que no quería generales pudridores en los negocios de su tierra. Patria recuerda agradecida a Don Francisco Agramonte.

Periódico *Patria*, 21 de mayo de 1892, O.C., t. 5, p. 367.

A la Habana escribimos poco por acá, si es que escribimos, aunque se nos va el corazón a la mucha virtud de allá que conocemos, y quisiéramos dar muestra visible del orgullo y ternura que nos inspiran méritos tales y tan valiosos que no deseamos, por el gusto fútil de una carta, ponerlos de blanco de fusiles ebrios, o de adorno sangriento del tablado de la Punta,—cuyos carpinteros no han guardado aún las herramientas. Por esa razón escribimos poco a la Habana, aunque este hermano y el otro piense sin justicia que es por olvido o desdén; y porque sería pobre de veras la revolución en Cuba, y nulo nuestro derecho de hombres honrados a creer en ella, si juzgásemos necesario fomentarla con unas cuantas hojas de papel. Pero de la Habana, con mil y una maña, nos escriben mucho. Cuba escribe. El caballo está allá. Nosotros le ponemos la montura al caballo. Invasores no somos: somos hermanos.

“La Meschianza”, periódico *Patria*, 1 de noviembre de 1892, O.C., t. 2, p. 169.



A la de colibrí

A CARGO DE ALPIDIO ALONSO GRAU

POETAS DE SU (NUESTRO) TIEMPO

En esta ocasión, Ala de Colibrí propone textos de tres poetas latinoamericanos muertos en la plenitud de su creación: el peruano Javier Heraud, el guatemalteco Otto René Castillo y el salvadoreño Roque Dalton. A su pasión por la poesía, estos poetas unieron su pasión por la revolución en Latinoamérica. Su obra quedó trunca cuando perdieron la vida peleando contra la injusticia en sus respectivos países. Enfrascados en hacer una América nueva, no hubo dualismo en ellos, para quienes vida y obra llegó a ser una misma actitud de consagración a la belleza, convencidos –como escribiera Roque a la muerte de Otto René–, de que el poeta es una conducta moral.

Javier Heraud (1942- 1963)

mi casa muerta

1
No derrumben mi casa
vieja, había dicho.
No derrumben mi casa.

2
Teníamos nuestra pérgola,
y dos puertas a la calle,
un jardín a la entrada,
pequeño pero grande,
un manzano que yace seco
ahora por el grito
y el cemento.
El durazno y el naranjo
habían muerto anteriormente,
pero teníamos también
(¡cómo olvidarlo!)
un árbol de granadas.
Granadas que salían

de su tronco,
rojas,
verdes,
el árbol se mezclaba
con el muro,
y al lado,
en la calle,
un tronco que
daba moras
cada año,
que llenaba de hojas
en otoño las puertas
de mi casa.

3
No derrumben mi vieja casa,
había dicho,
dejen al menos mis
granadas

y mis moras,
mis manzanas y mis
rejas.

4
Todo esto contenía
mi pequeño jardín.
Era un pedazo de
tierra custodiado
día y tarde por una
verja,
una reja castaña y alta
que
los niños a la salida
del colegio
saltaban fácilmente,
llevándose las manzanas
y las moras,
las granadas
y las flores.

5
Es cierto, no lo niego,
las paredes se caían
y las puertas no cerraban
totalmente.
Pero mataron mi casa,
mi dormitorio con su
alta ventana mañanera.
Y no quedó nada
del granado,
las moras ya no
ensucian mis zapatos,
del manzano sólo veo
hoy día,
un triste tronco que
llora sus manzanas
y sus niños.

6
Mi corazón se quedó
con mi casa muerta.
Es difícil rescatar
un poco de alegría,

yo he vivido entre
carros y cemento,
yo he vivido siempre
entre camiones
y oficinas,
yo he vivido entre
ruinas todo el tiempo,
y cambiar un poco
de árbol y de pasto,
una palmera antigua
con columpios,
una granada roja
disparada en la batalla,
una mora caída con un niño,
por un poco
de pintura
y de granizo,
es
cambiar
también algo
de alegría
y de tristeza,
es cambiar también

un poco de mi vida,
es llamar también
un poco aquí a la muerte
(que me acompañaba
todas las tardes
en mi vieja casa,
en mi casa muerta).

invierno

Agosto ha pasado ya.
Duras primaveras
acosan mis olvidados
recuerdos.
(Las cicatrices
del tiempo y del olvido,
las cicatrices del odio
y el amor,
las llanuras de sangre
abiertas con la mano,
los campos desolados
por la sed y el amor).



Otto René Castillo (1936- 1967)

EL GRAN ESTAFADO

Uno se pierde,
a veces,
en el fondo
de una mujer
y no vuelve
a encontrarse
jamás.

Uno se marcha
luego por el mundo
incompleto de sí,
completo solo
de su silencio.

A veces,
en un bar,
tomando coñac

y oyendo
tristes blues,
se acerca alguien
que nos recuerda
a la mujer
donde nos hemos
perdido.
Y su compañía
nos deja más solos
que nunca.
Uno se bebe

su coñac
y se va luego.
Sin que nadie
lo entienda.
Porque se marcha
sonriendo.

Si al menos
estuviera triste.
Si sufriera
al menos,
se murmura.

Uno sale
por la puerta del fondo,
porque se considera
el gran estafado,
cuando en realidad
solo se ha perdido
en el fondo complejo
de una mujer,
que ni siquiera
se ha ido,
sino que solo
nos ha dejado marchar.

En realidad,
no nos ha entendido.
Nos gusta que nos digan,
como a los niños solitarios:
"No te vayas. Quédate aún.
Es todavía tan temprano..."

Eso hace tan importante
nuestros besos,
que uno cae víctima
de su propia importancia.
Uno es así cuando está solo.
Copado de sí hasta los bordes.
Uno necesita que alguien
de verdad lo necesite.
Y como nadie lo llama,
para que uno no se vaya,
entonces uno se pierde
en el fondo de una mujer,
que luego también se marcha,
creyendo que nos hemos aburrido
de besar sus labios y mirar su alma.

Es todo tan complejo
que, a veces, pienso

con envidia
en los enamorados sencillos,
que unidos por las manos
y los labios,
no conocen aún
la soledad del cuerpo.

Uno se pierde,
a veces,
en el fondo
de una mujer,
que luego se va,
cuando uno se ha ido.

Y ya no nos volvemos
a encontrar.
Porque uno se queda
solo consigo,
para siempre,
creyéndose
el gran estafado,
que debe beber coñac
y estar muy triste,
para cumplir

su ronca tarea
de vivir.

COMUNICADO

Nada
podrá
contra esta avalancha
del amor.
Contra este rearme del hombre
en sus más nobles estructuras.
Nada
podrá
contra la fe del pueblo
en la sola potencia de sus manos.
Nada
podrá
contra la vida.
Y nada
podrá
contra la vida,
porque nada
pudo jamás
contra la vida.



Roque Dalton (1935-1975)

DESNUDA

Amo tu desnudez
porque desnuda me bebes por los poros,
como hace el agua cuando entre sus paredes me sumerjo.

Tú desnudez derriba con su calor los límites,
me abre todas las puertas para que te adivine
me toma de la mano como un niño perdido
que en ti dejara quietas su edad y sus preguntas.

Tu piel dulce y salobre que respiro y sorbo
pasa a ser mi universo, el credo que me nutre;
la aromática lámpara que alzo estando ciego
cuando junto a las sombras los deseos me ladran.

Cuando te me desnudas en los ojos cerrados
cabes en una copa vecina de mi lengua,

cabes entre mis manos como el pan necesario,
cabes bajo mi cuerpo más cabal que su sombra.

El día en que te mueras te enterraré desnuda
para que limpio sea tu reparto en la tierra,
para poder besarte la piel en los caminos,
trenzarte en cada río los cabellos dispersos.

El día en que te mueras te enterraré desnuda,
como cuando naciste de nuevo entre mis piernas.

ARTE POÉTICA 1974

Poesía
Perdóname por haberte ayudado a comprender
que no estás hecha solo de palabras.

Intimando

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

Entrevista a Erasmo Lazcano

En la nueva sede de la Sociedad Cultural José Martí, todavía entre andamios y materiales de construcción, entrevistamos para los lectores de *Honda* al compañero Erasmo Lazcano, vicepresidente de la Sociedad.



En la reunión del Comité Nacional de la Sociedad, efectuada en febrero pasado bajo la presidencia y orientación del compañero Armando Hart, se tomaron varias decisiones tendientes a fortalecer el trabajo y a preparar las condiciones para la celebración, a comienzos de 2010, de la Asamblea General de socios, equivalente a nuestro congreso. Quisiera preguntarte cómo tú evalúas la etapa transcurrida desde dicha reunión hasta ahora, y las medidas que se han venido tomando para elevar el papel de la Sociedad Cultural.

Recuerdo que en esa reunión se insistió mucho en la idea de no abordar el tema de los éxitos obtenidos y concentramos en las deficiencias para poder avanzar. Pues bien, a partir de ese momento nos trazamos la estrategia de mejorar el trabajo de la Sociedad priorizando el fortalecimiento de las juntas provinciales y la junta nacional. En visitas realizadas por todo el país, pudimos constatar que en algunas provincias las juntas no desempeñan el papel que les corresponde y tampoco están conformadas por personas que le puedan dedicar el tiempo que demanda el trabajo de esa instancia de dirección para que la influencia de la Sociedad llegue a todos los territorios. Por este motivo, había alrededor de diecisiete municipios donde no existían los clubes martianos, de ahí que una de las prioridades ha sido que existan los

clubes martianos en todos los municipios del país, que estén las estructuras bien engrasadas y que se hagan actividades en todos esos territorios. Para lograrlo, es imprescindible contar con una junta provincial fuerte y con organizaciones de base, es decir, clubes en los municipios. Y ese fue uno de los primeros objetivos que tratamos de alcanzar.

Otro objetivo fue el de fortalecer el personal con que contamos en las bases. Porque algunas juntas se integraron con figuras intelectuales, profesores, etc., y sin embargo, debido a sus múltiples ocupaciones, no están en condiciones de aportar todo lo que demanda el trabajo de la Sociedad en esos territorios. Por eso hemos insistido en la necesidad de incorporar compañeras y compañeros que de verdad estén en condiciones de dedicarle a la Sociedad el tiempo indispensable para que se desarrollen estas estructuras en la base.

Pensamos que se ha avanzado, aunque todavía podemos hacer mucho más de lo que hemos realizado en el período. En las visitas efectuadas a las provincias encontramos que en los lugares donde no existen clubes martianos, hay sin embargo numerosas personas —maestros, estudiantes, trabajadores, promotores culturales—, deseosas de agruparse y de desarrollar tareas martianas y hacer un plan de actividades; lo que falta es la persona que aglutine y le dé un sentido organizativo a ese

potencial. Por tanto, la cantera existe, pero todavía no hemos tenido la suficiente capacidad de extender nuestra influencia hasta la base. Por eso el trabajo en esta etapa debe estar centrado en tratar de llegar lo más posible a la base, y que las actividades vengan de abajo hacia arriba.

Por supuesto, la labor de nuestra organización no se comporta igual en todas las filiales provinciales. Las hay que tienen un trabajo destacado en sus territorios. Puedo poner como ejemplo a Cienfuegos, Sancti Spiritus, Holguín, Pinar del Río, y se avanza en muchas otras.

Es justo señalar, que independientemente de las deficiencias señaladas y de las insuficiencias que todavía tiene el trabajo de la Sociedad Cultural, cuenta con prestigio en las provincias, que se tiene en cuenta la participación de los martianos agrupados en ella para los eventos y actividades que se celebran a nivel provincial y que ha venido desempeñando un papel meritorio en la promoción de los seminarios juveniles martianos. Y, a partir de esta plataforma que ya tenemos, es necesario perfeccionar todo el trabajo. En los territorios, hemos podido constatar que el Partido se está apoyando mucho en la Sociedad Cultural José Martí para la labor ideológica en la base, a partir del prestigio que nuestra Sociedad ya se ha ganado en todos los lugares. Sin embargo,

en mi criterio personal, aún es insuficiente lo que hemos realizado y nos queda mucho por andar.

Aquí, desde la sede nacional, hemos tratado de contribuir también a elevar el papel y la influencia de la Sociedad Cultural. Hemos realizado numerosas actividades de impacto nacional. En agosto presentamos una exposición por el ochenta y tres cumpleaños del Comandante en Jefe, que se llamó "Ochenta y tres motivos", la cual tuvo una gran repercusión. Con motivo del aniversario cincuenta del primer curso escolar de la Revolución, del momento en que un 14 de septiembre Raúl Castro y Camilo Cienfuegos le entregaron el antiguo cuartel Columbia al entonces ministro de Educación, Armando Hart, se efectuó, por iniciativa de la Sociedad Cultural, un acto que contó con la presencia del General de Ejército Raúl Castro y de otros dirigentes del Partido y del Gobierno. Allí, el compañero Hart entregó el diploma La Utilidad de la Virtud al centro educacional Ciudad Escolar Libertad. Acabamos de efectuar el simposio "José Martí, por una cultura de la naturaleza", que hacía más de cinco años que no se realizaba. El primero se había efectuado en Guantánamo con más de cien participantes de todo el país. Y este, el segundo, tuvo lugar en Pinar del Río, también con más de cien participantes de todo el país y veinte jóvenes puertorriqueños. Es decir, que también hemos internacionalizado este trabajo de la Sociedad Cultural José Martí. Y no descuidamos los aspectos organizativos, sistematizando los controles económicos, el cobro de la cotización, los recorridos nacionales, entre otras tareas.

Otra de las prioridades ha sido el desarrollo de talleres de pensamiento; en ese sentido, estamos trabajando en coordinación con la

Asociación de Combatientes, organizándolos bajo el título de "Diálogo de generaciones". Se están efectuando en todos los municipios de Ciudad de La Habana, y en ellos ha venido participando Armando Hart y nuestros vicepresidentes, impartiendo conferencias a los jóvenes en todos esos territorios.

Trabajamos también en coordinación con el Club Martiano de Bioética; en los próximos días iniciaremos un taller de bioética aquí en la institución. Además, se está trabajando con la Universidad de La Habana en coordinación con la Cátedra Juan Bosch y el Club Martiano Faustino Pérez. Este último ha realizado una excelente labor de divulgación, entre los jóvenes universitarios, de aspectos muy importantes de la lucha revolucionaria contra la dictadura y de la construcción del socialismo.

Quiero destacar muy especialmente las tareas que venimos llevando a cabo con la Unión de Jóvenes Comunistas. Concluimos un programa de actividades que se inició poco antes del 19 de mayo, aniversario de la caída en combate de Martí, y que incluyó la realización de una mesa redonda, la entrega de bibliotecas martianas a todas las universidades y a todas las bibliotecas municipales del país y un acto en la Tribuna Antimperialista, organizado en solidaridad con los Cinco Héroes, que sirvió de inauguración del Seminario Nacional de Estudios Martianos.

Estamos trabajando también muy vinculados con el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). Ahora se ha constituido el Club Martiano Sergio Corrieri en el campamento internacional Julio Antonio Mella, del ICAP, y se trabaja sistemáticamente con todas las brigadas que vienen. En esos campamentos ya se han creado los bosques martianos.

Asimismo, en la sede del ICAP se conformó el Club Martiano Enrique Hart.

Me gustaría que te refirieras ahora al trabajo en el plano internacional.

En estos momentos tenemos 64 clubes martianos internacionales, que están divulgando el pensamiento y la figura de José Martí, dando a conocer la cultura cubana y defendiendo la Revolución en los ámbitos donde actúan. Existen, por ejemplo, clubes martianos en España, Portugal, Italia, Francia, Venezuela, Brasil, entre otros países, y trabajamos también para crear clubes martianos en Estados Unidos. Porque fue allí, precisamente, donde los clubes revolucionarios cubanos de José Martí prepararon una guerra para liberar a Cuba. Por tanto, yo creo que se están logrando avances importantes en un corto tiempo.

También la Sociedad Cultural participa activamente en la organización de grandes eventos internacionales; un ejemplo es la conferencia "José Martí, por una cultura de la naturaleza", que tendrá lugar en junio de 2010. Será la cuarta de este tipo, precedida por conferencias provinciales donde se seleccionan los trabajos y los participantes que representarán a Cuba en el evento. En la última, efectuada en enero de 2008, en ocasión del 155 aniversario del natalicio del Apóstol, participaron más de seiscientos delegados extranjeros y estuvieron presentes más de treinta países.

Durante el verano, repetimos la experiencia de las Jornadas Culturales Martianas en España y Portugal, pero esta vez se extendieron a un mayor número de municipios en ambos países. Pudimos organizar, con mucho éxito, el recorrido de una brigada artística cubana de la Sociedad Cultural que participó en doce municipios de España y dos del Algarbe portugués, por espacio de una semana en cada lugar. La programación incluyó: una gran exposición con obras de destacados pintores cubanos; otra de varios fotógrafos, entre ellos, Liborio Noval y Alex Castro; conferencias acerca de la vida y obra de Martí; una muestra de cine cubano con filmes como *Clandestinos*, *Se permuta*, *El cuerno de la abundancia*, etc.; talleres de cocina cubana impartidos por un chef integrante de la delegación; música interpretada por una orquesta cubana y, además, canciones de un joven trovador. Los embajadores y cónsules cubanos en esos territorios catalogaron como muy provechosas y necesarias esas jornadas en el mundo de las relaciones con otros países.





Aquí quiero destacar el apoyo recibido, una vez más, por el alcalde de Vila Real de San Antonio, en Portugal, el señor Luis Gómez, quien propició las mejores condiciones para nuestra delegación, al igual que el brindado por otras autoridades de los municipios en Andalucía, lo cual permitió que la población de estos lugares tuviera contacto de primera mano con la verdadera cultura nuestra y pudiera conocer quién era nuestro José Martí. Se donaron doce bibliotecas martianas a los municipios visitados. Estos son algunos ejemplos del trabajo que venimos desarrollando tanto en Cuba como en el exterior para dar a conocer la vida y la obra de José Martí y la cultura cubana.

Estamos apoyando también a las cátedras martianas en el exterior, así como en el desarrollo de algunos proyectos internacionales como el del Convento de Belén, en La Habana Vieja; el del hogar La Edad de Oro, del Cerro; y otros de reanimación de bosques y jardines martianos; el Zoológico de 26 –que, por cierto, también lleva como nombre La Edad de Oro–. Es decir, estamos apoyando proyectos de recuperación, de mantenimiento de círculos infantiles, y de instituciones como los hogares maternos, así como de otros que se llevan a cabo en provincias como Pinar del Río y Cienfuegos.

Pasando a otro tema, quisiera que contaras en detalle cómo van los preparativos de la Asamblea General de socios, equivalente a nuestro congreso, como ya expresé, prevista para el año próximo.

A partir de octubre empezamos nuevamente un recorrido por todas las provincias y efectuaremos reuniones de preparación. En noviembre comenzarán las asambleas provinciales que deberán elegir las nuevas juntas provinciales, así como a los delegados que representarán

favor de los objetivos que nos hemos trazado; cuya presencia no sea formal, sino que se relacionen más con los municipios; que estén listas para representar a la Sociedad en cualquier evento. Con eso en mente, estamos trabajando.

Después desarrollaremos nuestro congreso. Recalco que este es el congreso de los martianos de Cuba. En cuanto a la fecha, aún se está precisando cuál será la más conveniente, a partir de las realidades del país y de la situación económica internacional. Este asunto se irá evaluando sobre la marcha, en consulta con nuestro presidente, el compañero Hart, hasta fijar la fecha más conveniente para todos. No obstante, creemos que, teniendo en cuenta la situación actual, lo más importante serán las asambleas provinciales y en la base. Ahí es donde vamos a hacer ahora hincapié. Cuando sea posible, tendrá lugar el congreso nacional, pero donde de verdad queremos apretar bien las tuercas, ajustar bien el mecanismo, es en las estructuras de provincias y municipios.

Quiero pasar ahora al tema de la nueva sede. A la Sociedad se le ha otorgado un nuevo local que es un lujo. Está muy bien situado, en un lugar muy céntrico, en El Vedado, con condiciones excelentes. ¿Cómo tú proyectas, a partir de esta nueva realidad, el trabajo aquí a nivel nacional?

Nosotros queremos que lo que estamos haciendo a nivel nacional sirva de ejemplo e inspiración para las filiales provinciales y sus municipios. Efectivamente, con el apoyo de los compañeros que nos atienden por el Consejo de Estado, hemos podido lograr este cambio de sede, porque el lugar donde estaba la anterior era de muy difícil acceso, en una zona de Miramar por donde no había buena comunicación por ómnibus. Ahora contamos con un lugar muy céntrico en El Vedado, en

a cada filial en la Asamblea General. En esas asambleas aspiramos a una renovación y a dinamizar los métodos de trabajo de la Sociedad Cultural. Ello resulta obligado para poder llegar a todas las personas que queremos, y, sobre todo, que en las estructuras provinciales y municipales estén presentes aquellas que de verdad aporten, que tengan el tiempo y la voluntad de trabajar a

17 y D, que va a ser una institución cultural con actividades toda la semana y en distintos horarios, y que, por supuesto, estarán vinculadas a la historia de Cuba, a la vida de Martí, a la cultura cubana.

Estamos preparando salones que podrían utilizarse para conferencias, exposiciones de artes plásticas, fotografías, etc., y trabajando en la organización de talleres, por ejemplo de literatura, de escultura. Habrá espacios para que todos los martianos puedan desarrollar sus actividades.

Cosas atractivas para la juventud, para los niños...

Sí, que vean aquí un espacio de cultura, de la buena cultura, y de distracción sana. Y entonces nosotros podremos interactuar y llegar a una mayor cantidad de personas con nuestro ideario, con el ideario de José Martí.

La nueva sede se inaugurará el 21 de octubre, en saludo al Día de la Cultura Cubana y al catorce aniversario de la Sociedad Cultural José Martí, con una exposición de cuarenta piezas de Guayasamín. Hace alrededor de un mes que se firmó un convenio de trabajo entre la familia Guayasamín, representada por su hijo, y la Sociedad Cultural José Martí, presidida por el doctor Armando Hart, para realizar labores conjuntas. El primer trabajo, justamente es la inauguración de esta exposición.

Sin esperar por la inauguración oficial de la sede, ahora mismo, en los locales ya terminados, estamos desarrollando un curso de apreciación musical cubana con jóvenes noruegos. Además, tenemos previsto presentar aquí el número 26 de nuestra revista *Honda*, el 9 de octubre, así como el calendario *José Martí y Eloy Alfaro*, el día 24 del propio mes.

En diciembre, la Sociedad Cultural José Martí, junto con el proyecto "Alas con Punta", de Roberto Chile, y en coordinación con la Capilla del Hombre, le rendirá homenaje a Oswaldo Guayasamín en su país, con una exposición que se titulará "Veintitrés pintores cubanos pintan a Guayasamín".

Agradezco al compañero Lazcano esta visión abarcadora del trabajo de la Sociedad Cultural José Martí, que esperamos resulte de interés para los lectores de Honda y, especialmente, para los miembros de la Sociedad, que por esta vía tendrán una idea más precisa de cómo marcha este trabajo en nuestra querida institución.

Páginas nuevas

A propósito de *Visión martiana de la cultura*

Quien domine el concepto y los procesos de la cultura tiene ya una visión más abarcadora sobre el devenir ontológico hacia un macrosentido del hombre en su realidad social. Tal es el caso de nuestro hombre mayor, José Martí. Él pudo inquirir y hallar respuestas ante el entramado de la labor del ser social porque partió de presupuestos culturales de amplias ganancias tanto cognoscitivas como prácticas. Él logró visualizar, a través de la observación y la reflexión, que el hecho cultural tiene relevancia en todas las facetas del quehacer humano y además una interrelación más allá de las condiciones tempo-espaciales.

La respuesta primigenia de este actuar del Apóstol la encontramos en su visión al interior y exterior de la cultura que produjo un pensamiento cultural excepcional, síntesis y proyección de lo mejor de su época y que muestra una heredad increíble.

Precisamente, hacia el ideario martiano, desde la óptica cultural, rozando con la mirada hermenéutica y acercamientos multilaterales como la semiótica, la sociología, la antropología, la lingüística, la culturología, de modo muy contenido y eficaz, los doctores Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero nos regalan el libro *Visión martiana de la cultura*, bajo el sello editorial Ácana (2008) de la hermana provincia camagüeyana.

Y el verbo "regalar" se ha utilizado ex profeso. Los autores son autoridades académicas y científicas: pero, por si fuera poco, aman a José Martí. Ambos tienen a su haber un alto *ranking* de conferencias, eventos, publicaciones en revistas y libros.

Ambos han interiorizado al Apóstol como guía axiológica y cognoscitiva.

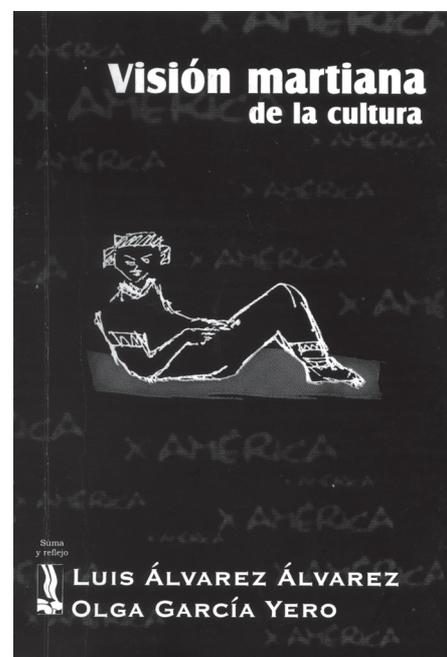
Los profesores llevan ya varias décadas de estudios y acercamientos martianos, y creemos que el presente no es uno más. En su amplia producción bibliográfica martiana hay huellas del tema central de este texto. Pero ahora, no es la intertextualidad en su labor escritural lo que llama la atención, sino la síntesis argumentativa al explicar las miradas martianas sobre la cultura.

La pareja autoral declara la finalidad u objetivo de su libro: acercarse al pensamiento cultural de José Martí que ellos han investigado en el ámbito o contexto epocal del pensamiento antropológico y culturoológico en que vive el Apóstol. Estudiar los escritos del Maestro mayor para lograr inferencias que contribuyan al esclarecimiento de las ideas martianas en las circunstancias en que fueron dichas o escritas y el alcance de ellas.

Este estudio multiaspectual sitúa a Martí en las verdaderas coordenadas de un pensamiento superior que puede verse desde el prisma de ciencia de la actualidad.

He ahí un primer mérito del texto: desde la mirada retrospectiva y el análisis hermenéutico, obtener nuevos conocimientos y enfoques sobre el pensamiento martiano. Desde la palabra martiana, obtener aristas que iluminan nuevas zonas del conocimiento o reorientar las ya conocidas.

Creemos que la propia obra general de los autores ha sido influida por el método martiano y por la cosmovisión de este. Ser martiano no es un lujo exactamente. Es una posición ante el quehacer. Así en los escritos de ambos doctores hay una



presencia marcada y singularizada por el espíritu del Apóstol, incluso en su práctica electiva. No es un método científico, sino el iceberg de lo mejor de los métodos con un sentido creador y crítico. Así está concebido este libro: desde la científicidad y la pasión personal por nuestro Héroe Nacional. Así encontramos análisis rigurosamente científicos preñados sutilmente de su identificación con los ideales martianos.

Con una acertada definición de cultura trabajan los profesores-autores. "Cultura como ámbito en el cual el hombre puede alcanzar su esencia de tal y desarrollar su existencia". De tal suerte va la cultura como fundamento para un hacer funcional desde el sentido de la esencialidad humana y no como cultura únicamente espiritual o aquella preocupada por los aspectos materiales. Este criterio coincide con la concepción y la práctica cultural martiana. En el Apóstol

hay una posición muy clara y de la cultura en el sentido que los investigadores sintetizan para presidir sus análisis en los tres capítulos de su texto.

En Martí, argumentan los profesores, hay un "interés reflexivo por la cultura" que extiende sus acercamientos a todo lo relacionado con la praxis humana. Para él, el estudio de las tradiciones y la "identidad" constituyen elementos claros en el constructo patria, y la patria, en su devenir histórico, va conformando una cultura que no puede violentar las tradiciones, pues estas son esenciales para la construcción cultural.

Conocemos que Martí pensaba escribir un conjunto o serie de textos sobre la cultura cubana, aspiración no culminada pero sí presente de manera fragmentaria como, por ejemplo, en su preocupación por el teatro cubano y las costumbres del hombre de campo aquí. Entonces, en este libro, sus concepciones sobre el hecho cultural implican un marcado interés por la cultura como objeto de estudio.

Ellos llaman la atención sobre aspectos capitales como la identidad en tanto factor para la afirmación de una nación interrelacionada con un *ethos*, una atmósfera de eticidad y conciencia ciudadana para el desenvolvimiento del Estado y su forma de gobierno. Una cultura hacia la patria, hacia el interior de los factores constitutivos de la nación.

Pero, aclaran los autores, para el Apóstol la ingerencia cultural europea y norteamericana marcó a las naciones emergentes de Latinoamérica con un signo negativo en tanto el mimetismo y la asimilación acrítica. Desde una inicial sociología de la cultura, Martí postula sus consideraciones, según los autorizados profesores. Esa cultura para Martí debía prevenir la violación de la autoctonía, los excesos por una cultura artístico-literaria, el copismo, el elitismo, la negación al acercamiento a la ciencia y la tecnología, una educación bancaria y escolástica, además de la contraposición ciudad/campo, priorizar la educación en países foráneos. Añaden los académicos el prodigioso dominio de Martí sobre las relaciones entre cultura y comunicación, cultura y producción material para que esta llegue a todos, una cultura que acepte los

aportes amerindios, tan fundamentales para los pueblos de la América mestiza.

Se advierte en el texto sobre el carácter ético y cognoscente de una formación cultural, de un constructo cultural, que tenga en cuenta determinadas cualidades en el ser social. Aunque manido, el apotegma martiano más representativo en este sentido: "Ser culto, es el único modo de ser libre" presenta una visión sobre la cultura en varios planos y niveles y su papel irradiante para la formación del hombre latinoamericano.

Ellos dedican un espacio al análisis de las relaciones cultura-educación. Para Martí la educación es un proceso que tiene una carga cultural insospechada. Los términos ser buenos, cultos, libres son elementos indispensables para la conformación del hombre necesario para los países latinoamericanos. El futuro de una nación depende del desarrollo cultural y educativo. A esa educación formalizada o a distancia Martí le dedicó páginas de docta intención, incluso a la labor educacional diferenciada en el campo y la ciudad, a la práctica laboral, a la universidad necesaria para los pueblos nuevos, a la educación popular, la científica y humanística no divorciadas para que atiendan a la realidad nacional tan diferente a la europea.

Aparece un interesante rubro sobre el devenir cultural en Estados Unidos donde se plantean las consideraciones de un Martí que vive y conoce la historia y la sociedad norteamericana a fondo y que considera que lo autóctono de ese país está en franco retroceso. Una de las muy bien escogidas citas por los autores da fe de este proceso de desintegración humanística anticultural en la sociedad yanqui. "La raza autóctona se ha ido afinando, desapareciendo. [...] nace un americano carnudo y búfago. Paga y pega. [...] Se vende, y cree que todo se compra".

Hay una incursión cronológica sobre el crecimiento de la visión cultural del Apóstol muy útil para acercarnos a esta arista de su pensamiento como construcción, ambiente y nutrimento social desde 1884 hasta su plena madurez en 1891. Esa es una tesis que los investigadores muestran en este libro. Durante todo el devenir del

pensamiento cultural de José Martí, se evidencia su consideración sobre la cultura como factor para una evolución no violenta de la sociedad, ella como elemento para la convivencia social civilizada desde una proyección sociopolítica y ética, no solo entre habitantes de un territorio dado, una nación, sino entre pueblos con culturas diferentes.

Un *leit motiv* que recorre toda la posición americanista del Apóstol es, bajo la óptica de los autores, la conexión entre el desarrollo cultural y la madurez política de las naciones latinoamericanas. La justicia, la equidad, la solidaridad, el respeto a la diversidad y la otredad, el equilibrio social y político, el antirracismo, el papel de las minorías étnicas y sociales, elementos todos que deben existir con la medida justa y necesaria para lograr una cultura no divorciada de la política y las relaciones humanas equilibradas.

Una inferencia sobre este libro puede ser la opinión siguiente: el hecho cultural de mayor trascendencia del quehacer político de Martí es su proyecto sociocultural que solo puede efectuarse al culminar la guerra necesaria. Esta guerra, rápida y eficaz, es pensada por un Martí ya en plena madurez política y cultural.

Por otra parte, los profesores consideran que en José Martí hay una posición epistemológica ante la investigación cultural, que niega el esquematismo y la sociología positivista imperante. Él se inclina por la libertad del criterio, la objetividad y rechaza los dogmatismos metodológicos.

Del estudio de las observaciones martianas sobre la cultura realizado por los autores camagüeyanos, se advierte que en él hay un proyecto de diseño de una política cultural afincada en la realidad hispanoamericana y sus urgencias y expectativas, que tiene como centro las ansias libertarias del hombre de nuestras avasalladas tierras.

Baste lo comentado hasta aquí como muestra del oficio escritural e investigativo de Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero en este indispensable libro *Visión martiana de la cultura*. ¡Sea pues, bienvenido!

JOSÉ LUIS DE LA TEJERA GALÍ

Testimonio sobre el Comandante Guevara

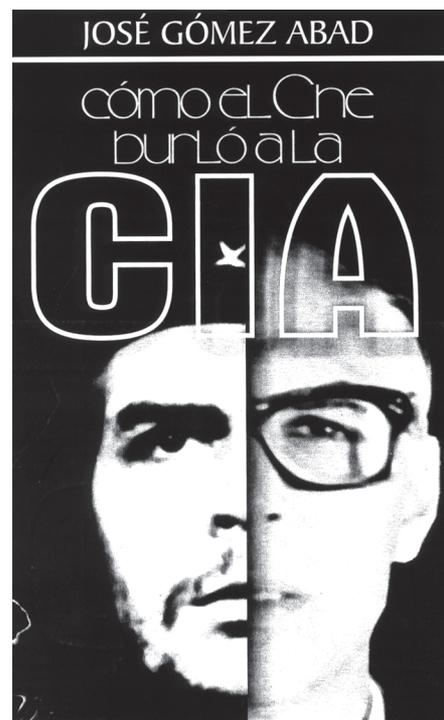
La editorial Capitán San Luis acaba de publicar el interesante libro *Cómo el Che burló a la CIA*, cuyo autor es el recientemente fallecido investigador, José Gómez Abad. En sus 492 páginas contiene "reveladores informes, algunos inéditos y otros extraídos de expedientes operativos" que servirán de análisis epistemológicos para los estudiosos del proceso revolucionario que el Comandante Ernesto Guevara llevó a cabo en África y que culminó con su muerte en Bolivia.

José Gómez Abad falleció en La Habana, víctima del cáncer, el 18 de enero de 2008. A pesar de encontrarse gravemente enfermo, ello no le impidió concluir este libro. Trabajó en la Dirección General de Inteligencia

del Ministerio del Interior (MININT) y fue ayudante del comandante Manuel Piñeiro Lozada, entonces viceministro del MININT. Gómez Abad fue designado "para llevar a cabo los preparativos de la entrada a Bolivia del Guerrillero Heroico y sus compañeros de lucha en aquellas jornadas heroicas para liberar a Bolivia de gobernantes espurios y pro imperialistas".

Este texto contribuirá perpetuar la memoria o la narrativa histórica que se reconstruye de aquellos acontecimientos para que no se olviden. Como expresara el autor de este libro al comandante Piñeiro "debemos escribir la historia de nuestro trabajo y no dejar que otros la tergiversen".

NYDIA SARABIA



Cruzada de libertad. Venezuela por Cuba

(Un libro muy importante y de gran actualidad)

Cruzada de libertad. Venezuela por Cuba (2005) es un interesante e importante libro que, por su relevancia y actualidad, he decidido comentar ahora, aun cuando han transcurrido varios años de su publicación por la Casa Editorial Verde Olivo.¹ Su autor, René González Barrios, es teniente coronel de las FAR y cumplió funciones como agregado militar, aéreo y naval de Cuba en México, de 1998 a 2003. Es licenciado en Ciencias Jurídicas, investigador y miembro de la UNEAC y de la UNHIC. También ha publicado *La inteligencia mambisa* (Imprenta Central, FAR, 1988), que tuvo una segunda edición bajo el título *En el mayor silencio* (1990). Ediciones Verde Olivo le publicó después: *Almas sin fronteras. Generales extranjeros en el Ejército Libertador* (1996), *Los capitanes generales en Cuba 1868-1878* (1999), *El ejército español en Cuba, 1868-1878*



(2000), *Cruzada de libertad. Venezuela por Cuba* (2005) y *Chile en la independencia de Cuba* (2007). Formó parte del colectivo

de autores que elaboró el libro *El diferendo histórico bilateral entre Cuba y Estados Unidos* (1994). Ha publicado también diversos artículos de carácter histórico en periódicos y revistas especializadas.

El libro que les comento cuenta con un excelente prólogo del colega Pedro Pablo Rodríguez, quien es un gran conocedor de los vínculos cubano-venezolanos. En la introducción, al comentar sus objetivos y tratar de conquistar a los posibles lectores, el autor nos dice textualmente:

Este libro, aunque concebido desde algún tiempo, no se encontraba en el orden de mis prioridades, pues trabajaba aceleradamente en otras líneas investigativas de incuestionable importancia. No obstante, los tiempos mandan y dictan el curso de la historia. Hoy que los pueblos de Cuba y Venezuela viven momentos trascendentales de su existencia como naciones y el rol continental de las revoluciones cubana y bolivariana se acrecienta en su significado y dimensiones humanistas y sociales, esta obra se convierte en un imperativo.

No es un libro fácil. Precisamente por el momento en que se escribe, algunos pudieran considerarlo panfletario u oportunista. Para quien así llegara a pensar, no tengo otra respuesta que recomendarle una lectura profunda y minuciosa de esta

¹ Nombre adoptado hace unos años por la antigua Ediciones Verde Olivo. (N. de la E.)

investigación histórica. No es un libro por encargo. Es un libro nacido de profundos sentimientos patrióticos, latinoamericanistas y antimperialistas.

Inicialmente pensaba trabajarlo a partir de la presencia venezolana en el Ejército Libertador; pero iba a quedar fuera una etapa preciosa de nuestra historia, la de los precursores que acudieron al Libertador Simón Bolívar en busca de apoyo para nuestra independencia y la de los planes bolivarianos para insurreccionar las islas de Cuba y Puerto Rico.

El hecho de dar una integridad y continuidad histórica a la hermandad cubano-venezolana o viceversa, me obligó a escribir en este libro un primer capítulo bolivariano, tema profunda y documentalmente tratado ya por mi colega y amigo Panchito Pérez Guzmán en su magnífico libro *Bolívar y la independencia de Cuba* y por el insigne Emilio Roig de Leuchsenring en *Bolívar, el Congreso Interamericano de Panamá, en 1826 y la independencia de Cuba y Puerto Rico*.

En el *Boletín* del Archivo Nacional de Cuba, no. 4, páginas 141 y 142, publiqué un artículo sobre el interesante libro *Bolívar y la independencia de Cuba* del colega y amigo Francisco Pérez Guzmán, mencionado con justicia y ética en su introducción por René González Barrios. Entonces dicho artículo me obligó a consultar una extensa bibliografía sobre esa temática e incluso documentos de archivos cubanos y extranjeros que he ido ampliando en los años posteriores. Eso me permite poder afirmar ahora, en estos comentarios a modo de reseña crítica que la obra actual que nos ocupa, complementa y aporta una vasta y novedosa información de archivos cubanos y extranjeros, así como de publicaciones seriadas sobre los vínculos históricos y relaciones solidarias entre venezolanos y cubanos, y también de otras naciones de América Latina, e incluso de ciudadanos europeos, con Cuba desde mucho antes y después de la guerra de independencia de 1868.

Así, por ejemplo, podemos encontrar pasajes significativos sobre la primera visita de Simón Bolívar con quince años de edad a La Habana, el 15 de abril de 1799, procedente de Veracruz, México, en el buque *San Idelfonso*, y todo lo que

hizo luego en circunstancias extremadamente complejas con la oposición abierta y activa de las potencias coloniales como Inglaterra, Francia y Estados Unidos de Norteamérica para ayudar a los cubanos e intentar enviar expediciones independentistas armadas a la Isla. O sobre el general José Antonio de Sucre y su abuelo de Santiago de Cuba, Antonio de Sucre y Trelles, así como los esfuerzos e interés de dicho héroe venezolano a favor de la independencia cubana en el siglo XIX. Igualmente resulta de gran relevancia lo que nos aporta nuestro colega sobre el general José Antonio Páez y sus preocupaciones, luchas y avatares, también con el objetivo de independizar a nuestro país de España, así como sobre su muerte en Nueva York y cuyo cadáver, según nos cuenta, fue embalsamado por el cirujano matancero Federico Gálvez.

De gran interés constituye la información que el autor nos ofrece sobre el cubano Francisco Javier Yanes, nacido en Puerto Príncipe y quien fuera uno de los firmantes del Acta de Independencia de Venezuela, el 5 de julio de 1811 y de su primera Constitución, el 21 de ese mismo mes y año.

No menos importante resulta toda la documentación que se aporta sobre cuatro de las primeras figuras latinoamericanas que trajeron a Cuba el germen de la independencia y las ideas de Bolívar, como es el caso del argentino José Antonio Miralla, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el peruano Manuel Lorenzo Vidaurre y el doctor colombiano José Fernández de Madrid, quien también ejerció la medicina en La Habana.

Pueden conocerse también en esta obra una enorme cantidad de venezolanos que sirvieron en las guerras independentistas cubanas, y de habitantes de la Isla que lo hicieron a favor de la gesta revolucionaria bolivariana, así como la creación de clubes revolucionarios constituidos en Venezuela con el objetivo de apoyar la independencia de Cuba. Basta señalar el caso del habanero Nicolás Manuel Tanco, quien fue ministro de Hacienda propuesto por Bolívar y aprobado por el Congreso de Colombia, o los dos jóvenes venezolanos nombrados por Carlos Manuel de Céspedes como sus

ayudantes y un coronel y un general de ese país, respectivamente secretarios de Relaciones Exteriores y de la Guerra, del Gobierno de la República en Armas.

De gran significación pueden considerarse también las valientes y justas valoraciones que hace René González Barrios sobre los presidentes de Venezuela Antonio Guzmán Blanco y José Ruperto Monagas, así como la del presidente de Colombia Murillo Toro, relativas a sus posiciones con respecto a la independencia cubana.

Igualmente es digno de destacar el análisis que en esta obra se hace sobre la figura polémica y controvertida del general venezolano Narciso López, quien trajo a Cuba en una expedición anexionista la bandera que actualmente y desde abril de 1869 es nuestra enseña nacional.

Del mismo modo resultan muy significativas e interesantes las reflexiones que hace el autor en torno al viaje de José Martí a Venezuela en enero de 1881 y su estancia en dicho país, hasta su expulsión por el presidente Guzmán Blanco, en julio del mismo año.

En síntesis, podemos afirmar que los futuros lectores de este libro tendrán la posibilidad de adquirir una valiosa documentación e información y, en muchos casos, de fuentes primarias consultadas por el autor sobre los vínculos y relaciones de amistad y solidaridad entre Cuba y Venezuela desde antes de Bolívar y hasta nuestros días.

Finalmente, felicito al colega y amigo René González Barrios por haber salido vencedor una vez más en esta nueva lid en el campo de la investigación histórica y a quien tuve el placer de conocer en el Archivo Nacional de Cuba, en 1984, cuando ambos éramos muy jóvenes y ya nos dedicábamos con amor, pasión y rigor científico al estudio de las gestas independentistas de Cuba. Gracias también a él por la generosa dedicatoria que me escribió en este libro que acabo de comentar durante su presentación en la sala Nicolás Guillén, de la Feria Internacional del Libro de La Habana, en la Fortaleza de la Cabaña, en febrero del año 2006.

RAÚL RODRÍGUEZ LA O



Declaración de las instituciones martianas

Hace ya más de un siglo, en sus visionarias crónicas sobre Estados Unidos, José Martí señalaba el carácter rapaz y expansionista del naciente imperio de cuyo alumbramiento fue testigo excepcional. Aquellos peligros denunciados por el Apóstol fueron cobrando una dimensión mucho más devastadora y peligrosa durante todo el siglo xx, y nuestro país, desde su vecindad geográfica, ha sufrido de manera reiterada los efectos de esa política imperialista. Recordemos que fue precisamente en Cuba donde Estados Unidos se estrenó como potencia imperialista con su intervención en la guerra de independencia de nuestro país.

La repulsa del electorado norteamericano a la política llevada a cabo durante ocho años por la administración republicana, encabezada por un representante de la ultraderecha bárbara y recalcitrante, que prometió llevar la guerra a más de sesenta oscuros rincones del planeta, pareció a muchos que abriría una nueva etapa de mayor sensatez y respeto en el escenario internacional. Sin embargo, los verdaderos móviles que subyacen en el trasfondo de la política norteamericana y sus costosas e inescrupulosas campañas electorales han ido mostrando, con la testarudez de los hechos, que por encima de buenas voluntades y promesas de cambios, existen intereses muy poderosos que hacen prevalecer y perpetuar las esencias hegemónicas y agresivas de un imperio que ha puesto la tecnología más sofisticada en el campo de los armamentos al servicio de una política guerrillera, de alcance planetario, quebrantando principios éticos, políticos y jurídicos proclamados como fundamentos del sistema capitalista. La

aplicación masiva de torturas, tratos vejatorios y secuestros que ha caracterizado la llamada lucha antiterrorista, junto a violaciones sistemáticas de los derechos civiles de los propios ciudadanos norteamericanos, ilustran a las claras cómo se ha ido acentuando el menosprecio a la juridicidad y la ley. Todavía hoy, seis meses después de la investidura presidencial, la cárcel de Estados Unidos en la Base Naval de Guantánamo permanece como una herida abierta en el decoro del pueblo norteamericano y como una afrenta al derecho internacional.

La política seguida por la Administración de George W. Bush y la mafia terrorista de Miami de ensañamiento y venganza contra los cinco patriotas cubanos condenados a penas excesivas y arbitrarias, contradiciendo todos los fundamentos jurídicos y procesales, ha sido confirmada por la actual administración al oponerse, a través del Departamento de Justicia, a la solicitud de revisión del caso por la Corte Suprema. Se han desoído y menospreciado, una vez más, toda la fundamentación jurídica expuesta por la defensa acerca de la inocencia de los antiterroristas cubanos y el señalamiento de las arbitrariedades legales cometidas durante todo el proceso, así como la amplitud y trascendencia del apoyo internacional que ha acompañado la solicitud de revisión del caso, expresada en el respaldo de diez premios Nóbel y de numerosas personalidades, instituciones y organizaciones de juristas en todo el mundo.

Las instituciones martianas, que tenemos la enorme responsabilidad de promover el pensamiento de José Martí, con su carga esencial de espiritualidad,

de aspiración al mejoramiento humano y a la justicia y felicidad para todos, suman sus voces y sus acciones a la condena mundial a la decisión de la Corte Suprema de Estados Unidos de no revisar el caso de los Cinco Héroes cubanos injustamente encarcelados en territorio norteamericano desde hace casi once años.

Nos unimos al reclamo de todo el pueblo cubano y de amplios sectores de la opinión pública en numerosos países, incluido Estados Unidos, a favor de la inmediata liberación de Ramón, René, Gerardo, Antonio y Fernando, e instamos al presidente Barack Obama a hacer uso de sus prerrogativas presidenciales y poner fin a este capítulo vergonzoso para la justicia y la dignidad del pueblo norteamericano y a la política de doble rasero que, al tiempo que condena a quienes han luchado por prevenir las acciones terroristas llevadas a cabo desde territorio norteamericano contra el pueblo cubano, proporciona protección e impunidad a confesos terroristas internacionales.

Porque Martí nos enseñó que los malos no triunfan sino allí donde los buenos son indiferentes, apelamos a todos los que en Estados Unidos están interesados en hacer prevalecer la verdad y la justicia, a redoblar las acciones a favor de la liberación de nuestros cinco hermanos quienes con una vocación solidaria y un gran espíritu de sacrificio han sabido ser, en momentos tan difíciles como los que han vivido y viven, radicalmente leales a su pueblo y a las mejores tradiciones del propio pueblo norteamericano.

Las instituciones martianas, junto a todos los martianos de Cuba, expresan a los cinco patriotas cubanos y a sus familiares

su palabra de aliento junto a los sentimientos de sincera solidaridad y admiración y el compromiso de no descansar en esta

lucha hasta que hayamos derrotado a la injusticia y todos ellos estén de vuelta en el seno de la patria agradecida.

¡LIBERTAD PARA LOS CINCO YA!

7 de julio de 2009

Oficina del Programa Martiano
Sociedad Cultural José Martí
Centro de Estudios Martianos

Movimiento Juvenil Martiano
Memorial José Martí
Museo Casa Natal José Martí

Biblioteca Nacional José Martí
Fragua Martiana
Instituto Técnico Militar José Martí

Nuestros autores

Alpidio Alonso Grau

Ingeniero, poeta y editor. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Virtudes Feliu Herrera

Doctora en Ciencias Históricas. Investigadora y profesora en el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural. Dirige el Equipo de la cultura intangible que investiga temas de la cultura popular tradicional cubana.

Ernesto Fernández Domínguez

Periodista. Profesor asistente de la Universidad de La Habana.

Rolando García Blanco

Investigador titular en el Museo Nacional de Historia de las Ciencias “Carlos J. Finlay”, de la Academia de Ciencias de Cuba, y profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Jorge Juan Lozano Ros

Asesor de la Oficina del Programa Martiano. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Misael Moya Méndez

Licenciado en Letras. Profesor e investigador en la Universidad Central de Las Villas.

Leonardo Pérez Leyva

Presidente del Club Martiano de la Sociedad Cultural “José Martí” de la Universidad Central de Las Villas.

Rafael Polanco Brahojos

Ensayista y profesor de Historia de la filosofía y de Pensamiento político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Rolando Julio Rensoli Medina

Investigador. Vicepresidente del Instituto de Historia de Cuba y profesor auxiliar de la Universidad de La Habana.

Magda Resik

Periodista y crítica de arte. Directora de Habana Radio, emisora de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Roberto F. Rodríguez González

Profesor. Estudioso de la obra martiana y colaborador en revistas especializadas.

Raúl Rodríguez La O

Historiador, investigador y periodista.

Nydia Sarabia

Periodista, historiadora e investigadora. Vicepresidenta de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC).

Arturo Sorhegui

Historiador, investigador y profesor de la Facultad de Filosofía e Historia, de la Universidad de La Habana.

José Luis de la Tejera Galí

Ensayista e investigador. Profesor del Instituto Superior Pedagógico “Frank País García”. Presidente de la filial de la Sociedad Cultural “José Martí” en Santiago de Cuba.

Ramiro Valdés Galarraga

Historiador y estudioso de la obra martiana.

Carlos Venegas Fornias

Investigador del Instituto Cubano de Investigaciones Culturales “Juan Marinello”.

Yosbany Vidal García

Licenciado en Letras. Desarrolla labores editoriales en Ediciones Ávila. Profesor universitario y miembro de la Sociedad Cultural “José Martí”.